UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

EL ÚLTIMO BAILE



«MILES DE LECTORES EN TODO EL MUNDO DISFRUTAN CON GABRIEL CABALLERO»

El último baile

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2023 por Pablo Poveda
Portada: BCStudio
Corrección: Ana Vacarasu
ISBN: 9798871012895
Imprint: Independently published
Pablo Poveda Books
Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

Los primeros rayos de sol de la mañana me despertaron de un confuso e incómodo sueño. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue la cabeza de la una gaviota, asomando por el capó de mi coche. Tras ella, la inmensidad azul del mar Mediterráneo. El ave me observaba en silencio, con sus ojos negros y relucientes, expectante por mis siguientes movimientos. Pero lo cierto era que no tenía ningún interés en hacerle daño, ni siquiera en comunicar con ella.

Segundos más tarde, se movió por la carrocería y saltó hacia las rocas que tenía delante, para alzar el vuelo y dejar caer su excremento sobre la pintura de mi coche.

—Buenos días, para ti también... —le dije, viendo cómo se alejaba hacia el oleaje picado. Bostecé hasta vaciar los pulmones, tan pronto como me golpeó una fuerte resaca por toda la cabeza. Aún iba vestido con una americana azul marino y una camisa blanca manchada de carmín y maquillaje. Poco a poco, recordé cómo había llegado hasta allí y me pregunté dónde estaría la mujer que me había dejado esas huellas, hasta que mis ojos encontraron una nota en el asiento del copiloto.

«Siempre hay un último baile para todos. Gracias por la velada. Lucrecia».

Suspiré nuevamente, esta vez, entre el alivio y la desidia. No recordaba demasiado de la velada a la que la tal Lucrecia se refería, pero pude hacerme una idea de por qué habíamos terminado allí, la razón por la que no había sido la mejor de las decisiones y la sensación de que no me arrepentiría en el futuro de ello. Lo sé, una contradicción, pero ¿acaso la vida no era eso todo el tiempo?

La vida como un último baile que se repite una y otra vez, como un disco rayado que no puede avanzar. Una antítesis constante, una danza entre lo que queremos y lo que conseguimos. Luchamos por cambiar, por superar nuestros desaciertos, pero a menudo nos encontramos tropezando con la misma piedra, como si estuviéramos destinados a repetir nuestros errores una y otra vez. Y en esta contradicción constante, supongo que encontramos la oportunidad de crecer y abrazar nuestra imperfección.

Asqueado de mi propio ser, intenté despejar la cabeza para salir de allí, antes de que los bañistas más atrevidos decidieran darse un chapuzón en aquella playa perdida de la Albufereta.

—Vamos allá... —murmuré, cargado de ánimo para arrancar el vehículo, pero este no respondió.

Ni a la primera, ni a la segunda. La batería del coche parecía haberse ido, como también mis esperanzas por salir de allí.

Sospeché que iba a ser un día largo y pesado.

—Lo siento, amigo. Volveré más tarde a por ti —le dije al viejo Boxster rojo, que parecía una reliquia de chatarra. Luego me coloqué las Wayfarer de sol, bajé del vehículo y caminé hacia la carretera hasta que un taxi atendió mi llamada.

***

Bastardo.

Esa era la palabra que lo resumía todo.

A veces, cuando piensas que has conseguido dejar atrás y superar los capítulos más oscuros de tu pasado, la vida te da un golpe inesperado, recordándote que siempre hay algo pendiente. Por más que huyas, por más que te convenzas de que ya lo has superado, que ya no te afecta, que aquello es solo un recuerdo. Los escritores tendemos a habitar más en el pasado que en el presente, tratando de edificar un futuro sobre triunfos y fracasos. Fui un iluso al creer que había sido la excepción, pero no lo era.

—¡Bastardo! —exclamé, sosteniendo el manuscrito de cuatrocientas páginas que estaba nominado al Premio Saturno, posiblemente el reconocimiento más prestigioso y mejor remunerado del país. No tenía previsto leer ese montón de folios, ni siquiera lo consideré cuando acepté formar parte del jurado. Pero lo que realmente me chocó no fue la portada del manuscrito, firmada por un pseudónimo femenino que no me decía nada, sino la nota que lo acompañaba:

«Espero que lo leas. Es la historia de todos nosotros, es la historia que habla sobre ti. Si alguna vez te oculté algo, la verdad está entre estas páginas».

Dejé el manuscrito sobre la mesa y me encontré con la mirada azul de la mujer que se sentaba frente a mí en la terraza del restaurante del club náutico de Alicante, con embarcaciones como telón de fondo.

Tras una buena ducha, un par de aspirinas y una muda limpia, apenas quedaba nada del hombre que había despertado en su descapotable como un harapo, a la espera de su juicio final.

Su nombre era Margarita, mi nueva representante literaria. Tras el rotundo impacto de mi reciente libro, una novela de suspense ambientada en un lujoso resort donde casi pierdo la vida, el dinero llegó inesperadamente y no dudé en aprovechar el interés de una agencia internacional de escritores. Margarita, cuyo verdadero nombre era Malgorzata Tomaszewska, era una polaca de larga melena rubia y mirada penetrante, que no dudaba al negociar los derechos de adaptación de mis obras, ni tampoco al exigirme que crease nuevos relatos. Por fortuna, nuestra relación se basaba en la comunicación y siempre teníamos nuestras reuniones en restaurantes con manteles de tela y cerámica de calidad.

—Vamos, ¿a qué viene tanto secreto, Gabriel? —cuestionó con un español pulido que, pese a los años que llevaba en la costa alicantina, mantenía su acento eslavo—. Léelo y opina.

—Ni siquiera estoy en el jurado de ese premio. De hecho, me presenté como candidato. ¿Qué pasa con mi novela?

—Si desde arriba te lo han mandado, por algo será.

—¿Ha caído del cielo?

—No seas tonto.

—Claro, será porque prefieren tenerme como jurado en vez de como participante. ¿No lo ves, Margarita? En este país, los premios están más que decididos. Si no eres un presentador o un

escritor de la competencia, no tienes nada que hacer. Es como anunciar un fichaje estrella del equipo rival... Me sorprende que aún no te hayas percatado.

Margarita hizo un gesto de desaprobación y se centró en su copa de cava. A veces, el silencio era la mejor respuesta que podía recibir. Desde que escribí la novela sobre lo sucedido en Cala Lanuza, sentía como si mis palabras hubieran perdido su encanto y eso me causaba un malestar que desahogaba con quienes colaboraban conmigo.

—Venga, suéltame alguna buena noticia.

—Espero que vayas a la gala y, a ser posible, que sepas moverte un poco.

—¿Gala? Me he perdido.

—¡Madre mía, Gabriel! ¿Haces caso a algo de lo que te digo?

—Por supuesto, pero eso no quiere decir que lo retenga mucho tiempo. Debo tener memoria de pez... o de gaviota.

—¿Qué sabes tú de las gaviotas?

—Nada. Es una larga historia.

Ella suspiró con resignación y yo la miré con cara de no haber roto un plato.

—Te lo dije antes. La gala de los premios Saturno está organizada por los Arriaza. Ya sabes, lo poco que queda de la aristocracia aquí. Es una buena oportunidad para que te dejes ver entre la sociedad, antes y después de la cena. Así que elige bien el traje.

—Menuda estupidez. Siempre hay alguien con peor gusto que yo.

—Este año es especial porque se celebra el centenario de la compañía —añadió, como si eso me importara—. Y no estaría mal que asistieras. Podrías darle un impulso a tu imagen.

—¿Mi imagen?

—Sí, que está un poco de capa caída. ¿Cuánto hace que no te dejas ver en ningún evento público?

—Aunque llevamos poco tiempo trabajando juntos, hay algo que deberías saber sobre mí.

—Entiendo que no uses redes sociales ni quieras meterte en realities, pero este tipo de eventos son claves para tu futuro profesional. Al menos, para nuestra relación contractual.

—Mi carrera, Margarita. Además, ¿qué tiene que ver este montón de folios con el evento? No pienso juzgar el trabajo de otras personas. No quiero ser el verdugo que destruya sus carreras.

—Eres demasiado dramático. ¿Te han roto el corazón recientemente?

—Para eso, tendría que poseer uno.

—Dios mío... Solo te pido que leas el manuscrito, que escribas un breve comentario y que vayas a la gala —insistió, poniendo ella ahora una mirada suplicante—. Tu opinión ni siquiera tendrá peso. Es una mera formalidad. Tienes unos días para enviar tu veredicto.

Tomé la copa de vino blanco y la vacié de un solo trago, esperando que el líquido aliviara mis ganas de desaparecer de allí. Aunque había asistido a múltiples eventos similares, ya no me sentía cómodo en ellos. Por algún motivo, ejercer de jurado, o lo que fuese aquella responsabilidad que me habían asignado, me parecía una afrenta y me causaba una inseguridad que jamás admitiría. Parecía que el jurado se componía siempre de aquellos que opinaban mucho, pero que no eran lo bastante hábiles para escribir y ganar un premio. Al dejar la copa en la mesa, los ojos inquisitivos de mi elegante y experimentada agente seguían fijos en mí.

—¿Qué ocurre?

—Hazlo, por favor.

—No me gusta ese tono.

Ella dio un trago y desvió la mirada.

—Necesitamos un nuevo contrato editorial. Lo estoy intentando, pero...

«Así que es eso».

—Pensaba que las ventas iban bien.

—Iban, tú lo has dicho, Gabriel... Pero nadie se ha interesado en un nuevo libro.

—Entiendo...

—No te lo tomes a mal, pero la crítica dice que has perdido tu encanto...

—La crítica, ese grupo elitista.

—Y que pareces un abuelo cebolleta —dijo y se rio, luego intentó ponerse seria—. No te enfades.

Lo cierto es que no me enfadé, no obstante, me sentí ofendido, dolido, ultrajado. Después de todo, así era cómo funcionaba el mundo literario: un día eras un dios griego al que todos alababan y lamían sus botas, y más tarde te convertías en su centro de mofa.

—De acuerdo, de acuerdo... —cedí, mostrándome resignado—, pero nada de llamar la atención.

—Solo sigue el ritmo y déjate llevar...

—¿Vendrás conmigo?

—¿Qué? —dijo sorprendida—. Lo siento. No puedo. Tengo mucho trabajo.

—Margarita, pensé que éramos un tándem. Además, es un fin de semana.

—Lo sé y lo somos, pero no podré ir a la gala. Me fastidia mucho no poder estar a tu lado.

—Se te ve muy compungida. Entonces, ¿qué hago?

—Encuentra una acompañante. Si puede ser, que sea más alta que tú, que sepa bailar y que te cuide esa noche.

—Eso te va a salir caro.

—Gabriel...

—Está bien, lo intentaré.

—Además, estoy segura de que hay muchas mujeres en Madrid deseando ir contigo a ese evento.

Resoplé, dejando que un breve silencio se instalara entre nosotros. Margarita no podía estar más desencaminada, a menos que estuviera siendo sarcástica. Conocía a muchas mujeres, pero dudaba que alguna quisiera pasar un fin de semana conmigo en tal evento sin más preámbulos. Desafortunadamente, mis relaciones sentimentales recientes no habían sido muy prometedoras, pero algo me decía que eso estaba a punto de cambiar, aunque no sabía exactamente cómo.

Antes de tomar una decisión, miré el montón de folios frente a mí y me pregunté qué tenían de especial y por qué debería importarme. Fuera como fuere, lo que me interesaba era asistir a ese evento. No soy idiota y sé que Margarita me enviaba para que saliera más tarde en las revistas. No es que lo buscara, pero, últimamente, se había convertido en una marca de la casa. Acepté mi destino con dignidad. Sin embargo, lo que aún desconocía era que lo que estaba a punto de leer me dejaría atónito.

2

La escritura posee, más que cualquier otro arte, el poder de agitar tus emociones hasta el punto de sentir la indignación ascendiendo por tu garganta con apenas unas pocas palabras. El lenguaje, cuando se maneja con destreza, se convierte en un arma letal, y las palabras son la munición que fluye desde las manos de quien las blande. Como entusiasmado de la lengua cervantina, sé reconocer a un rival formidable. En esta ocasión se trataba de una contrincante cuya prosa me sonaba, no por lo incisivo de sus palabras, sino por el blanco al que apuntaban. Con solo sesenta páginas pude discernir que «Bastardo», el título del manuscrito en cuestión estaba dirigido hacia mí, hacia Gabriel Caballero, el hombre que lastimó a la autora. Las páginas narraban la historia de una reportera y su relación con el periodista que le reveló las sombras del periodismo, desde su falsedad hasta las artimañas más dañinas para conseguir exclusivas. Era una ficción autobiográfica tan bien tejida que lo real y lo ficticio se entrelazaban, sin omitir detalles sobre mi apariencia o mis posesiones, evidenciando la arrogancia con la que había adquirido un descapotable con el dinero ganado tras arruinar su carrera.

No logré pasar de ahí.

Leer aquellos párrafos era muy parecido a sentir una patada en el estómago.

Estaba convencido de que detrás de ese relato estaba la pluma de Blanca Desastres, una mujer con la que compartí pasiones y desencuentros y a la que había relegado a un rincón olvidado de mis recuerdos, al igual que a muchas otras. O eso pensaba hasta que leí su manuscrito, que había alcanzado la final del premio y que, pese a mis reservas y lo que narraba sobre mí, mostraba un talento literario que superaba con creces el mío.

Tras intentar contener sin éxito mi enfado y reclinarme en el sofá, no pude evitar coger el teléfono para expresar mi indignación.

—Esto no puede publicarse, Margarita. ¡Es una calumnia y una ofensa hacia mí!

—¿Gabriel? —preguntó, adormilada y con sorpresa, desde el otro lado del teléfono—. Son las doce y media de la noche. No es hora de llamar a la gente y menos de esta manera.

—Parece que sí. Eres mi agente, ¿verdad?

—Lo reconsideraré si haces de estas llamadas un hábito. ¿Has bebido?

—No lo suficiente.

—¿Qué te pasa? ¿De qué me hablas?

—Del manuscrito que me enviaron para el premio Saturno —contesté, percibiendo un cambio en su voz—. Se refiere a mí... y no de la forma que me gustaría.

—Así que lo has leído.

—¿Esa es una pregunta? Me parece que ya he contestado.

—No es una pregunta, Gabriel... Es una realidad. Has leído el libro y te has dado cuenta de que va sobre ti. Genial. Eso te encanta, ¿no? Ahora, redacta una crítica y vete a la cama.

Por un momento, me quedé perplejo, tratando de entender por qué parecía tan despreocupada. Me pregunté si estaría acompañada o simplemente no quería prolongar el tema.

—¿Estás sola, Margarita?

—Eso no te incumbe.

—Prefiero que nadie escuche lo que tengo que decirte...

—¡Venga ya! Dime de una vez... Aquí nadie te escucha.

—De acuerdo, no entiendo lo que acabas de decir, pero espero que no sea un problema. La cuestión es que la persona que ha escrito este libro me conoce demasiado.

—Es una novela, Gabriel. Independientemente de cuánto se asemeje a la realidad, no se puede usar como evidencia.

—Puede dañar mi reputación.

—Tu reputación ya tiene sus propios problemas y es irreparable. Ni un seguro a todo riesgo se haría cargo de ella.

—Me empujas a beber más...

—En realidad, esto podría ser positivo para ti. Piénsalo. Una historia así volverá a ponerte en el foco de atención.

—Tienes que hablar con el jurado para que no premien este libro.

—¿En serio me estás pidiendo eso, Gabriel?

—Sí, Margarita. —Me aparté del teléfono, reflexionando sobre mi petición. Yo, que siempre había criticado la falta de integridad del jurado en los premios literarios, ahora intentaba manipular uno en mi favor—. Permíteme explicarme...

—Madre mía... Nunca dejas de sorprenderme, incluso después de todos estos años con escritores como tú —replicó, su voz suavizándose un poco—. Mira, Gabriel, redactarás una crítica y esa será tu influencia. No puedes hacer más que eso.

—Pero no formo parte del jurado.

—No importa. Tu crítica pesará en la decisión.

—Creí entender que no era así.

—Es tarde. Ahora, cuelga y trata de dormir.

—No creo que pueda.

—Pues, lo haré yo. ¡Buenas noches, Caballero! —sentenció, colgando sin dejarme la oportunidad de explicar más a fondo.

A pesar de mi enfado palpable, reconocía que no debía actuar impulsivamente. El libro, más allá de su contenido incendiario, era de calidad, posiblemente mucho mejor de lo que hubiera esperado de alguien con el apellido Desastres. Mi inquietud radicaba en que la narración me expusiera al ridículo eterno. No era relevante que, en el pasado, Desastres hubiera intentado sabotear mi carrera, suplantándome. No estaba en mi naturaleza ni se alineaba con mis principios actuar con venganza. Me resistía a la idea de que, para salvaguardar mi renombre, tuviera que aplastar su reputación como si no fuera más que un insecto.

Sin embargo, ansiaba creer que existía otro camino, una solución diferente, una estrategia para salir indemne, sin necesidad de que nadie resultara herido.

Tal vez Margarita tuviera razón y no pudiera hacer nada más que escribir ese comentario. O puede que estuviera equivocada.

3

Era una mañana serena en Alicante, con un cielo despejado que presagiaba un verano próximo y radiante. Sin embargo, esa calma no se correspondía con mi turbado estado de ánimo, que evocaba un tormento dantesco. No lograba comprender las acciones de Blanca y esa incertidumbre me tenía en vilo. A pesar de mis esfuerzos por descubrir el remitente del misterioso paquete, mi agente, Margarita, solo había prometido averiguarlo. A veces, Margarita se mostraba distante, una faceta que atribuía a su origen cuando se trataba de negociaciones, pero tenía razón al asegurar que este suceso impulsaría mi carrera. No obstante, me mortificaba pensar que mi reputación estuviera vinculada a una obra que no deseaba que triunfara.

Necesitaba un respiro, así que salí a pasear. Las caminatas por la ciudad siempre habían sido mi refugio en momentos de tensión, y el mero hecho de observar a la gente actuaba como bálsamo para mí. Desde el episodio en Cala Lanuza, mi vida había tomado un giro diferente. Me enfocaba en una novela que, si bien había tenido una acogida decente, no se convirtió en un superventas. Me enfrentaba también a la monotonía que trae consigo la llamada estabilidad emocional.

Decidí que lo mejor sería leer el manuscrito fuera de mi hogar, para no perturbar mi santuario personal. Así, con el paquete en mano, salí decidido. Las cafeterías bullían de actividad en esas primeras horas de la mañana y el aire húmedo rozaba la piel. Pasé junto a la Casa Cuartel de la Guardia Civil y me adentré en las estrechas calzadas tras el mercado de abastos. Al pasar por la puerta del bar Guillermo, eché un vistazo instintivo, como quien teme ser perseguido. En mi caso, más que miedo, era un reflejo condicionado, similar al de los perros de Pavlov. Esa mañana, no vi al inspector en la barra del bar, como solía encontrarlo en aquellos primeros tiempos, cuando nuestra relación era más tensa y mi carrera se limitaba al periodismo.

Por algún motivo, me sentí desanimado, sin llegar a comprender el porqué. Era un día cualquiera, idéntico al anterior y, seguramente, al que vendría después, pero Rojo seguía sin dar señales de vida. Casi un año había transcurrido desde la última vez que nos habíamos visto y, con el tiempo, nuestros encuentros se hacían más esporádicos. Nuestra amistad era como un trago de whisky peleón en la noche, intensa y ardiente. A veces, en medio de la oscuridad, solo quedaban los secretos compartidos, para recordarnos que alguna vez nos hicimos compañía el uno al otro.

Me encaminé hacia la rambla de Méndez Núñez, sintiendo cómo el sol castigaba la nuca, lo que me obligó a usar gafas de sol por su intensa luminosidad. Descendí hasta el hotel Tryp, evocando cómo cada rincón de la ciudad guardaba recuerdos inolvidables. Estos eran solo

algunos de los que Blanca había plasmado a su estilo en su libro, sin otorgarme el crédito que sentía merecer. Resultaba asombroso que en tan poco espacio y tiempo hubieran sucedido tantas cosas y que alguien se hubiera tomado la molestia de escribir sobre ello. Desafortunadamente, ese libro no me beneficiaba en lo más mínimo. No era por lo que la gente pudiera pensar de mí, sino por las medias verdades que identificaba en sus páginas.

Finalmente, alcancé el paseo de la playa del Postiguet y ocupé una silla en una de las terrazas que adornaban el bulevar. Busqué con la mirada al camarero y me di cuenta de que, seguramente, era el único español en esa terraza, algo ya habitual. Solicité un café solo, deposité el paquete sobre la mesa y permanecí en silencio, observando a las turistas nórdicas de piel pálida y mejillas sonrosadas, encaminándose hacia la playa donde, previsiblemente, terminarían tostándose al sol. Había en ellas una inocencia propia de quien no ha experimentado demasiado en la vida, en esos ojos brillantes y su sed de aventuras, como mariposas atrapadas en las redes del día y de la noche mediterránea, puras y deslumbradas por un mundo que solo revelaba sus secretos cuando terminaba el atardecer.

Tras un hondo suspiro, mis ojos se posaron en una pareja de jóvenes que no debían tener más de veinte años, por su aspecto. A simple vista, querían proyectar la imagen de dos muchachos desenfadados, pero algo en sus miradas delataba sus verdaderas intenciones. Me centré en ellos, olvidando por un instante el café y el manuscrito, anticipando la acción que estaban a punto de iniciar y su desenlace. Sus ojos se deslizaban astutamente, al acecho de algo que no les pertenecía y, aunque no los había visto nunca, los detecté al momento. Desgraciadamente, el paseo era un escenario propicio para los carteristas que se acercaban a la playa como a un parque temático. La mirada de la chica se fijó en mí por un instante y, acto seguido, se desvió evitándome. Se acercó a la barra del chiringuito para pedir un vaso de agua, algo que el camarero no podía rechazar, mientras su acompañante aprovechó el momento, deslizando la mano por encima de la mesa de unos turistas longevos que conversaban en inglés. En un abrir y cerrar de ojos, los hábiles dedos del chico recogieron una cartera que descansaba sobre el metal. Mis ojos se abrieron de golpe y, sin dudarlo, me puse en pie para alertar a los afectados.

—¡Oye! —exclamé—. ¡El monedero!

Como sacado de una película en cámara lenta, el pícaro giró con destreza y arrancó a correr junto a su cómplice, que ya se había lanzado a la carrera. De repente, un revuelo y nerviosismo se apoderó de la terraza, haciendo que todos apretaran sus pertenencias y se arrojaran miradas cruzadas. Me lancé en su persecución, esperando alcanzar al ladrón. El camarero, en un arrebato de coraje, me siguió, aunque se quedó atrás al poco.

Me encontré persiguiendo a esos dos jóvenes, más veloces que yo, que se abrían camino entre la gente. Perdí a la chica de vista y centré mi atención en él. A pesar de todo, aún estaba en forma, pero cualquier fallo podría ser catastrófico.

—¡Al ladrón! —gritaba, abriéndome paso y señalando al chico como podía, pero mis intentos solo causaban más confusión. Finalmente, al ver que pretendía cruzar la calle como su compañera, decidí darlo todo o perdería su pista. Hice un rápido cálculo y me tiré, estirando la mano. Conseguí agarrarle por la camiseta y el empujón lo desequilibró, causando que ambos trastabilláramos. De forma inesperada, sus ojos parecían preguntarme qué hacía metiéndome en asuntos ajenos.

—Devuélvelo, no es tuyo —le exigí— y te dejaré ir antes de que llegue la policía.

Sin que pudiera reaccionar, el ladrón me asestó un golpe en la cara con la fuerza de un martillo. Durante un instante, todo se tornó borroso y doloroso, pero aquel acto hizo que esto se convirtiera en algo personal para mí. Por fortuna, me recompuse rápidamente y contraataqué con un golpe directo que lo mandó contra el robusto tronco de una palmera en el paseo. El chorizo intentó defenderse, pero lo tenía contra las palas de la palmera y le propiné otro puñetazo que lo dejó desorientado y alicaído. Como era previsible, la riña captó la atención de los curiosos de alrededor, quienes parecían haber olvidado cómo había empezado todo.

—¡Está pegando a un chaval!

—¿Qué? —pregunté atónito— ¡Es un carterista!

Alguien se lanzó hacia mí para recriminarme y otro individuo trató de sujetarme, mientras algunas personas socorrían al ratero. Sentía que estaba en una especie de realidad invertida, un sainete ante mis ojos, y me arrepentía de haber defendido al extranjero que ahora se aproximaba para apoyarme.

—*My wallet!* —exclamó el turista en inglés.

Tanto jaleo sirvió como señal para aquellos que aún no se habían enterado. Dos agentes de la policía local llegaron en bicicleta, restableciendo el orden y alejando a los mirones y a los que intervenían. En un parpadeo, las fuertes manos de una de las agentes me tenían sujeto.

—Nos acompaña —dijo cortante, mientras un coche de la policía nacional se aproximaba—. Si quiere denunciar algo, vaya a comisaría.

—Señora, se está llevando al equivocado. El delincuente es él.

—Sí, claro. Él dirá lo mismo de usted.

4

La mañana no había comenzado de forma muy afortunada. Por motivos que desconocía, optaron por mover todo el incidente a la comisaría central, dejando la situación bajo la responsabilidad de los agentes del Cuerpo Nacional de Policía, encargados de los casos más graves. Por alguna razón, siempre terminaba en el mismo lugar.

Me sentaron en un banco, a unos pocos metros del joven delincuente. Su expresión mostraba familiaridad con el sitio y una total falta de arrepentimiento. Ese chico tenía la mirada penetrante y astuta, típica de quien ha hecho del engaño su oficio. No sentía estima hacia él, pero tampoco creía que un programa social pudiera transformar su naturaleza. A veces, me daba la sensación de que la sociedad prefería ignorar la cruda realidad y vivir en un mundo idealizado.

Llevaron al joven a una sala para interrogarle, y al cabo de un rato, parecía que le hubieran dejado ir como si solo hubiera renovado su documento de identidad. Luego, me tocó a mí. Supuse que mi trámite sería más largo que el del mangante, pero no mucho más. Al pasar por delante de una puerta de cristal, me encontré en el reflejo, con mi camisa desaliñada, pareciendo alguien tras días de fiesta sin fin. En otra ocasión, habría sido así, pero esa mañana encontré a un escritor que distaba del que era ahora. Al entrar, me sentaron delante de un escritorio, esperando que un agente tomara mi declaración.

—¿No lo van a retener?

—Es menor de edad y lo robado no supera los doscientos euros. No podemos actuar de otra forma. ¿Desea interponer una denuncia?

—¿Qué ganaría con eso? Ese chaval debería estar en un club de atletismo... Le iría mucho mejor.

—Ya —dijo el agente, con desinterés—. Como desee. El dueño de la cartera ya lo ha hecho.

—Solo quiero irme a casa y dejar esto atrás.

—Usted ha agredido a un menor.

—Ha sido en defensa propia.

—Un testigo quiere denunciarle.

—Vaya. Esto se pone interesante. Parece que me he metido con la persona equivocada.

—¿Qué ha dicho? —El policía me miró fijamente.

—Nada que merezca ser repetido. ¿Puedo hacer una llamada? Al menos desde mi móvil...

—No está arrestado, señor Caballero.

Antes de que la situación se complicara aún más, alguien llamó desde el exterior y entró en la sala. No podía ver quién era porque no me alcanzaba la vista desde mi posición, pero el agente se

levantó inmediatamente al reconocerle.

—¿Quién es usted?

—De la provincial.

—Aguarde un instante —me pidió, claramente inquieto—. No se vaya.

—No, no me moveré, claro... —respondí, suspirando y esperando ansiosamente poder salir de aquel lugar. Entonces unos pasos resonaron y rompieron el breve silencio.

—Está libre para irse —dijo el agente, sin ofrecer más detalles.

Confuso, lo miré directamente. A veces, una comisaría de policía parece un escenario de teatro absurdo, donde los protagonistas son los acusados, el guion es tan surrealista como una escena daliniana y nunca sabes cuándo te hablan en serio y cuándo no. Por suerte, su expresión mostraba evidente disgusto.

—¿Solo así? ¿Sin más?

—Le están esperando fuera.

—Gracias.

—No me las dé. Hoy debe ser su día afortunado.

—Ya veo —contesté con una sonrisa, intrigado por lo que me encontraría al salir.

Al verle, su mirada lo decía todo; parecía que esperaba que le agradeciera su presencia.

—Vaya por Dios... —comentó el inspector Rojo, con una mirada inquisitiva y las manos en las caderas—. ¿Ahora tomas copas desde temprano? Aún no es la hora del vermú.

—Yo también me alegro de verte —repliqué, continuando mi camino por el pasillo. Rojo se alineó a mi altura—. ¿Cómo te has enterado?

—Un ratero, un tipo despeinado haciendo de héroe y un espectáculo en pleno Paseo del Postiguet... Huele a Gabriel Caballero.

—Siempre al servicio de la justicia. ¿Lo detendréis?

—Yo solo me encargo de homicidios y desapariciones. Al menos esos no huyen.

—Eres un cachondo. ¿Y qué va a pasar conmigo?

—Buena pregunta, juntaletras. ¿Dónde te habías metido? —preguntó. Recordé entonces que había dejado mi manuscrito en la terraza del café. Antes de poder verbalizarlo, Rojo me mostró un fajo de papeles—. ¿Buscabas esto?

—Mi manuscrito.

—¿Es tuyo? Bastardo... No está nada mal para ser una biografía.

—Algo así. Digamos que inspiré en ciertas experiencias a la autora.

Rojo me miró extrañado, sin acabar de captar el matiz. Tras mirar su reloj y suspirar, añadió:

—No me extraña. Con ese título, solo faltarías tú en la cubierta. Toma —dijo, entregándome el montón de papeles—. Ahora, vamos. No me apetece perder más tiempo en una comisaría ajena.

—¿También tienes enemigos por aquí?

—Veo que no has perdido tu toque para meterte donde no te llaman.

—¿Tomamos algo?

—Entonces, lo que vas a contarme es relevante, ¿no?

—Más o menos. Después de tanto tiempo, podríamos ponernos al día.

—Está bien, pero no olvides que, a estas alturas, siempre hay alguien vigilándote... No necesito que me cuentes tu versión modificada de lo que ha pasado en estas últimas semanas.

Suspiré, escéptico. Estaba claro que Rojo era como un disco rayado.

—Supongo que solo intentas intimidarme con palabras.

—Claro.

—Vamos, demuéstrame que me equivoco.

—No tengo por qué justificarme.

—¿Lo ves? Lo sabía.

—Solo espero que tus lectores no descubran tu nueva afición de andar desnudo por casa... No es una imagen precisamente agradable.

5

Por comodidad, dejamos el bar de Guillermo y nos dirigimos al Cantó, una de nuestras cervecerías predilectas en la ciudad. Gracias a Dios, había menos gente de lo usual para esa hora, algo que nos vino bien, evitando oídos indiscretos. Pedimos una cerveza, tomate con salazones y media ración de queso manchego para acompañar la copa de Ribera del Duero que Rojo insistió en tomar, a falta de su Ramón Bilbao de siempre. No es bueno el vino en ayunas y temía que, si bebía demasiado, acabaría desvelándole a Rojo mis inseguridades, aunque posiblemente ya las conociese.

—¡Salud, amic meu! —dijo levantando su copa mientras esperábamos el resto.

—¡Salud, Rojo! —Tras un trago, observé su semblante: más relajado que de costumbre y con una barba incipiente—. ¿Dónde te has metido? Pregunté por ti en el Guillermo, pero me dijeron que no te veían por allí...

—Sigues mintiendo fatal —replicó, sonriendo y apoyando su copa en la barra—. La realidad es menos emocionante. Lo normal: persiguiendo criminales, enredado en papeleo, algún homicidio pasional y un desplazamiento a Madrid, aunque al final fue un poco en vano. La rutina de un inspector de provincia, como ya sabes. ¿Y tú? No he visto ninguna publicación tuya desde lo de El Campello...

Su comentario me hirió un poco, aunque sé que no lo hacía con intención. A veces, las verdades directas son como puñaladas. No había escrito nada desde entonces, no había tenido nada digno de contar. Me costaba enfrentarme al procesador de textos, pues lo cierto es que la página en blanco es como una amante esquiva, seductora, pero a veces cruel... y conmigo estaba siendo de lo más tortuosa. Queriendo evitar ese sendero, coloqué el sobre que contenía el manuscrito al borde de la barra, esperando que su curiosidad lo llevase a cambiar de tema.

—Ahora trabajo con una nueva agente literaria. Es de Polonia. Quiere conseguirme algunas traducciones allí.

—Siempre te ha atraído lo que venía del telón de acero.

—Nunca he viajado por esos lares.

—Deberías. Volverías cargado de anécdotas... —dijo, señalando el manuscrito—. ¿Qué es tan especial de ese libro? ¿Te has convertido en crítico?

—¿Qué? No, nada de eso. Peor aún. Me han propuesto ser jurado de un premio literario.

—¿Cuál?

—¿Desde cuándo te importa lo que se cuece en el mundo literario?

—A ti te conozco. Contesta.

—Los Premios Saturno.

—En Madrid, ¿verdad?

—Me sorprendes... Sí, eso es. Tengo que dar mi veredicto sobre este libro.

—¿Cuál es el problema? ¿Te has olvidado de cómo leer?

—No, no es eso —dije, mostrándole el título que ya había revisado previamente—. «Bastardo». Habla de mí.

—Buen título. Te define a la perfección.

—No es ninguna broma, Rojo —contesté, elevando el tono. En ese momento, el camarero nos sirvió los platos e intervino un breve momento de silencio. El inspector me hizo un gesto para que moderara mi voz—. Por una vez, no estoy exagerando... El libro habla de mí.

—Vaya, con los años te vuelves más egocéntrico y exigente. ¡Eso es lo que has deseado toda la vida! ¿Me equivoco?

—Estás siendo un poco injusto conmigo.

—Tan sólo algo sarcástico. En serio, Caballero, deberías controlar ese ego o acabará siendo tu perdición. ¿Por qué iba alguien a escribir sobre ti?

—Porque la persona que lo ha escrito me conoce demasiado bien.

Su interés se despertó.

—Ajá. ¿Y de qué va, exactamente?

—De una periodista que trata de desenmascarar a su colega, alguien que no para de ponerle zancadillas e intenta arruinar su carrera...

Con cada detalle que revelaba, Rojo mostraba más interés. No es que fuera un libro abierto, pero el tiempo me había ayudado a conocer sus expresiones.

—¿Es una mujer?

—Así es.

—Hace años que no ejerces como periodista. —Hizo una pausa, rascándose el mentón y pareciendo disgustado—. Se supone que esos manuscritos son anónimos.

—Solo hay una mujer que conoce lo que hacía, al menos, como lo cuenta en esta historia. Aunque claramente ha exagerado o inventado la mitad de las cosas que se describen. Pero no tengo duda de que el protagonista soy yo. Cualquier persona que conozca este libro, me identificaría.

—Cualquiera que te conozca, claro está.

—Va a ser un escándalo. Lo veo venir y no estoy dispuesto a dejarme devorar por la opinión pública. A lo largo de los años me he granjeado varios enemigos. Esto no puede salir a la luz.

—Pues simplemente recházalo. Escribe una reseña negativa y ya está. Que gane otro. Estos premios suelen estar orquestados.

—No puedo hacer eso.

—Vaya... ¿Y por qué no puedes? Empiezo a sospechar que eres un poco masoquista...

—Es una obra maestra, realmente buena. Me siento en un dilema.

—Entiendo... —dijo, moviendo la cabeza y mirándome a la cara durante un momento—. Gabriel, ¿quién es la autora?

Vacilé antes de responder. Rojo la conocía, y a pesar de todas nuestras diferencias, su lealtad podía llevarle a tomar medidas contra la escritora, en mi defensa.

—No estoy seguro de si debería decírtelo.

—Creo que ya lo has insinuado —respondió con una sonrisa socarrona.

Eso me desconcertó.

—¿Cómo has deducido que se trata de Desastres?

—No lo he deducido, pero sabía que me lo dirías antes de que fueras capaz de guardártelo.

—Vaya...

Rojo solía tener un paso adelante cuando trataba de ocultarle algo.

—¿Has sabido algo de ella desde vuestra última disputa? No acabó muy bien, por lo que recuerdo.

—Diría más bien desencuentro —aclaré, rememorando con amargura esos tiempos—. No, desapareció sin más. Sé que se mudó a Madrid, esta es toda la información que tengo.

—¿Has intentado buscarla en las redes sociales?

—No. Dudo que tenga presencia por Internet.

—¿Estás seguro? Hoy en día...

—Conozco a Blanca —interrumpí, utilizando su verdadero nombre, dando a entender que Blanca Desastres tenía una importancia mayor de lo que había admitido inicialmente—, o creía conocerla... De cualquier modo, lo intentaré, pero pienso que será en vano.

—Te delatas con cada frase que sueltas. Parece que ya lo has hecho.

Detestaba darle la razón, pero mi orgullo me impedía admitir que había buscado y no había encontrado nada sobre ella.

—Por mí, podría haberse marchado a otro planeta, si te digo la verdad.

—De todos modos, te sugiero que hables con ella antes de tomar una decisión apresurada...

—Gracias por el consejo. Siempre tan sabio cuando menos lo necesita uno... Cuando te retires, deberías escribir un libro de consejos. Harías temblar a Paulo Coelho.

—Deja de hacer el bufón. Y lee ese libro. Si es tan bueno como dices, quizá debas reconsiderar y encontrar algo que hayas pasado por alto. Además, mejor que hablen de ti, aunque no sea en términos favorables, en vez de ser siempre tú quien hable, sin escuchar a los demás.

—No estás citando correctamente a Dalí, si eso es lo que intentas...

—No citaba a nadie en concreto; era simplemente mi punto de vista —apuntó y cambió de tema—. Al final, lo que debes hacer es redactar una crítica, un análisis... Tú tienes la última palabra sobre cómo quieres que esto concluya y, por supuesto, sobre el destino de ese premio. Estoy seguro de que podrías hacerlo, incluso sin haber leído el libro.

Contuve mi respuesta. No quería entrar en debate con Rojo sobre el tema y todo lo que me agitaba por dentro. Los viejos amores dejan cicatrices en el corazón y a veces, lo que callamos sobre ellos es el verdadero poema no escrito de nuestras vidas. Aunque su consejo tenía fundamento, me inquietaba pensar en tener que enfrentarme a Blanca en privado, por un sinfín de razones que iban más allá del libro. Parecía revivir un episodio de mi vida, que había dado por cerrado.

—No es tan simple.

—Ah, ¿no? —preguntó, mostrando curiosidad y animándome a continuar.

—Hay una ceremonia oficial, una gala de premios... y estoy invitado. Mi opinión no será la definitiva.

—Esto se pone interesante. Sigue...

—El evento tendrá lugar en el Ateneo de Madrid. Habrá una cena, un cóctel y todo eso que hacen los escritores cuando se juntan a hablar de sus libros... Es uno de esos saraos literarios tan rancios, que suelo evitar, pero...

—Tienes que asistir porque Blanca estará allí como una de las finalistas.

—A no ser que se lleve el premio, claro.

—A menos que lo impidas.

—Regresamos al comienzo de la conversación. Ahí radica mi conflicto.

—Míralo de este modo: será una ocasión perfecta para saldar cuentas.

—¿Lo dices en serio?

—Realmente, no, pero es una oportunidad única para charlar con ella y resolver lo pendiente, más allá de si ese libro gana o no. Te aseguro que me lo agradecerás y te quitarás un peso de encima. Además, con todos mis respetos, no sabemos si el libro calará en el público...

—Es el Premio Saturno, Rojo. No me vengas con esas.

—Me refiero a tu vida. No es la más interesante que conozco.

—No lograrás enfadarme.

—Tienes que entender que el tiempo no ha parado para ninguno de los dos. Tal vez ya no signifiques tanto para ella y simplemente hayas sido una motivación para su novela. ¿No es eso lo que hacéis los escritores?

—¿Copiar?

—No. Tomar inspiración de otras vivencias.

—Sí, pero esta situación es distinta.

—Vale. Entonces quizá necesites entender por qué la heriste tanto, para evitar repetir esos errores.

—Recuerda que me engañó en Madrid.

—Nunca la dejaste explicarse. Estás convirtiendo todo esto en un melodrama digno de una telenovela barata.

—Lo que está hecho, está hecho, Rojo. No me esperaba que fueras tú quien defendiera las segundas oportunidades.

—Solo te digo que no sabes a ciencia cierta si sigue pensando en ti. Déjalo estar o afróntalo, pero no le des más vueltas.

Señalando el paquete con el manuscrito, abrí las manos en un gesto de incredulidad.

—¿No te parece prueba suficiente esta narración?

—Es solo un libro. Tú mismo escribes libros y te inventas las tramas. ¿Qué debería opinar al respecto?

—Visto así...

—Léelo. Quizá te estás perdiendo algún detalle revelador... que podría ser la razón por la que te lo ha enviado. La gente no suele guardar rencor eternamente.

—¿De quién estamos hablando ahora?

Rojo dio un sorbo a su copa de vino y continuó comiendo. Una de las razones por las que solíamos evitar discusiones cuando nos veíamos era la buena comida, que aliviaba cualquier tensión surgida por comentarios inoportunos.

—Supongo que no irás solo y que deberás llevar acompañante.

—Así es, pero no tengo todas las circunstancias a mi favor. Mi representante se ha desentendido. ¿Puedes creerlo? Quiere que vaya a un evento de este nivel porque dice que es beneficioso para mi trayectoria, pero no piensa acompañarme... Algo no me cuadra. Me da que quiere evitar el mal rato y el posible ridículo del momento.

—Eso, por descontado. Quizá es su forma de decirte que busques otro representante.

—No hay muchos buenos por aquí.

—¿Y qué me dices de la periodista andaluza?

—¿A Rosario te refieres?

—Sí, a ella. La reportera con la que te has dejado ver últimamente.

Cuando Rojo hablaba de «últimamente», podía ser un período de tiempo bastante ambiguo. En este caso, se refería al verano anterior, y había pasado casi un año desde entonces. Lo cierto es que no había tenido contacto con Rosario desde aquel entonces. Quizá intercambiamos algún que otro mensaje, pero nada más allá de una charla ligera, preguntando cómo nos iba, estirando el chicle de lo banal para transmitir, de algún modo, que estábamos al otro lado de la línea. Yo no había dado el paso, en gran parte porque andaba demasiado ensimismado. Los motivos de Rosario, por otro lado, me eran desconocidos.

—No he tenido contacto con ella desde entonces. Debería estar ocupada en Sevilla.

—Llámala. Pídele que te acompañe.

—¿Estás loco? Eso ni se me pasa por la cabeza.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué sí? Rosario tiene carácter. No estoy seguro de si querría pasar una velada junto a mí...

—Averígualo. A veces, en ese riesgo se encuentra la recompensa más dulce.

—Rosario es un caso aparte. Cada página de su vida revela un capítulo de misterio y pasión que nunca dejas de hojear...

—Menos mal que lo reconoces... Te has pasado setenta páginas de tu último libro dándole vueltas a ella.

En realidad, eran incluso más.

—¿Lo has leído?

—Sí. Me picaba la curiosidad por el desenlace. Está claro que ella es la musa.

—No he desvelado nada sobre lo sucedido. Nunca mezclaría la realidad en mis narraciones.

—Lo sé. Si no, ya te habría roto la cara hace tiempo. Y lo digo sin acritud.

—Desde luego... Lo tomaré como un halago.

Con el bar ya lleno y el ruido ambiental en aumento, acabamos nuestro tentempié, que inesperadamente se convirtió en un almuerzo completo en la barra. Nos saltamos los postres, pedimos dos cafés y después de eso pedimos la cuenta. Rojo parecía tener prisa por alguna razón que no pensaba compartir, así que no vi necesario prolongar nuestro encuentro.

—Déjalo, yo invito —dijo rápidamente, tomando el tique antes de que yo pudiera hacerlo—. La próxima corre por tu cuenta.

—Puede que no nos veamos hasta dentro de un año.

—Nunca se sabe —comentó y dejó un par de billetes junto al recibo. Luego, probó su café—. Hazme caso, llama a esa chica y pídele que te acompañe.

—¿Por qué te empeñas en eso?

—Hacéis buena pareja y estoy convencido de que le alegrará verte. Llevamos años conociéndonos y reconozco cuando alguien te interesa de verdad. No te dejes llevar por tu orgullo, que te hace parecer arrogante y despreocupado a la vez.

—La verdad es que hoy estás sembrado, con tanta sinceridad. —Saboreé el café, reflexionando sobre sus palabras—. No sé. Lo pensaré.

—Y resuelve ese asunto pendiente.

—¿A cuál te refieres?

—Al de Blanca. Debes buscarla y hablar con ella, sin reproches, como en el pasado. Solo así cerrarás ese capítulo entre vosotros, de lo contrario, seguirás viviendo con los fantasmas del pasado, tropezando en el mismo error de siempre.

6

Rojo me dio un fuerte apretón de manos, como era su costumbre, luego se perdió tras la primera esquina de la calle. A pesar de vivir en la misma ciudad, nuestras despedidas eran un adiós breve y lleno de incertidumbre sobre el siguiente encuentro. Siempre me había sorprendido lo poco que sabía de él después de todos estos años. Era solo lo que él quería contarme. Pero hay cosas que es mejor no cambiar ni intentar desentrañar; de lo contrario, nos hacemos más daño.

Esa tarde volví a mi apartamento dando un paseo, con el manuscrito bajo el brazo y disfrutando de la brisa marina que soplaba por el paseo de la Explanada y el estado de ligera embriaguez que me había proporcionado el vino. Un recuerdo me llevó atrás en el tiempo, cuando Blanca Desastres y yo éramos dos periodistas en busca de una exclusiva. Mis primeros días en la redacción de «Las Provincias» coincidieron con los suyos. Juventud, divina juventud... me dije, rememorando los jaleos de la redacción y al cretino del jefe de sección para el que trabajaba. Pensar que una llamada lo cambió todo, de por vida, era como poner en duda el sentido de nuestra existencia. Sin embargo, la única certeza es que nuestros caminos se cruzaron cuando nos sumergimos en historias cada vez más oscuras, que inicialmente nos unieron en una pasión amorosa, pero que terminaron por separarnos un día lluvioso en Madrid. Recordé aquella noche intensa cerca del bar Iberia, en la glorieta de San Bernardo, buscando a Blanca Desastres, para descubrir después su infidelidad con otro tipo. Aquel recuerdo dejó una herida profunda en mí, una de las que se curan, pero que cicatrizan mal. Más tarde, comprendí que ella también necesitó tiempo para darse cuenta de su error. No obstante, a pesar de todo, no llegaba a entender por qué quería hacerme daño, siendo ella quien me había lastimado en primer lugar. Un intento de daño que hizo al intentar sin éxito suplantar mi identidad, y que ahora reflejaba en ese libro.

—¿Qué pretendes con esto, Blanca? —musité, observando los barcos atracados en el puerto.

Quizá Rojo tenía un punto: era hora de cerrar ese capítulo. Tal vez no fuera tan mala idea hacer un viaje a Madrid para buscarla.

Saqué el móvil del bolsillo y busqué el contacto de Rosario. Antes de llamar, me detuve un momento en su foto: esos rizos oscuros y una mirada tan profunda que parecía taladrar la pantalla. Recordé el aroma de su perfume y la cadencia de su voz, que siempre lograba desarmarme. Respiré hondo y marqué su número. Mi corazón latía tan fuerte como un solo de batería de Buddy Rich, mientras esperaba a que contestara. Esa era la señal por la que debía venir conmigo a Madrid. Necesitaba más vino en la sangre. Tras varios tonos, estuve a punto de rendirme, pensando que no debía hacerlo. Pero justo cuando iba a colgar, oí su voz al otro lado de la línea.

—¿Hola? ¿Gabriel?

Hubo un breve silencio, uno de esos incómodos... y me pareció que el tiempo se detuvo, regresándonos a la última vez que hablamos, a sus labios, al secreto que se llevó con ella. Escucharla de nuevo aceleró mi pulso, y aunque intenté mantener la calma, mi voz me traicionó.

—¡Rosario! —exclamé, notando cómo se me enredaban las letras de su nombre—. ¡Eh, hola!

—Gabriel, ¿qué pasa? Pareces inquieto...

Su tono calmado me ayudó a relajarme un poco.

—Nada, simplemente... Bueno, hacía tiempo que no hablábamos y quería saber de ti.

—Vaya... ¿Y eso? Tengo la impresión de que algo ronda por tu cabeza.

No pude evitar sonreír ante su perspicacia.

—Necesito pedirte un favor.

—Ya me imaginaba que venías con algo entre manos. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Créeme, esto no ha sido idea mía.

—Ah, ¿no? Podrías empezar hablándome de qué se trata. No me gustan las adivinanzas.

—¿Conoces los Premios Saturno?

Ella aguardó unos segundos antes de responder.

—¿Sabes quién es el presidente del gobierno de España? ¿Qué te pasa, te has dado un golpe en la cabeza?

—No me habría importado dármelo, con tal de evitar este enredo, pero tengo que asistir a la gala de la entrega de premios...

Su tono de voz cambió de repente hacia uno más seco.

—Vaya... ¡Enhorabuena, entonces! Estarás en tu salsa.

—Mi agente dice que necesito promocionarme.

—¿Me has llamado para decirme eso?

—Sabes de sobra que no.

—Supongo que tampoco tendrá que ver con tu último libro...

Noté cierta aspereza en su forma de hablar, como si hubiera un sentimiento de ofensa.

—¿Lo has leído?

—Lo he visto en las librerías. Últimamente, no he tenido mucho tiempo.

—Una pena.

—Sí.

—Te llamaba porque me gustaría que me acompañaras a Madrid, si no es mucho pedir.

De nuevo, la conversación se vio sustituida por un silencio durante segundos. Entendí que ella estaba tan sorprendida como yo.

—Lo siento, pero me viene fatal.

Orgullosa como nadie, esperaba que insistiera un poco más.

—Todavía no te he dicho cuándo es. Además, es una gran oportunidad para ti también.

—¿Disculpa?

Cometí el error de usar las palabras inadecuadas. A Rosario no le gustaba sentirse apadrinada por nadie.

—Será divertido. Pero, no te preocupes. Entiendo que no puedas. Llamaré a otra persona.

—Gabriel...

—Está bien, Rosario. No tienes por qué exculparte. Es lo más natural...

—Gabriel...

—Ya te contaré qué tal ha ido.

—¡Gabriel! —exclamó—. Déjame que lo piense, ¿entendido?

***

A pesar de mis expectativas, Rosario no parecía muy dispuesta a viajar conmigo a Madrid.

—Gabriel, ¿crees que puedes aparecer de la nada y esperar que me apunte a tu plan? No tienes vergüenza.

—Es una buena idea, Rosario... Será divertido.

—Para ti, quizá, ¿pero qué pinto yo en una entrega de premios en el Ateneo de Madrid?

—Pues acompañarme. ¿No es razón suficiente?

—El último golpe que recibiste debió afectarte más de lo que creía...

—Vamos, Rosario. Podrías hacer buenos contactos; te vendría bien.

—Lo que intuyo es que no me estás contando todo.

—¿Yo? Qué va, Dios me libre...

—Mientes como un chiquillo. ¿Qué ha pasado con tu agente literaria? Oí que dejaste al anterior...

A pesar de nuestra distancia y de su aparente desinterés por mi carrera, Rosario parecía estar al día de mis andanzas y con ganas de ponerme a prueba.

—Margarita no puede estar conmigo esa noche. Tiene otros compromisos.

—Una lástima. En fin, creo que lo he pensado y me temo que no podré acompañarte. Estoy segura de que encontrarás a alguien, Gabriel.

Reflexioné sobre sus palabras un instante. No me gustaba presionar, y menos a ella, pero algo me decía que estaba mareándome por puro placer.

—Necesito a alguien de confianza.

—¿Confianza?

—Detesto los actos públicos de este tipo.

—¿Desde cuándo una entrega de premios te resulta un apuro?

«Desde que no soy el protagonista».

—Es una celebración importante. La familia Arriaza invitará a numerosas personalidades del país. Hazme este favor y estaré en deuda contigo.

—Deberías haber empezado por ahí.

—¿Desde cuándo te interesa lo que hacen los de palacio?

—No es eso, es la idea de verte en un entorno tan sofisticado —dijo con un tono travieso—. Debe ser todo un espectáculo observar cómo tu ego se resquebraja ante los viles comentarios de esa gente.

—Ahora te burlas. Casi prefiero retirar mi oferta.

—Pero, ¿por qué a ti, Gabriel? ¿Por qué te ha llamado? No me malinterpretes...

Dudé al pensar en el manuscrito y en Blanca Desastres. Aunque Rosario y yo no teníamos nada serio, temía que cualquier comentario del pasado pudiera alejarla.

—Mi agente supuso que sería positivo para mi carrera.

—Ya veo. Tiene buenos contactos, imagino.

—En cierto modo... Solo tengo que hacer una breve reseña de uno de los manuscritos finalistas y eso influirá en el veredicto... Aunque sé que es una mera excusa de mi agente para que acuda. La cuestión es que no falte a la cita.

—¿Y de qué trata ese libro? —preguntó, obviando lo que tenía que decir.

—Es confidencial, Rosario.

—Quiero leerlo. —Su voz tajante marcaba la cláusula del contrato.

—Todo depende de si decides acompañarme o no.

—¿Me estás chantajeando?

—Es una contraoferta.

—Si me envías una copia, lo consideraré.

—No hay tiempo para eso...

—Entonces, no hay acuerdo.

—¿Estás de broma? La reseña es mi responsabilidad. ¿Por qué ese interés repentino por el libro?

Rosario suspiró y pareció recomponerse. Aunque no podía verla, sentía la tensión en su voz.

—Te diré dos cosas. Primero, no pienso hacer el ridículo en público. Imagina que alguien me pregunta sobre el libro y yo no sé qué responder... o, peor aún, imagina que tu reseña es un despropósito y encima tengo que salir en tu defensa. Necesito formarme una opinión. No tengo problema en discrepar contigo públicamente, si no estoy de acuerdo con la tuya.

A pesar del reproche, me alegró que el ridículo no estuviera relacionado con mi persona.

—Vaya, gracias por el voto de confianza... ¿Y la segunda razón?

—Porque llevas rato eludiendo decirme el verdadero quid de la cuestión. Sé que tiene que ver con ese libro, no me tomes por boba. Quiero leerlo. Quizá no sea nada relevante, pero no voy a aceptar la propuesta de acompañarte, sin saber todos los detalles. Gabriel, crees que siempre vas un paso por delante, pero yo no soy como el resto.

—No hace falta que lo jures. Lo supe desde el momento en el que te conocí en Sevilla.

—Por si acaso te surgen dudas. Así que, ¿me vas a enviar esa copia? Tengo la tarde libre.

No sé cómo lo hacía, pero Rosario tenía una habilidad innata para salirse con la suya. Mandarle el manuscrito de «Bastardo» no solo me comprometía, sino que también complicaba el encuentro con Blanca Desastres. Aún no había subido al tren y ya sentía la atmósfera cargada en el Ateneo, conforme se acercaba el momento. Al final, cedí ante las demandas de la andaluza, tratando de convencerme de que no se fijaría en los pormenores.

Sin embargo, si intuía que Rosario debía ir conmigo a Madrid, también sentía que algo inesperado sucedería allí.

Sea como fuere, lo descubriríamos pronto.

7

Sin más remedio que aceptar la situación, envié a Rosario la copia del manuscrito mediante mensajería y confirmé mi participación en el evento. Aunque no había tenido oportunidad de leer aquel voluminoso documento al completo, especialmente ahora que había cambiado de manos, conseguí redactar una reseña lo suficientemente extensa como para cumplir con mi compromiso. Al final, las palabras no son más que palabras y las lleva el viento. En cuanto a los críticos, como la casta política, son expertos en hablar mucho sin decir gran cosa.

Margarita se mostró satisfecha con mi decisión, deseándome buen viaje y que aprovechara la experiencia al máximo. Para ella, el hecho de no tener que acompañarme parecía un alivio. Preferí no rizar el rizo.

El evento prometía ser uno de esos actos pesados, plagados de formalidades, halagos y falsas risas, donde las gentilezas en público se entremezclaban con las puñaladas por la espalda. ¿Y qué mejor que una buena zancadilla para aliñar un poco la velada?, me pregunté. Mi principal objetivo era evitar que ese libro viera la luz, no mediante la manipulación de la decisión final, sino conversando directamente con su autora. Una mezcla de curiosidad y temor me carcomía por dentro, y estaba determinado a entender por qué Blanca Desastres me había hecho protagonista de su narración. Quizá, me dije, nuestro encuentro me proporcionaría respuestas sobre el pasado.

Días después, el AVE con destino a Madrid esperaba en la estación de Alicante. Se presentaba un día espléndido y soleado y las predicciones auguraban calor en la capital. Ataviado con una americana, camisa azul y vaqueros, viajaba ligero: solo un bolso de mano con mis imprescindibles y una funda para el traje que vestiría más tarde. Una voz por megafonía anunció la inminente salida del tren. Mientras tanto, me encontraba en el quiosco de la estación buscando algo para leer durante el viaje. Tras ojear periódicos y revistas, decidí explorar la sección de libros de bolsillo, esperando encontrar algo que me mantuviera entretenido en el trayecto. Era complicado encontrar algo que no fuese un superventas. Sin embargo, hay que admitir que las estaciones de tren y los aeropuertos son los espacios que cualquier escritor con una migaja de prudencia y amor propio anhelaría conquistar, más que cualquier vitrina de una librería prestigiosa. Ojeé los nombres de los autores, con cierta envidia. Muchos eran iberoamericanos, pero también había anglosajones. Un suspiro se me escapó al no distinguir ninguno de mis títulos. Era un reflejo del momento que atravesaba: ya no tan joven y relegado al olvido, en el filo del abismo en el que se pierden tantos autores. La crisis de los cuarenta se aproximaba,

acompañada de la financiera. Menudo plantel, pensé. Finalmente, una portada llamativa me capturó.

—El golpe de la muerte —murmuré al leer. El autor era un tal Armando Gresco. No me sonaba en absoluto, aunque imaginé que su nombre podría haberle traído burlas en el colegio.

«El autor manchego que ha triunfado con más de cien mil ejemplares vendidos y elogios de la comunidad lectora», leí para mí mismo, sonriendo ante las exageraciones que las editoriales podían plasmar en las fajas promocionales. Tras el segundo aviso, aboné el libro y me dirigí rápidamente a la fila de viajeros que esperaban para embarcar. Superé el control de seguridad y me encaminé al vagón preferente. Al mirar a los demás pasajeros, noté cuánto había cambiado desde mis últimos viajes en tren o desde que solía tener compañía. Aquellas jornadas en las que viajar era una aventura habían quedado atrás. Ahora, simplemente se trataba de un medio, una rutina necesaria. Los pasajeros eran distintos a los del fin de semana: parejas en vacaciones, ejecutivos exhaustos, jóvenes enérgicos en trajes impecables, con sus mochilas corporativas, como si todos perteneciesen al mismo instituto. El ambiente en los vagones se agitaba al inicio de la mañana, reminiscente del bullicio de la Bolsa y de los tiburones que cerraban transacciones con los clientes. Por último, me adentré en mi vagón y localicé mi asiento. Dejé el bolso en el compartimento superior y colgué el traje en una percha cercana. Mi asiento, pegado a la ventana, se enfrentaba al de otro pasajero. Aunque no me gustaban las mesas de los vagones, en esta ocasión no me importaba. En cuanto el tren comenzase su marcha, abriría el libro que acababa de comprar y me sumiría en un sueño hasta llegar a Madrid.

Coloqué la novela sobre la mesa y observaba a la gente que entraba, preguntándome quién ocuparía el asiento frente al mío. Poco a poco, el vagón se fue llenando, aumentando mi curiosidad. Justo cuando parecía que íbamos a partir, una mujer entró torpemente, golpeando con su maleta varios asientos hasta que llegó a la mesa.

—Este es el mío —comentó, señalando el asiento de enfrente. Su mirada se posó en la portada de mi libro y luego nuestros ojos se encontraron. Calculé que tendría unos cinco o siete años menos que yo. Su piel clara, casi rosada, contrastaba con unos ojos luminosos y un pelo rubio con matices cobrizos. Tenía una cara aniñada, pero la figura de una mujer adulta, ataviada con un ligero vestido de verano que dejaba ver sus brazos y piernas pálidos.

—Buenos días —saludó con cortesía al sentarse, dejando en el aire un aroma dulce que me envolvió. Acto seguido, comenzó a sacar objetos de su bolso: primero el móvil, luego una libreta y, al final, una pluma estilográfica. Su apariencia juvenil me desconcertaba, pero me sentía atraído por la combinación de sensualidad en sus gestos y una inocencia que no sabía discernir si era natural o una pose.

Afortunadamente, el tren inició su trayecto y nadie más ocupó los asientos junto a nosotros, lo que era un alivio por si tenía que levantarme después. Mientras contemplaba por la ventana cómo dejábamos atrás la ciudad, mis pensamientos se dirigieron hacia Rosario y Blanca Desastres. A la primera porque no me había contactado desde que le envié el manuscrito, lo cual no presagiaba nada bueno, aunque no debía preocuparme. Confiaba en que iría a Madrid, o eso quería creer. Y a la segunda, porque mi corazón latía con fuerza al pensar en ella, después de tanto tiempo sin verla.

No era miedo, ni una emoción que resurgía del pasado. Tampoco albergaba sentimientos hacia ella, aparte de la frustración por haber escrito eso. Sin embargo, se dice que el cuerpo tiene

memoria, al igual que el cerebro, y quizá el mío aún no se hubiera desvinculado del todo de ella, de su intensidad y de las pasiones que me hizo experimentar en los distintos momentos de nuestra relación. No supe gestionar eso en su día, y tampoco estaba dispuesto a hacerlo ahora.

Absorto en mis pensamientos, volví a la realidad al darme cuenta de que la chica me observaba intensamente. Lentamente, desvié mi mirada de la ventana hacia ella. No obstante, no bajó la vista ni pretendió disimular. Sonreí, sin estar seguro de cómo interpretar su actitud y fruncí el ceño ligeramente. Por fortuna, fue ella quien decidió iniciar la conversación:

—¿Te está gustando? —quiso saber, apuntando hacia la portada del libro de Armando Gresco.

Me encogí de hombros, sorprendido por su pregunta y sentí cómo me relajaba. Por un instante, pensé que me revelaría algo ilustrativo.

—Lo acabo de comprar. No estoy familiarizado con este escritor, la verdad. No podría darte una opinión al respecto.

—Ya veo.

—¿Merece la pena?

—Es un canalla y un psicópata.

Su respuesta me dejó perplejo. Era el tipo de comentario que no esperas sobre un escritor. Al menos, no sin conocer a la otra persona.

—Interesante. —Sonreí nuevamente y la escuché con atención—. ¿Por qué dices eso?

—Lo conozco... más de lo que me gustaría. La fama no le ha sentado bien. Tiene talento, pero se lo ha creído demasiado.

—Entiendo... —respondí, intuyendo que entre esa chica y el autor del libro había habido algo más que un simple intercambio literario—. Los escritores son así... Todos tienen su dosis de tragedia, de frustración y de maldición. Darles notoriedad solo potencia su deseo de venganza hacia el mundo. Es mejor que se queden en sus rincones, escribiendo y sin hacer mucho ruido.

—¿Es una observación real o solo una generalización?

—Ojalá estuviera equivocado.

—Parece que tienes experiencia en el tema —comentó con una sonrisa pícara y detecté un juego de palabras implícito en su respuesta.

—Desafortunadamente...

Antes de que pudiera darme cuenta, noté las miradas de los demás pasajeros posadas sobre nosotros. La chica se inclinó hacia mí y extendió su mano:

—Por cierto, me llamo Claudia... Claudia Desplantes.

En ese momento, su nombre hizo chispa en mi memoria y me transportó al pasado: a las revistas literarias, a los premios para novelistas emergentes. Y allí estaba el rostro de Claudia, diferente, más joven e incluso más inocente, resaltando junto a su nombre en negrita. Me alivió pensar que no era el único al que los años le sentaban peor que a otros. Así y todo, Claudia tenía una imagen más decente que la mía.

—Un placer, Claudia... —articulé con voz algo temblorosa—. Soy Gabriel, Gabriel...

—Caballero —completó ella, obsequiándome una sonrisa luminosa como el marfil—. Sé de sobra quién eres.

8

Algo en mi interior me decía que este viaje tenía que empezar así. Claudia Desplantes, con una sola novela, ya se había posicionado como una de las figuras literarias más prometedoras del país. Aunque no había leído nada de ella, sabía que los derechos de su libro ya habían sido vendidos para adaptarlo a una serie televisiva. Su mirada me atrapó y me sentí algo desfasado. A su lado, parecía que mi luz palidecía en comparación. Dudé sobre cómo seguir, si hablar más o excusarme y decir que necesitaba descansar. Sin embargo, Claudia parecía tan o más entusiasmada que yo por este encuentro. No tardaría en percatarme de lo aguda que era.

—Admiro mucho tu trabajo —afirmó, y con esas palabras me tuvo a su merced para el resto del trayecto. Daba igual si era cierto o no; lo que importaba era cómo me sentía al escucharla. Para escritores con un ego inflado, era el equivalente a un susurro cariñoso. Para no perturbar a los demás pasajeros, le sugerí que fuéramos al vagón cafetería. Claudia aceptó con agrado y nos dirigimos allí, encontrando a varios viajeros que habían decidido tomarse un tentempié.

—¿Acostumbras a hacer esto? —preguntó con un tono juguetón.

—Solo cuando alguien me clava la mirada en el tren.

Rio y me dio una palmada amistosa. A pesar de su madurez, había en ella un aire de musa literaria que me evocaba a la Lolita de Nabokov, y yo tenía una cierta debilidad por aquellos perfiles. Las escritoras noveles como Claudia, dispuestas a comerse el mundo sin mirar atrás, con su sensualidad en las palabras, son como incendios forestales en el bosque de las emociones: seductoras y capaces de dejar huellas imborrables en aquellos que se arriesgan a sumergirse en sus cuentos.

—Dicen por ahí que eres un mujeriego.

—No des mucho crédito a lo que oigas de mí, ni a mucho de lo que te cuente.

—¿Qué te ha ocurrido, Gabriel?

—Estoy bien. Debe de ser la edad...

—Me refiero a tu carrera literaria...

—¡Ah! Buena pregunta.

—Sigo creyendo en tu talento, pero el mundo editorial tiene sus caprichos. Las cosas no siempre salen como esperamos, ¿verdad?

—Tal vez sea una combinación de suerte y elecciones.

—Tengo entendido que tu último libro no ha tenido el éxito esperado porque no interesaba a la crítica, ¿es cierto?

—Es un hecho.

La pregunta me golpeó como un mazazo y empecé a dudar de sus verdaderas intenciones. Claudia tenía la habilidad de hacerme sentir en las nubes para luego derribarme con un comentario certero. No podía olvidar que, a pesar de su apariencia dulce, estaba frente a una escritora con un ego desmedido.

—Parece que conoces más sobre mí de lo que yo sé de ti. ¿Qué has estado haciendo en Alicante?

—Un acto de firma de libros.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Rumbo a Madrid?

—A un evento. Compromisos laborales.

—¿Trabajo?

—A veces, ejerzo el oficio.

—¿Los premios Saturno, cierto?

—Veo que tú también.

La tensión entre ambos creció, y, juguetonamente, acercó su brazo al mío.

—¡Qué emocionante! —exclamó con efusividad. Luego, en un tono más bajo, susurró—. Ojalá nos den habitaciones contiguas.

Me alejé discretamente, buscando mantener mi espacio. No quería enviar señales equivocadas, aunque mi actitud solo parecía incrementar su curiosidad.

—Lo siento, pero no estoy aquí para jugar a ser el hermano mayor. No lo tomes a mal.

—No te preocupes, lo último que necesito es alguien que me cuide.

Aunque hubiera preferido sentirme de otra forma, la atracción no es una elección. Siempre me había sentido fascinado por mujeres con fuerte carácter, como Rosario o Soledad. Mi historial sentimental revelaba un patrón recurrente de buscar a alguien que me plantara cara. Por eso, no me sorprendía la actitud de Claudia, que, con su carisma, debía tener a muchos escritores pendientes de ella.

—Entonces, ¿eres finalista? Lo deduzco...

Ella asintió, claramente orgullosa.

—Oficialmente, no debería decirlo; es «secreto», pero sí, lo soy... y tengo esperanzas... Ganar el Saturno sería la culminación de mi carrera. No te imaginas la libertad que te da un premio como ese... Un sueño hecho realidad. Es curioso, pero si me han seleccionado es por algo.

—¿Desde cuándo te cuestionas?

—Estoy siendo estúpida, ¿verdad? No debería. Quiero pensar que lo merezco...

—No seré yo quien te lo diga.

Pero, en realidad, lo que le dijera, le importaba más bien poco.

—Además, cualquier escritor destacado lo ha conseguido y a una edad temprana.

—Eso significa que aún tengo tiempo.

—¿Tú también estás entre los finalistas?

No pude evitar reírme con su ingenuidad.

—¿Te sorprendería? Creía que valorabas mi trabajo.

—Es diferente, Gabriel. Perdona mi despiste, he dado por hecho que formabas parte del jurado.

—No necesito tu misericordia. Imagino que llevas razón, pero has tocado mi fibra sensible...

Ella me rozó el brazo como gesto de disculpa, como si realmente eso me importase. En realidad, ahora el juego estaba en mis manos.

—Entonces, ¿formas parte del jurado o no? —preguntó, mostrando un interés evidente.

—El jurado está compuesto por quienes no pueden triunfar.

—Eso es un sí.

—¿Lo afirmas?

—¡No lo sé! No has contestado a mi cuestión.

—Tú eres la que juega al límite, no yo... —le contesté, guiñándole un ojo y dejando la respuesta en el aire, avivando su curiosidad—. Mira, que tu secreto quede entre nosotros. No es bueno que vayas aireándolo a la mínima... Nadie debería saber que estás entre las finalistas...

—En fin... A estas alturas —afirmó con una confianza rotunda—, pronto será público que soy la vencedora.

—Regálame un poco de esa ambición desmedida.

—Quererse es importante.

—Te vendrá bien cuando todo sean golpes.

—¿Tienes compañía para la gala?

—Bonito intento... —repuse, dejando que el hilo de la charla se enfriase un momento. La realidad era que cada vez que hablaba, mi interés por ella mermaba. Al final, lancé la cuestión que nadie desea escuchar. Lamentablemente, yo ya sabía cuál sería el manuscrito ganador—. Permite que te haga una pregunta, Claudia.

—Dime.

—¿Qué harías si, por casualidad, no ganaras?

Sus ojos se ensancharon al escucharlo y noté un atisbo de duda en su mirada. Su reacción denotó que aquella posibilidad le resultaba más tangible de lo que pretendía mostrar, y fue entonces cuando comprendí que Claudia, al igual que todos los escritores, tenía sus propias inseguridades, por mucha seguridad que quisiera proyectar.

—No lo tengo claro... —manifestó con la voz entrecortada—. Quizás perdería los papeles y haría alguna locura.

—Si piensas emborracharte, hazlo a solas en tu habitación. Hay vida más allá del premio... No querrás destrozar tu carrera por una mala velada.

—¿Hablas desde la experiencia?

—No, desde el sentido común.

—No sé... Ahora, en serio... Mataría a alguien, te lo juro...

Me quedé helado y la observé atónito.

—Demonios...

—¿Qué tipo de cuestión es esa, Gabriel? —Me miró seriamente y luego se rio, en un intento de quitar hierro al asunto—. Ni se me había ocurrido. Lo veo tan improbable...

***

Tras ese episodio, el viaje continuó sin incidentes. Una llamada interrumpió nuestra charla y me ofreció el respiro que necesitaba.

—Tengo que atender una entrevista, ¿te importaría? No tardaré —me comentó, para pedirme un momento a solas en el vagón cafetería. Asentí y me aparté sin protestar.

Aunque esperaba que fuese breve, sabiendo que los periodistas rara vez tienen preguntas para retener por mucho tiempo a los entrevistados, su llamada duró más de una hora. Este lapso me permitió regresar a mi asiento, acomodarme y reflexionar sobre el carácter volátil de la escritora y la decepción que podría sufrir. A decir verdad, no quería que Blanca Desastres se alzara con el premio, pero tras conocer a Claudia, comenzaba a replantearme mis preferencias. Quizá era la perspectiva que da el tiempo o el hecho de sentirme algo desplazado de la actualidad literaria, pero me resultaba difícil lidiar con una arrogancia tan pronunciada como la de ella. Un golpe, como quedar finalista del premio Saturno sin ganarlo, podía afectar su carrera irremediablemente. Lo sabía bien, yo mismo había experimentado algo similar.

Cuando Claudia volvió, el altavoz anunció que nos aproximábamos a Madrid-Atocha, un aviso que me llenó de alivio.

—Disculpa, la llamada se ha alargado más de lo previsto. Ya sabes cómo es la prensa... aunque supongo que lo echarás un poco de menos.

—¿Yo? ¿Por qué echaría de menos a los periodistas?

—Es evidente, ¿no? Hace tiempo que no das entrevistas. De haberlo hecho, habría leído algo sobre ti en algún periódico nacional.

—Ajá... Digamos que recuerdo vagamente esas experiencias. Me cansé de ellas.

—Ya veo. Parece que hemos llegado —comentó, restándole importancia a la conversación y mirando por la ventana—. Por cierto, no quiero ser entrometida, pero aún no has contestado a mi cuestión anterior.

—Lamento desilusionarte, pero no estoy en el jurado —le aclaré, apenado por deshacer sus esperanzas—. Aun así, te deseo toda la suerte del mundo.

—No me trates como a una niña. Me refería a la gala. No me has dicho si tienes acompañante.

«Buen punto», pensé, mientras echaba un vistazo a mi móvil. Rosario no me había enviado ningún mensaje y, sinceramente, deseaba tener noticias de ella. El reloj comenzaba la cuenta atrás.

—La verdad es que...

No había terminado de hablar cuando, al alzar la vista del teléfono, me percaté de que la escritora había desaparecido del vagón. Desplantes, fiel a su apellido, se alejaba a paso ligero por el andén, dejándome atrás, al darse cuenta de que no podría sacar ningún provecho de mí.

«Quizá sea lo mejor para los dos», reflexioné y salí del tren, bolso en mano y la funda del traje al hombro. El trayecto hasta la salida me resultó más extenso de lo que recordaba, tal vez por no estar habituado a estaciones tan vastas o porque ansiaba llegar a mi hotel. Cada paso me reafirmaba en la sensación de que venir a Madrid quizás no había sido la decisión más acertada, pero quería tomarlo como algo diferente, como una aventura y como una oportunidad para divertirme. Y con cada zancada, el destino parecía arrastrarme más al corazón del dilema. Tras atravesar interminables corredores, finalmente llegué a la zona de llegadas. Consulté los horarios para verificar si el tren de Rosario ya había llegado. Acto seguido, miré de nuevo el móvil y traté de llamarla, pero no había cobertura.

«Curioso», me dije antes de enviarle un mensaje avisándole de que me dirigiría directamente al hotel. Subí por las escaleras mecánicas hacia el área de taxis y una vez arriba, me encontré con un bullicioso enjambre de coches blancos esperando a los recién llegados.

La avalancha de gente se dispersó entre los diferentes taxis detenidos, que arrancaban con la urgencia de quien compite en una carrera de Fórmula 1. Desconcertado y con cierta ansiedad, me dirigí al último taxi estacionado en la parada, haciéndole un gesto para que me esperase, cuando un sujeto se interpuso bruscamente.

—¡Eh! ¡Ten cuidado! —exclamé, observando cómo subía rápidamente en el coche. Con las manos ocupadas con el equipaje, traté de impedírselo, pero sin éxito—. ¡Oye, ese era mi taxi!

El individuo, ataviado con un traje gris y luciendo una cabellera canosa y engominada, alzada, recordándome a tiras de regaliz, portaba unas llamativas gafas con cristales amarillos. Sin mediar palabra, me sacó la lengua y, acto seguido, me mostró el dedo anular de forma despectiva.

—¡Que te den, cretino! —me espetó desde el asiento trasero, justo antes de que el taxi se perdiese de mi vista. Desconcertado, traté de recordar si conocía ese rostro; algo en él me resultaba vagamente familiar, lo que aumentaba mi inquietud.

Paralizado, me encontré en mitad de la calzada, siendo objeto de las bocinas de los taxistas impacientes que me instaban a apartarme, hasta que una voz conocida pronunció mi nombre en alto.

9

Una mano firme me sujetó del brazo, rescatándome del caos que estaba generando en plena vía. Al voltearme, aún asombrado, me encontré con una mirada familiar. Allí estaba Rosario, con ese ceño fruncido que, por alguna razón, jamás podía tomarse del todo en serio. Inmutable como siempre: radiante, morena y con ese cabello revuelto tan suyo. Sus luminosos ojos, que contrastaban con el tono de su piel, eran imposibles de ignorar.

—¡Gabriel! —exclamó, sacudiéndome ligeramente—. ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?

—Trataba de coger un taxi... —comencé a explicar, aunque decidí no entrar en detalles sobre el incidente previo—. Te he buscado por toda la estación, ¿dónde te has metido?

Rosario alzó una ceja y volteó los ojos, claramente escéptica.

—Ya, claro que sí... —respondió con ironía, echando un vistazo a su reloj—. ¿Estamos esperando a alguien?

Aunque la última vez que nos vimos la situación fue tensa, esta ocasión no prometía ser mejor. Por alguna razón, Rosario parecía tener ciertas reservas conmigo. Presumí que esto podía tener relación con el manuscrito de Blanca Desastres. Decidí no indagar en su humor y agité la mano para llamar al siguiente taxi libre que nos acercase al hotel Madrid Reina Victoria, en la plaza de Santa Ana. Durante muchos años, el Reina Victoria fue el alojamiento preferido de toreros y personalidades del mundo taurino, debido a su proximidad a la antigua plaza de toros, de Madrid. Pero también había hospedado a actores y demás faranduleros de renombre. En este punto, agradecí que la organización me hubiese reservado una habitación tan cerca del Ateneo. Madrid posee innegables encantos, pero no soy fan de desplazarme constantemente en taxi, especialmente cuando es por mi costa. Colocamos el equipaje en el maletero y señalé al conductor nuestro destino. El taxímetro comenzó a contar mientras nos dirigíamos hacia la ronda de Atocha, para después tomar la calle de Alcalá. Mientras observaba el ir y venir de la gente y las icónicas fachadas de la vieja ciudad, que resistía pese a la invasión de franquicias y una sociedad absorta en sus pantallas, eché un vistazo discreto a Rosario, notando su inusual silencio.

—¿Cómo ha ido el viaje? Por cierto, no te he dicho nada, pero me alegra verte.

—Bien —murmuró, evasiva—. Todo en orden.

—Es bueno saberlo —repuse, soltando un suspiro profundo. No era ni el momento ni el lugar para abordar ciertos temas, pero parecía que nunca encontraríamos ese «momento adecuado»—. Has leído el libro, ¿no es así?

—Sí.

—Ya me lo imaginaba.

En ese instante, ella giró la cabeza y fijó en mí esa mirada penetrante, como si fuera a condenarme por lo que había hecho.

—Me enfada.

—¿Te enfada?

—Sí. Me pone negra y me molesta que sea tan bueno y que tú seas el protagonista. Porque eres tú, ¿verdad? No intentes mentirme, estoy casi convencida de que es así.

—Espera... ¿Cómo lo has descubierto?

Rosario siempre estaba un paso por delante, por más que tratara de hacerle pensar lo contrario.

—Es obvio que eres tú y que la persona que lo escribió tuvo algo contigo. Es una mujer que te intimida, chiquillo. Mira cómo te pones cuando escuchas hablar de ella...

Sus palabras provocaron que me sonrojara, aunque la vergüenza expresada no era por Blanca, sino por cómo me arrinconaba para que hablase. Llevarle la contraria era como pelear con Mike Tyson en un cuadrilátero.

—No saques conclusiones precipitadas...

—Te conozco, Gabriel, y no olvides que yo también soy periodista. Por eso me has invitado, ¿no? Para que te cubra las espaldas.

—Te empeñaste en leer el libro. Yo solo te dije que el evento podría ser una buena oportunidad...

—Para poner celosa a tu ex.

—No, para vernos y, de paso, hacer conexiones, que nunca vienen mal.

Rosario sonrió con un aire que no me agradó en absoluto. Tras esa expresión angelical, estaba seguro de que escondía algo que desvelaría más tarde, tal vez demasiado tarde.

—¿Has redactado la crítica?

—Más o menos.

—Vamos, es evidente que debe ganar.

—Yo no estaría tan seguro.

—Illo, por favor, ¿me estás tomando el pelo? Espero que no dejes que eso suceda.

—Te recuerdo que no soy del jurado. El jurado solo quería saber qué pensaba...

El taxista trató de avisarnos de que habíamos llegado, pero Rosario se adelantó saltando del asiento para enfrentarme.

—¡No te atrevas a arruinar la carrera de esa mujer! ¡Estoy segura de que lo has considerado!

—¿De qué lado estás? ¿Del suyo o del mío?

—Del lado de las causas justas.

—La historia no está escrita por los que fueron benévolos con el resto, no te olvides.

—Lamento interrumpir, pero son diez euros, señor —dijo el taxista.

—Sí, claro... —le contesté, buscando un billete en la cartera. Se lo entregué y él salió del vehículo, esperando que hiciéramos lo propio—. Hablaremos después del asunto.

—¡Exijo que me cuentes todo!

—¿Qué más quieres saber? Tienes el libro. Si te quedas con las ganas de saber más, puedes preguntarle después a la autora.

—El libro es pura invención y rencor. Ni eres tan atractivo como te pinta, ni tan buen periodista... Hay que tener mucho talento para pintar la realidad de esa manera.

—Oh, gracias por el cumplido...

Recogimos nuestro equipaje y nos encontramos con la entrada del hotel. La plaza de Santa Ana era encantadora, en el corazón histórico de Madrid, y a esa hora, las terrazas estaban llenas de bares que ofrecían cervezas a los turistas para combatir el calor. Alcé la vista y encontré un edificio del siglo XX, que conservaba gran parte de su fachada y arquitectura originales.

—Gabriel... —insistió Rosario.

—¿Podemos dejar esto para más tarde? —le pedí, al percatarme de que se aproximaba alguien.

—¡Gabriel Caballero! ¡El mismo, en persona! —exclamó un hombre con el pelo rizado, peinado hacia atrás y luciendo una camisa blanca desabrochada, una chaqueta azul y pantalones blancos. Durante un instante, no pude reconocerle, pero pronto identifiqué a Arturo Tocinos, la figura clave detrás de la editorial Saturno y mano derecha de la familia Arriaza. En resumidas cuentas, él era el mandamás de aquel sarao, el mago Merlín que te podía tocar con una varita mágica y convertir tu vida harapienta en un cuento de hadas y, lo más importante, quien nos había invitado.

—Es un placer conocerle, señor Tocinos —respondí, mientras le daba la mano. No pude evitar notar la risa contenida de Rosario al oír ese apellido, aunque trató de disimularlo —. Realmente, un honor.

—Por favor, llámeme don Arturo —me propuso, lanzándome un guiño astuto—. ¿Y ella? ¿Quién es su distinguida acompañante?

—Esta es la señorita...

—Don Arturo, ¿con el don o sin él? —le preguntó ella.

—Usted, como quiera.

—A mí, llámeme Rosario.

—Entendido —dijo Arturo, extendiendo su mano hacia ella en un gesto galante—. ¿Sin apellido?

—Con el nombre, me daré por aludida —contestó Rosario, enigmática.

Después de unos segundos de pausa, en los que Arturo la observó con interés, volvió su atención hacia mí.

—Espero que su viaje haya sido placentero y que no hayan tenido problemas para llegar... Madrid se pone hecha un asco cuando se acerca el fin de semana, lo que es normal... Todo el mundo quiere estar aquí.

—¿Se refiere a la gala? Algunos matarían por ello.

—Me refería en términos generales. Pero eso no importa ahora... Debo hacerles saber que son de los últimos en llegar. La mayoría de los escritores ya se encuentran aquí.

—Imagino que nos han agrupado para que estemos todos a mano —bromeé.

—El mundo literario puede ser complicado —señaló Arturo, sonriendo—. Pero muchos ya se conocen de antes, lo que sin duda añadirá chispa a la velada.

Rosario arqueó una ceja, evidentemente divertida.

—Suena intrigante —dijo con un tono irónico—. Si no te importa, Gabriel, voy a ir entrando. Estoy segura de que tenéis asuntos de los que hablar.

A pesar de su reacción, decidí no darle más vueltas. Había notado cierta tensión en Rosario, pero no era algo inusual.

—Dame un momento y entro —le dije—. No hace falta que me esperes. La reserva está a mi nombre.

—Ha sido un placer, señor Tocinos —se despidió ella, esbozando una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—El placer ha sido mío —respondió él con una mueca superficial. Cuando la andaluza se alejó, el hombre me miró con curiosidad—. Su pareja es ciertamente... interesante, además de muy bella.

—No es mi pareja, simplemente viene conmigo. Soy un romántico, pero nada tradicional.

—Entendido, algo casual, como dicen ahora... —comentó, levantando una mano en señal de paz—. No es mi intención entrometerme.

—No se preocupe, don Arturo —le aseguré mientras seguía con la vista a Rosario entrando en el hotel—. Los viajes en tren le afectan al humor. El traqueteo y todo eso...

—Lo comprendo. No hay problema. Y sobre su crítica...

—¿La ha leído?

—Efectivamente.

—Se supone que era confidencial.

—Pero soy el organizador del premio y quien mueve todo este cotarro. A estas alturas, no tengo por qué esconderle nada, Caballero, ni tampoco por qué darle explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

—Ha quedado más claro que el agua...

—Siento comunicarle que el libro va a ser el ganador.

—¿Perdón?

—Sé que no es de su agrado, pero la señora Desastres ha creado una magnífica obra y la historia es potente... Usted es el hombre del que habla, ¿cierto? El «bastardo».

Aquellas palabras me hicieron sentir una punzada de inquietud. Todo apuntaba a que estaba en el preludio de un escándalo en potencia. Y, desafortunadamente, parecía que la decisión ya estaba tomada y que sólo era cuestión de tiempo que todo se desvelase.

—Es una novela, simplemente. Blanca y yo colaboramos en el pasado, pero gran parte de lo que narra es fruto de su prolífica imaginación.

—Ya veo... Sé por dónde va...

—Ahora respiro más tranquilo, la verdad.

—Es de los que llaman colaborar a tener una relación sentimental y amiga a una relación esporádica... Me gusta su manera de quitarle hierro al apego, a lo emocional. Es un estilo diferente de utilizar el lenguaje, pero con maestría...

—Creo que me malinterpreta. Me refería al manuscrito...

—Entiendo su nerviosismo. La prensa se lanzará sobre usted cuando el libro salga.

—En efecto. ¿Me ha traído aquí por eso?

—¡Por supuesto que no! Pero quería que pudiera comprender que, en este negocio, y en este mundo tan complejo, al final... unos triunfan a costa de otros.

—¿Así que la editorial Saturno gana y yo pierdo?

—¡Qué va! No me refería a eso. Hablaba de su relación con esa mujer. Es curioso cómo el amor, que comienza de forma tan pura, puede acabar así... en una colaboración.

Sus palabras me dejaron reflexionando, no reaccioné como esperaba. No había considerado, ni por un instante, el impacto que el libro podría tener en mi vida privada. De todos modos, no iba a entrar en su juego dialéctico.

—¿Está Blanca en el hotel?

Vi cómo se dibujaba en su rostro una sonrisa cargada de intenciones. Luego se acercó y me tomó del antebrazo.

—Tranquilo, tendrá la oportunidad de hablar con ella esta noche, durante la cena. De hecho, estoy seguro de que estará encantada de concederle una última conversación...

—¿Por qué cree que dejará de hablarme?

—Es obvio. Tras el premio, la relación más cercana la tendrán a través de sus abogados.

El comentario no me hizo ninguna gracia y ese individuo empezaba a molestarme, así que liberé mi brazo con decisión y endurecí mi expresión.

—Será mejor que me dirija a la recepción. Necesito un momento de tranquilidad.

—Tómese su tiempo y conozca al resto de invitados... Nos veremos luego en el cóctel, Caballero.

Con un sentimiento de inquietud, me encaminé hacia el hotel, rumiando las palabras que me había lanzado. El tono y la insinuación detrás de ellas me inquietaban y estaba cada vez más convencido de que mis sospechas eran fundadas. Aquel evento parecía una puesta en escena, una emboscada para mí y mi reputación. No obstante, no lograba entender qué ganaba él con ese juego tan cruel. Para colmo, la situación se tornó aún más tensa cuando llegué a la recepción del hotel.

10

En el amplio vestíbulo del hotel, la mera presencia de tres escritores resultaba abrumadora. Nada más cruzar el umbral, un aluvión de voces crispadas me asaltó, extendiéndose por el aire cargado del hall y rebotando en las pulidas columnas de mármol y los espejos enmarcados en oro. Entre los presentes no había medias tintas ni amabilidad, solo palabras que se cruzaban con la precisión de espadas en un duelo implacable. En una esquina, Rosario, con su característica actitud reservada, se apoyaba en el mostrador de la recepción. Sin embargo, sus ojos revelaban una fascinación por lo que acontecía, como si presenciara un momento digno de ser inmortalizado en la prosa.

Claudia Desplantes, de piel luminosa y mirada incisiva, se levantaba con audacia. Me vino a la mente nuestra charla en el tren, la seguridad de su tono y la chispa en sus ojos al hablar de literatura. Esa chispa ahora ardía, lanzando dardos al hombre que tenía delante.

Armando Gresco, inevitablemente reconocible, mostraba una imagen inusual. Aunque se mantenía firme, no conseguía eclipsar a Claudia. Pese a su vestimenta llamativa, que en otro contexto le habría convertido en el centro de todas las miradas, aquí quedaba ensombrecido por el magnetismo de la joven escritora. Su pelo, de un gris pulcro, capturaba la luminosidad de los candelabros del techo, que lo envolvía en una atmósfera casi etérea.

Por un efímero momento, el exterior se desvaneció para todos los que estábamos allí. Cada mirada se centraba en el enfrentamiento verbal, pendiente de cada alegato, de cada contraataque. Y aunque la magnitud del lugar podría haber atenuado el impacto de sus voces, cada palabra sonaba nítida, haciéndonos testigos de la colisión de dos colosos de las letras, en un escenario sorprendente.

La velada apenas había dado su pistoletazo de salida.

—¡Eres un patán insensible! —le gritó ella—. ¡Sabía que había otra mujer en tu vida!

—¡Sólo estuvimos juntos un mes, Claudia! ¡Y te dejé porque tu drama era insoportable! ¡Eras como una regadera!

Me costó varios segundos procesarlo.

Armando Gresco y Claudia Desplantes, enfrentados como protagonistas de un culebrón. Ahí estaban, en medio de un duelo verbal, los autores que habían poblado las mesillas de noche de tantos lectores. Aquel viaje se estaba torciendo hacia lo absurdo.

—Impresionante, ¿verdad? —murmuró Rosario, sin quitar los ojos de la pareja—. Si Jane Austen levantara la cabeza...

—Es un cóctel explosivo de egos —respondí, hipnotizado por la escena.

De repente, una voz grave y melodiosa nos sacó del trance.

—Estas escaramuzas entre escritores... siempre terminan en un contrato editorial —comentó un hombre de estatura imponente, con una melena oscura que se derramaba sobre sus hombros. Vestía una combinación peculiar entre el rock y el formalismo.

A medida que Claudia y Armando se dispersaban en direcciones contrarias, nosotros nos centramos en el recién llegado.

—¿Asistirás a la gala? —preguntó con una sonrisa pícara, sin esperar respuesta.

—Sí —intervino Rosario con determinación—. ¿Y tú? ¿Eres uno de los finalistas?

El desconocido rio suavemente y se inclinó hacia nosotros, sus ojos brillando con picardía.

—Eso sería revelar demasiado. Al fin y al cabo, todo aquí es un misterio...

—Para empezar, el hecho de estar aquí te convierte en uno.

—¡Oh! Tengo que aprender a morderme la lengua —reflexionó, coqueteando con la andaluza —. ¿Estoy en peligro?

—Yo que tú, no descartaría esa posibilidad —le dije, a modo de advertencia.

El tipo se quedó confundido durante unos segundos y después nos miró a los dos.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Interesante pregunta... —comenté en voz baja, observando a Rosario, que parecía intrigada. Me pregunté si era un intento por provocarme celos o si ese hombre había despertado genuinamente su interés. De cualquier forma, si buscaba que me sintiera celoso, no iba a darle el gusto de saberlo.

—Te conozco —señaló, apuntándome con su dedo índice—. Eres Gabriel Caballero, el escritor.

—Así es, pero quién sabe por cuánto tiempo.

Extendió su mano en señal de saludo y la estreché.

—Raúl Lampedusa.

—Qué apellido más peculiar.

—Es un seudónimo. En realidad, mi apellido es García. Pero desde el principio supe que ese no me daría la notoriedad que buscaba.

—Lo entiendo.

—Entonces, debes ser el tercer finalista que conocemos —observó Rosario, incluyendo a los anteriores—. A no ser que...

—¿Hay más por aquí?

—Ni idea. Acabo de llegar, al igual que vosotros, y tengo entendido que solo somos invitados. Estoy deseando saber quién ganará el premio este año. No es que tenga muchas esperanzas, pero nunca se sabe.

—Nunca hay que perder la esperanza.

—Claro, justo antes de perder la vida —comentó, mostrando una sonrisa sarcástica. Tomó su tarjeta y se despidió—. Nos vemos luego. Ha sido un placer fugaz y singular conoceros.

—Desde luego, un personaje peculiar... —murmuró Rosario, mirándolo alejarse—. Siempre me han fascinado los tipos con aire de roquero.

—Anda con cuidado, no vaya a ser que ese Drácula te chupe la sangre.

—La verdad, no me importaría.

—Estupendo —respondí, soltando un suspiro, antes de recoger la llave de mi habitación—. Será mejor que subamos nuestro equipaje.

—Espero que hayan puesto camas separadas, como he pedido.

—No tengo recuerdo de que fuésemos a dormir separados...

—No lo tienes porque lo he solicitado mientras estabas hablando con ese tipo. ¿Cómo se llamaba? ¿Señor Torreznos?

—Tocinos, Arturo Tocinos, y es el que parte el bacalao aquí.

—Probablemente, eso será lo único que parta esta noche.

—¿Por qué harías algo así?

—No me gustan los sabelotodo.

—Hablo de las camas. Venía con la esperanza de abrazarte bajo la luz de la luna...

Ella se rio.

—No seas mentiroso... Prefiero dormir sola, que en una cama fría que me queda grande.

Arqueé una ceja y entendí la intención del comentario. Estaba convencida de que esa noche intentaría dormir con Blanca.

—Oye...

—¿Es verdad o no? Con lo poco que sé de ti, lo más probable es que acabes abrazado a una farola.

Mi compañera intentó remediarlo, pero el comentario se desvaneció en cuanto caminamos hacia el ascensor. En el interior de este, nuestras figuras se reflejaban en el espejo, sumidas en sus propias cavilaciones. Aunque al principio me sentí traicionado, el altercado entre Claudia y Armando desvió mi atención. ¿Existiría realmente una trama oculta tras el concurso literario? Aunque parecía una idea descabellada, no podía evitar que me rondara la cabeza. Tenía que mantenerme centrado: estaba allí para buscar a Blanca.

Con el cierre progresivo de las puertas, noté que Rosario estaba cada vez más intrigada por el misterioso Raúl Lampedusa. Aquello podía ser una oportunidad de oro. Si Rosario se dejaba seducir por su encanto, tendría el espacio necesario para reunirme con Blanca Desastres antes de que se nos echara encima la velada.

Era esencial que la persuadiera y sin distracciones.

Con firmeza, reafirmé mis objetivos.

De lo contrario, no podría convencerla para que cambiara de opinión.

11

Mi móvil seguía en silencio, sin respuesta de mi agente. Por mucho que insistiera en llamarla, ella no me iba a responder.

—¡Venga, descuelga ya, Margarita! —susurré, paseando inquieto por la estancia del hotel—. Sé que estás ahí. Vives con el teléfono pegado a la mano.

—Si no te toma en serio es porque ni siquiera eres capaz de decir bien su nombre... —apuntó Rosario con tono irónico, contemplando desde la ventana el bullicio de la plaza que había bajo nosotros.

Tras un puñado de intentos fallidos, dejé de insistir. Parecía que a Margarita no le importaba lo más mínimo atenderme en ese momento.

—¿Qué decías?

—Que las vistas son impresionantes.

—Sí... —murmuré, cansado, fijando mi mirada en ella—. Rosario, ¿a qué viene esa actitud? No pienso tragarme lo que me has dicho antes.

—Deja ya el tema.

—¿Esto tiene que ver con ella?

—No, Gabriel. Va de ti. Creí que querías compañía, no una excusa...

—No hay excusas, Rosario. Fui honesto y transparente contigo. Siempre soy.

—Tengo la sensación de que me has traído aquí solo para no enfrentarte a ella.

—Vamos, no empieces. No iba a aparecer sin acompañante, ¿no te parece? Diría mucho de mí. Por eso pensé en ti y no lo dudé. Eras mi primera opción. El resto podía esperar.

—No sigas, que no lo estás arreglando, que digamos...

—Además, no soy yo quien difama sobre otras personas a base de novelas...

—Hablo del conflicto. Aunque, si lo piensas, sí, es exactamente lo que haces.

—No distorsiones la realidad. Yo voy de frente y esa novela es pura ficción. ¿Has llegado al final?

—¿Y tú? ¿Has abierto siquiera la primera página?

—Evidentemente. De lo contrario no estaríamos hablando del asunto.

—¿Has sido capaz de leer más allá del capítulo que habla sobre ti? Porque hay doscientas páginas más, Gabriel.

Desvié la mirada, molesto. Aunque no quería revelarle el verdadero motivo de mi presencia, Rosario parecía intuir algo.

—Me duele reconocer que no he encontrado el momento —repliqué, evasivo—. ¿Ves? Soy transparente contigo.

—Eres increíble —declaró con exasperación—. No quiero ser partícipe de tus tejemanejes.

—Yo no tengo tejemanejes...

—Da igual lo que hubiera entre esa escritora y tú, pero no puedes intentar hundirla solo porque te haya utilizado como inspiración. No eres el único que ha aportado algo, créeme.

—Ah, ¿no? ¿Hay otros también?

—Es un buen libro, Gabriel...

—Eso es lo que pasa, Rosario, que, por desgracia, tienes razón.

Por primera vez en todo el viaje, sentí que las palabras de Rosario tenían un peso, una verdad que no podía ignorar. Comprendía su disgusto y me reconfortó saber que no era hacia mí directamente, sino hacia mis intenciones. En el fondo, ella defendía la integridad literaria, sin más.

Rosario se acomodó en la cama de matrimonio, detalle que al principio pareció ignorar, pero tras las quejas anteriores, ya no parecía importarle. Apoyé mi bolso y un silencio espeso ocupó la estancia. Al girarme, la vi durmiendo plácidamente sobre las almohadas. El viaje la había cansado y, dormida, ahora parecía un ser angelical. Pensé en cómo incluso la criatura más feroz parece inocente mientras duerme, aunque eso no nos debería hacer bajar la guardia. Tras esos párpados y esos labios, yacía alguien que me juzgaba por algo que todavía no había cometido.

Salí de la habitación en silencio antes de ponerme intenso, evitando despertarla. Era el momento perfecto para indagar sobre Blanca Desastres y dar con su paradero. Recorrí el pasillo y avancé hacia el ascensor que nos había traído. Estaba tan abstraído en mis pensamientos que, al abrirse las puertas, casi choco con alguien.

—¡Vaya! Disculpa...

—Casi —respondió el escritor al que, gracias a Rosario, había apodado «el vampiro»—. Deberías prestar más atención.

—Menudo susto me has dado...

—¿Bajas?

—No estoy seguro —contesté, tratando de desviarme.

—Pues decide rápido. Este ascensor no espera.

—Ya veo.

—¿Has visto a Rosario?

—No tengas tanta prisa, Lampedusa.

—Sólo era una pregunta. ¿Te subes o piensas quedarte ahí pasmado?

Con un suspiro, entré, aunque prefería mantenerme lejos de él. Había algo en Lampedusa que me inquietaba. Era como un fantasma vestido de roquero en decadencia, con un aroma a tabaco y alcohol y un sinfín de secretos oscuros, que imaginé eran la base de sus novelas.

Nos mantuvimos en silencio en el ascensor hasta llegar a la planta baja, aunque sentía la mirada del literato clavada en mí. A pesar de que ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras, estaba convencido de que me observaba.

—Después de ti —le indiqué, invitándolo a salir primero.

—Tu apellido hace honor a tus modales. Apuesto a que estudiaste en un colegio religioso.

«Si hubieses ido tú, habrían llamado a un exorcista».

Lampedusa dejó el hotel, con el caminar de quien ha pasado mucho tiempo montando a caballo y se esfumó a través de la puerta giratoria, hacia la plaza de Santa Ana. Me aseguré de que no hubiese caras familiares o alguien que pudiera identificarme y, con discreción, me acerqué a la recepción.

—Hola, otra vez —saludé a la recepcionista, sin perder de vista a los demás huéspedes que estaban en el recibidor.

—¿Todo bien, señor Caballero? ¿Algún inconveniente con la habitación?

—¡Para nada! —contesté sonriendo—. Las vistas son magníficas.

—Respecto a la petición de la señora...

—Olvide eso. Está todo solucionado —dije y bajé el tono para hablarle de cerca—. La verdad es que venía para informarme sobre los asistentes al evento, los escritores, ya sabe.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Podría decirme dónde está alojada la señora Blanca Desastres?

La recepcionista frunció el ceño, dudando de si compartir o no esa información.

—No puedo facilitarle esa información.

—Hace años que la conozco.

—Aun así, no estoy autorizada para dársela.

—Esto es cosa del señor Tocinos, ¿verdad? —Su mirada esquivó la mía, evidenciando que me ocultaba algo. No obstante, sabía que solo cumplía con su deber—. Comprendo su posición. Pero, ¿podría llamarla y decirle que estoy aquí? Verá cómo aclaramos esto rápidamente.

—Señor...

—Por favor —interrumpí, intentando parecer lo más sincero posible—. Le aseguro que mis intenciones son nobles.

Decidí intentarlo todo, aun a riesgo de que la recepcionista me considerara un patán. Si Blanca contestaba el teléfono, quizás no quisiera hablar conmigo, pero lo que realmente deseaba era descubrir en qué habitación se hospedaba. Observé cómo marcaba una extensión en el teléfono y, posteriormente, el número de la habitación: 341.

En ese instante, extendí la mano para detenerla.

—He cambiado de idea, no hace falta —le corté—. Agradezco el favor, pero...

—¿Eh? ¿Por qué?

—Mire, Blanca es una vieja conocida, no obstante, también una de las finalistas del premio... Se agobia en un vaso de agua con estas cosas y he pensado que mi presencia no haría otra cosa que ponerla aún más nerviosa. He caído en que montaría un pollo si descubre que lo sé.

—¿Y qué es eso que sabe?

—Lo del premio, ya me entiende.

—¡Vaya! —soltó desconcertada y colgó—. Ya veo.

—Disculpe el lío. Nadie quiere que el señor Tocinos se enfade, ¿cierto? Es un tipo peculiar, casi tanto como yo... En fin, asegúrese de guardarme el secreto, al menos hasta que termine la gala.

—Desde luego —afirmó y suspiró. Aunque no me lo dijo directamente, sus ojos denotaban cierta incredulidad hacia mí.

—Gracias, señorita...

—Cristina.

—Encantado. Soy Gabriel Caballero, por si acaso nos encontramos otra vez.

—Lo sé, señor Caballero. Fui yo quien le registró a usted y a su acompañante hace una hora.

—Más vale recordar las cosas importantes, ¿no cree, Cristina? Tiene un bonito nombre, casi tanto como el brillo de sus ojos. Dejaré un buen comentario en la página del hotel —afirmé con una sonrisa cómplice que no le desagradó, contento por haber obtenido la información que buscaba y con ganas de ver a Blanca.

El vestíbulo del hotel estaba animado por un suave murmullo de charlas. El pavimento de mármol reflejaba la luz dorada de las lámparas, otorgando un ambiente acogedor al espacio. Todo parecía ir como la seda. Avanzaba hacia el ascensor con la mente repleta de pensamientos esporádicos, la mayoría de ellos centrados en Blanca, en qué aspecto tendría y en el encuentro que estaba a punto de suceder.

Justo entonces, un punzante dolor en la zona lumbar interrumpió mis especulaciones. De manera casi automática, me palpé la espalda.

—¿Pero qué...? —articulé, con la voz teñida de desconcierto.

Sin darme cuenta, las puertas del ascensor se cerraron tras de mí. Un susurro, gélido y amenazador se deslizó hasta mi oído.

—Ni un paso en falso... o le dejaré como un filete trinchado.

12

Me tomó unos instantes darme cuenta de que detrás de mí se encontraba Arturo Tocinos.

—¡Vaya! Casi me da un infarto... —exclamé, mi voz revelando el alivio al reconocerle.

—En serio, Caballero —dijo, manteniéndose firme y serio antes de soltar una risa sonora—. Se lo ha creído, ¿no es así? Simplemente estaba jugando...

—Un chiste con mucha gracia, sin duda...

Arturo se apartó un poco y observó el panel del ascensor.

—¿Va al tercer piso? —inquirió señalando el número iluminado—. Esa no es su planta.

—¡Ah, claro! Iba a la terraza —contesté, pulsando rápidamente el botón del último piso—. Con el susto, ni me percaté de pulsarlo...

—Pues en buena hora, porque también me dirigía allí —comentó dándome una palmada amistosa en la espalda—. ¿Nos tomamos algo?

—Es algo temprano, pero... ¿por qué no?

—Siempre es un buen momento —afirmó con una sonrisa ladeada. El ascensor se paró en el piso de Blanca Desastres y, por unos instantes, reinó un silencio cargado de expectación. Sin embargo, nadie apareció y las puertas volvieron a cerrarse—. Parece que se cansó de esperar...

El resto del trayecto transcurrió sin dirigirnos la palabra, hasta que llegamos a la terraza. Un amplio espacio se extendía ante nosotros, dominado por una barra central y mesas alineadas con vistas panorámicas de Madrid. Los tejados inclinados de tono rojizo se fusionaban con el paisaje urbano y, en la lejanía, se alzaban las siluetas de las torres emblemáticas y otros hitos de la ciudad. Me sentí envuelto por la magia literaria y cinematográfica de Madrid.

Sin embargo, antes de que pudiera sumergirme más en mis pensamientos, Arturo me condujo hacia la barra, que en ese momento se encontraba tranquila. Intuí que, al caer la noche, aquel escenario cambiaría radicalmente, convirtiéndose en un hervidero de luces, música y bullicio.

Tocinos pidió dos Jameson con hielo mientras mis ojos se posaban en una figura femenina esbelta y sola al otro extremo de la barra. Aunque no podía ver su rostro, la palidez de su piel y el rubio de su cabello se distinguían claramente. Pero era su postura, retraída y melancólica, la que llamaba mi atención, acentuada por el vaso vacío que sostenía. De repente, levantó la mirada hacia nosotros, sus ojos, a pesar de mostrar cansancio, esbozaron una sonrisa, a la que Tocinos respondió con un gesto socarrón y un saludo con la mano.

—Fíjate a quién tenemos aquí —observó el anfitrión, señalando discretamente hacia la mujer —. Alguien ha decidido anticiparse a la fiesta.

—¿Quién es? —inquirí, cautivado por el resplandor del vestido rojo de lentejuelas que portaba.

—¿No la reconoce? Es Camila Gaztambide.

—¿Debería conocerla?

Sin responder, Tocinos me pasó el vaso, haciéndome sujetarlo casi contra mi voluntad, antes de dirigirse hacia una de las mesas del restaurante, alejándose del bullicio de la barra.

—Parece que ya se ha congregado todo el grupo selecto.

—Peculiar manera de referirse a los finalistas —contesté, siguiendo su paso, pero con mi atención aún en Camila.

Nos acomodamos a una mesa de la que teníamos una vista privilegiada de la azotea y del entorno de la plaza de Santa Ana. Tocinos dirigió una mirada fugaz hacia donde estaba Camila, ahora casi camuflada entre la multitud.

—¿Por qué se encuentra en ese estado?

—Gaztambide siempre ha tenido sus batallas con diversas adicciones.

—¿Incluyendo relaciones tóxicas?

—Con hombres y mujeres, por supuesto, sin olvidar a su familia.

—Un asunto complejo...

—La familia puede ser el peor de los vicios, y el más difícil de dejar.

—¿No debería sugerirle que subiera a su habitación, que tomara una ducha y descansara antes de la gala?

—¿Yo? —Tocinos frunció el ceño—. A estas alturas, cada uno debe ser responsable de sus actos. Y, mírela, en cierto modo, esta es su verdadera esencia. ¿Se imagina a Camila completamente sobria?

—Sería alguien sensata y respetable.

—Exacto —afirmó Tocinos, señalándome con el dedo—. Y yo no la reconocería.

—Vaya...

—Supongo que ya se ha presentado al resto, ¿verdad?

—Así es. —Tomé un sorbo, aguardando su próxima intervención. Aún no estaba acostumbrado a sus preguntas intercaladas con silencios prolongados, pero pronto entendí que era una técnica suya para captar la atención de su interlocutor.

—Claudia Desplantes, Raúl Lampedusa, Blanca Desastres, Armando Gresco... y Camila Gaztambide. Verdaderamente una generación prodigiosa de escritores. Pareciera un elenco sacado de una tragedia shakespeariana.

—¿Fue usted quien los eligió?

—Entre nosotros, permítame decir que les incentivé a participar. ¿Realmente piensa que alguien se iba a dedicar a leer los innumerables manuscritos que nos envían? —interrogó con cierto tono de desdén—. Por favor, menudo tostón. Para eso están los becarios, aunque nunca los escuchamos.

—Bendita honestidad.

—No le miento si le confieso que fui yo quien les propuso a estos autores que redactaran algo excepcional, algo mágico... y así lo hicieron. A veces, solo se requiere un pequeño incentivo.

Decidí abstenerme de comentar sobre mi propia propuesta, dándome cuenta de que probablemente la había pasado por alto.

—¿Por qué Blanca Desastres? No es una autora de renombre. Es más, se dedica al periodismo.

—¿Está bromeando?

—No, en absoluto.

—Es sorprendente que sea usted quien haga esa observación.

—Por favor, responda a mi pregunta.

—Estaba convencido de que había leído su obra... Pero ahora veo que no es así. No puedo comprender cómo Blanca, siendo periodista, no había escrito literatura antes. Es una autora excepcional. De lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Intenté leerlo, pero no fue sencillo. En general, es complicado leer lo que alguien piensa o percibe de ti. En mi caso, parece que me ve como a un monstruo.

—No sea tan duro consigo mismo. No es el único al que destroza moralmente, pero, para eso está la literatura, ¿no? Son las reglas del juego. El libro de Desastres es una exaltación del estilo, de la prosa exquisita, pero, en esencia... es simplemente una historia de amor con personas que entran y salen de su vida.

—Si lo mira desde ese ángulo... No sé, debo admitir que soy un romántico, pero supongo que nuestra percepción sobre el amor debe ser distinta.

—En efecto. Personalmente, no creo en el amor. Nunca lo he hecho, pues no considero que exista tal cosa. Es simplemente una invención humana para personas que, como usted, desean creer en ello. Si el amor fuese real, no causaría tanto dolor ni tendría un final. Por eso, hasta el día de hoy, sigo sin entender cómo hay quienes creen en tales banalidades.

—Debe considerarse afortunado. Yo suelo tener dificultades para entender muchas cosas...

—Entonces, si no ha leído el libro, ¿cuál es el propósito de su visita?

—Es una excelente pregunta.

—Imaginé que trataría de persuadirla para que renunciara al galardón.

—No todos poseemos una mentalidad tan maquiavélica y retorcida como la suya, Tocinos.

—Touche. Aun así, permítame darle un consejo, aunque no me lo haya solicitado: no lo intente. Sería un error del que podría arrepentirse. Deje de perder el tiempo con esa mujer. Ya lo hizo en su momento.

—Entonces, ¿a qué viene mi invitación? ¿Disfruta acaso humillando a los demás?

—En absoluto —replicó, dio un sorbo a su whisky y adoptó un semblante de profunda seriedad—. Hay una razón escondida por la que se encuentra aquí, Caballero, más allá de la presión de su editorial para reavivar su moribunda carrera literaria...

—¿Mi agente? Prefiero que no mencione a esa mujer. Estará despedida como no saque nada de aquí.

—O le despedirá ella a usted.

—Bueno, según como se mire...

—Volviendo a lo importante... Lo que ustedes dos compartieron, afectó más a Desastres de lo que pueda imaginar. Y eso, para un escritor, es de suma importancia.

—Ya veo...

—No obstante, hay más. Quizás no sea el escritor más destacado de su generación, ni de la anterior ni de la que vendrá después, pero ha logrado mantenerse a flote en un mercado editorial cada vez más desfasado.

—Mercado del cual usted se beneficia.

—No me malinterprete. Estar al mando de una gran editorial no me brinda la libertad para decidir a voluntad. La sociedad precisa que los libros recobren su atractivo, que surja un grupo de autores con talento, que capte la atención de los lectores, que los conduzca a la reflexión, les haga sentir, vivir... El mundo editorial ha degenerado en un mero pasatiempo, inundado de escritores mediocres, presentadores televisivos, músicos y demás celebridades que llenan páginas con tramas repetitivas y mal elaboradas, buscando un efímero momento de fama.

Di un trago a mi irlandés, que comenzaba a aguarse debido al calor, y asentí. No sabía si era el alcohol o la sinceridad de su discurso, pero no podía sino coincidir con él.

—La literatura no merece tal desdén, ¿comprende?

—Lo entiendo perfectamente. La literatura es algo muy serio.

—No me interesa quién se alce con el galardón; lo que ambiciono es que el evento sea noticia, que quienes están aquí aparezcan mañana en los periódicos y que el Premio Saturno se distinga por su prestigio, no como un simple incentivo monetario.

—¿Pretende que me crea sus palabras?

—No necesariamente. Pero el tiempo acabará dándome la razón.

Desvié la mirada hacia la barra y observé a Camila Gaztambide, quien con paso tambaleante se dirigía al ascensor. Afortunadamente, había optado por abandonar el alcohol, al menos temporalmente, antes de que mantener el equilibrio se convirtiera en una tarea imposible. En ese instante, mi mente divagó hacia Rosario, preguntándome si seguiría durmiendo o, quizá, había decidido abandonar el hotel. Fuera como fuese, sentí que era la ocasión de desligarme de Tocinos y reunirme con Blanca.

—Creo que es el momento de poner punto final a nuestra charla, Arturo —comenté, agradeciéndole por el trago y la conversación—. Prefiero estar lúcido para la cena.

—Entendido. Disfrute de su compañía, tome una ducha y preséntese radiante en la cena —me respondió—. Y no se olvide de esa mujer hecha por los dioses griegos...

Levanté una ceja, intuyendo que el alcohol empezaba a hacer mella en él.

—Pensaba que para usted el amor era un mito o una cosa de idiotas...

—Así es, pero tengo derecho a intentarlo, ¿no le parece? Es como el que no cree en los fantasmas. Ya me entiende... Y, por cierto, tampoco me creo que esa mujer sea su amante —dijo, soltando una carcajada—. No se tome todo tan a pecho, Caballero. La vida no es un enigma como esos que plantea en sus obras.

Dejé a Tocinos en la terraza, observándolo encender un cigarrillo y beber de su vaso de whisky, mientras se perdía en sus pensamientos y observaba el sol con una expresión singular. Sin duda, era uno de los individuos más peculiares con los que había topado en los últimos años. No obstante, entendía cómo podía ser tan competente en su labor, tratando con las volátiles personalidades del ámbito literario.

Con el cansancio pesando en mis hombros y el zumbido del alcohol en las sienes, me acerqué al ascensor, lanzando un vistazo rápido y furtivo sobre el hombro. Al borde del marco metálico, el lustre de una perla solitaria llamó mi atención. La recogí, reconociendo de inmediato su

origen: tenía que ser de la escritora con la que me había cruzado en el bar. Las puertas del ascensor, como prediciendo mi urgencia, se abrieron de par en par para que entrara. Luego crucé el umbral y seleccioné el tercer piso, esperanzado de que el resto del viaje transcurriera sin incidentes.

13

Los números descendían en el contador digital que se encontraba en lo alto del ascensor, mientras contaba los segundos para llegar a la tercera planta. Cuando las puertas se abrieron, intenté asomarme, pero la imponente figura de Armando Gresco se acercó y me empujó hacia adentro.

—¿Qué demonios...? —le pregunté al verlo con el rostro sudado y desencajado, y el puño izquierdo enrojecido.

Antes de saludar, pulsó el botón del vestíbulo, luego entró en el ascensor y me preguntó:

—¿Subías o bajabas?

Negué con la cabeza, indicándole que iba con él.

—Armando Gresco...

—Sí —dijo, peinándose frente al espejo.

—Tú fuiste quien me quitó el taxi en la estación.

—Vaya, qué lástima...

—En otra ocasión, no te lo hubiera permitido.

—Claro.

—¿Qué?

—Tú lo has dicho. En otra ocasión, en otra vida... Es decir, nunca. ¿Has terminado de lloriquear?

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunté, curioso, al notar cómo la escondía en el bolsillo de la americana.

—Métete en tus asuntos, amigo —dijo y salió del ascensor. Lo vi caminar hacia los baños que se encontraban al otro lado del vestíbulo. Me habría gustado seguirlo, si no fuera porque la recepcionista me hizo un gesto con la mano para llamar mi atención. Me acerqué a ella, esperando que fueran, después de todo, noticias agradables.

—Cristina... ¿Qué hay de nuevo?

—Señor Caballero, han dejado un mensaje para usted.

—Han dejado... ¿quiénes?

—No lo sé.

—¿Algún admirador secreto?

Ella sonrió y esquivó el chiste, pasando por alto la puerilidad de mis palabras, aunque sabía que, en el fondo, le hizo gracia.

—Le mentiría si le dijera que ha sido una mujer, vi que lo atendió mi compañera... y procedía de la habitación 341 —me dijo, haciendo un gesto de complicidad—. Supongo que es importante.

—Vaya... Parece que sí.

Cristina me entregó una nota en la que estaba escrito a mano:

«Lo siento, pero he tenido que salir del hotel. Encuéntrame en mi habitación, después de la gala. Te lo explicaré todo».

El mensaje me provocó un calor repentino en todo el cuerpo, que se transformó en un leve mareo. De repente, al leer esas palabras, me vino en la cabeza el sonido de la voz de Blanca. Era como si ella misma las estuviera diciendo, a pesar de que creía haberla olvidado por completo. No era así, al igual que ella tampoco se había olvidado de mí. No entendí completamente el mensaje, pero intuí que tenía una gran intención.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la empleada del hotel al verme palidecer cada vez más—. Parece que algo le ha sentado mal...

—No... Es por el cambio de temperatura. El aire de Madrid es muy seco para mí... —dije, tomando una profunda respiración y guardando la nota en el bolsillo del pantalón—. Será mejor que descanse un poco en la habitación. Está siendo un día muy intenso.

—Si necesita cualquier cosa... —me dijo y vi cómo su mano se acercaba a la mía por encima del mueble de la recepción. Retiré los dedos y sonreí nerviosamente agradeciendo la ayuda.

Caminé de regreso al ascensor, absorto en mis pensamientos, permitiendo que la voz de la amable recepcionista se convirtiera en un suave murmullo de fondo. Cuando llegué a mi planta, recorrí el pasillo de moqueta hasta llegar a la puerta de mi habitación y pasé la llave electrónica. Para mi sorpresa, no vi a Rosario durmiendo sobre la cama ni en ninguna parte de la habitación. Esto me pareció extraño y me pregunté dónde se habría ido sin avisarme previamente. Aunque aún se percibía el perfume de la andaluza en el aire, su bolsa de equipaje seguía donde la había dejado. Preferí no preocuparme, ya que una reportera de su calibre sabía desenvolverse en cualquier lugar. Sin embargo, de repente, un pensamiento malicioso cruzó mi mente, imaginando que Rosario podría estar con ese escritor.

—¡Oh! Ni lo pienses... —murmuré en voz alta, cuando, de repente sentí que la puerta se abría y la vi entrando.

—¿Estabas hablando solo? —preguntó Rosario—. ¿Dónde estabas?

—¿Y tú? —pregunté y ella cerró la puerta, mirándome de forma extraña. Desde el primer minuto de nuestro encuentro en Madrid, había estado actuando de manera sospechosa y no parecía dispuesta a confesarme el motivo. Mis opciones eran evidentes: descubrir la razón o mostrarme indiferente. Lamentablemente, fingir lo segundo no era precisamente mi fuerte, y Rosario no era, precisamente, la persona más despistada del mundo. En ese momento, miré el reloj y me di cuenta de que faltaban unas horas para la cena de la ceremonia. Iba a ser una noche larga, reflexioné, así que debía tomármelo con calma.

—Necesito descansar un rato... Este viaje se está haciendo cuesta arriba.

—Como quieras —dijo mientras tomaba su bolso, lista para marcharse de nuevo—. Te veré más tarde.

—¿Vas a alguna parte?

Ella observó mi rostro, que parecía reflejar mis pensamientos.

—He quedado. No te importa, ¿verdad? Llevas todo el día para arriba y abajo...

—En absoluto. Simplemente, no quiero que olvides por qué estamos aquí. No me gustaría llegar tarde a la gala.

—En ningún momento lo he olvidado... —dijo, sonriente, guiñándome un ojo con picardía—. Tranquilo, no tienes por qué preocuparte. Estoy a punto de conseguir una exclusiva con Raúl Lampedusa.

—Vaya... Disfruta.

—¿Estás celoso?

—Ni en tus sueños... No olvides preguntarle cómo tiene los glóbulos rojos.

—¡Hasta luego, Gabriel! —Rosario se fue, cerrando la puerta con suavidad, y me pregunté hasta qué punto decía la verdad. El problema era que estaba tan exhausto que no me importaba lo que hiciera con ese tipo, siempre y cuando encontrara a Blanca tras la gala. Busqué la nota en el bolsillo del pantalón y la releí.

«¿Qué está pasando, Desastres?».

Luego la arrojé a la papelera del baño y me recosté en la cama. Entre el whisky, el calor y el torrente de emociones, mi cuerpo cedió al cansancio y caí dormido sin darme cuenta.

14

Soñaba con ella, como si hubiese retrocedido en el tiempo y aún fuésemos aquellos jóvenes que se cruzaron en Alicante muchos años atrás. Estaba bajo ella, casi sin ropa, mientras me observaba intensamente, preparada para confesarme algo. Deseaba permanecer en ese sueño embriagador hasta escuchar sus palabras, pero un chorro de agua fría me devolvió a la realidad.

—¿Blanca? —murmuré, con el rostro mojado y aún recostado, desconcertado por el súbito despertar—. ¿Qué es esto...?

Al abrir los ojos, Rosario estaba allí, a escasos centímetros, sosteniendo en su mano un vaso y ocultando la risa.

—Vaya, lamento interrumpir tu sueño tan... sugerente.

—¿No puedes despertarme como una persona normal?

Rosario dejó el recipiente en la mesita y me examinó.

—Gabriel, tú tampoco eres muy normal, que digamos —comentó y, con naturalidad, se quitó la camiseta, mostrándome su espalda. Su despreocupación indicaba que la tensión entre nosotros había disminuido. Acto seguido, se dirigió al baño—. Me voy a duchar. Deberíamos estar listos en una hora.

Aguardé a que terminase para ducharme a continuación. Al poco, me encontraba ajustándome el traje que traía en la funda. Observé mi reflejo, notando lo bien que me quedaba, preguntándome por qué no lo usaba con más frecuencia. Pero sabía que era por mi desdén hacia una etiqueta corporativa que, a pesar de todo, ayudaba a pagar las cuentas. Al salir Rosario, lucía un elegante vestido rosa que realzaba su figura. La combinación entre sus ojos, el tono de su piel y el lustre de su pelo oscuro, junto con el maquillaje perfecto, me dejaron sin aliento, tal como la primera vez que la vi.

Era una pena no haber sabido apreciar antes ese diamante tan bien tallado.

—Vaya... —comentó, colocándose un pendiente—. Cuando te lo propones, sobresales.

—Lo interpretaré como un halago. ¿Lista para salir?

—Ahora sí —afirmó, cogiendo su bolso—. Estoy impaciente por ver quién será el ganador...

Dejó la frase en el aire, con un tono misterioso.

Abandonamos el hotel y atravesamos la plaza de Santa Ana. A esa hora, el sol se escondía detrás de las siluetas de los edificios madrileños, y la capital se animaba con gente lista para disfrutar de la noche y sus sorpresas. Lo que más me atraía de Madrid era su impredecibilidad. No importa cuánto planees, siempre hay giros inesperados. Esta incertidumbre era una de las razones por las que había espaciado mis visitas a la capital. Mis últimos viajes estaban

vinculados, sin excepción, a algún caso complicado o crimen. No obstante, quise pensar que esta vez sería diferente; lo que buscaba era un fantasma que, lamentablemente, se me escaparía.

A medida que nos acercábamos al Ateneo, un cosquilleo de anticipación me invadía, a pesar de no ser yo el nominado. Más temprano que tarde, me toparía con ella, como me había pedido. Si no en el cóctel, sería durante la cena.

—¿Cómo fue tu cita? —le pregunté, deseando escuchar su voz más que el eco de sus tacones.

Rosario me lanzó una mirada desde su elevada estatura debida a los zapatos que llevaba y frunció el ceño, mostrando su descontento.

—Un rollo. Estuvimos en el Café Central y, bueno, la mayoría del tiempo hablé yo. Es un tipo de pocas palabras.

—No me extraña —respondí con una sonrisa juguetona. Se necesita una maestría en retórica para seguirle el ritmo a Rosario.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada, venga, sigue contándome.

—La verdad es que no hay mucho más. Creí que tenía algo importante que contarme y que podría sacar un reportaje para el diario, pero... ¿te lo puedes creer? Solo quería flirtear.

—Lo imagino, la verdad...

—Vosotros, los escritores... Siempre pensáis en lo mismo.

—En realidad, en dos cosas. Y una de ellas es escribir.

Aunque no se lo revelé, sentí alivio al saber que su cita no había ido bien. No todo iba a ser negativo en ese día. La calle bullía de fotógrafos y cámaras de televisión que grababan a los primeros asistentes. La magnitud del evento era la esperada, pues el premiado se llevaría un galardón que le permitiría vivir cómodamente durante muchos años, aparte del reconocimiento internacional que obtendría. Caminando, sentí un nudo en el estómago, confirmando que había hecho lo correcto. A veces, simplemente, no puedes actuar por deseo, sino por obligación.

—¿Cuál es su truco, Caballero? —me preguntó la voz de Tocinos, que apareció desde atrás. El anfitrión lucía un impecable traje azul marino y un reloj brillante, seguramente de gran valor.

—¿A qué se refiere?

—Quizá debería preguntárselo a ella —dijo, inclinándose, un gesto que ya había hecho antes. Imaginé que era una de sus manías para captar la atención—. ¿Cómo soporta a este individuo tanto tiempo?

Sin esperar la respuesta, lanzó una risotada, pero Rosario no dudó en mostrar su desaprobación.

—Debe ser cuestión de educación. Desconfío de los hombres que no saben guardarse sus inseguridades.

Tocinos sonrió eludiendo la réplica y se dirigió a atender a la prensa congregada en la entrada.

—Te lo agradezco, pero no hacía falta.

—No lo he dicho por ti, sino por él. Alguien debía decírselo...

—Por un instante, pensé que ibas en serio...

Rosario me dirigió una mirada traviesa y se acercó susurrándome:

—No te lo creas demasiado.

Antes de poder reaccionar, los flashes nos deslumbraron y una avalancha de personas nos arrastró hacia el vestíbulo. Al percatarme de que mi acompañante se quedaba rezagada, la tomé de la mano, de manera instintiva, guiándola conmigo. Sentí la firmeza de su mano durante unos segundos, pero poco después soltó mis dedos, con delicadeza.

Los portones del Ateneo de Madrid se desplegaron ante nosotros, envolviéndonos en ecos de un pasado repleto de grandes pensadores, artistas y escritores que antes habían transitado esos corredores. Mi nombre, Gabriel Caballero, flotaba en el aire, mezclándose entre susurros ajenos, mientras que Rosario, mi acompañante, captaba la atención con un vestido que jugaba con la luz y unos ojos oscuros que reflejaban el brillo de los candelabros.

Su mano rozó de nuevo mi brazo, en un gesto a medio camino entre lo profesional y la insinuación de algo más profundo. Aquella tensión que había entre nosotros era una presencia palpable, siempre ahí, pero jamás confrontada de lleno.

—Gabriel —dijo con su marcado acento andaluz, dándole un tono melódico a mi nombre—. No montes una escena, ¿entendido?

Cada paso por el grandioso vestíbulo me hacía sentir la resonancia de innumerables historias. Las que se habían contado y las que permanecían en silencio. Observé los retratos en las paredes, con miradas eternas que parecían seguirnos, atentas al vínculo que Rosario y yo compartíamos, mientras recorríamos aquel emblemático lugar.

Al adentrarnos en el auditorio, un manto de terciopelo rojo nos recibió. Las luces cálidas se derramaban desde un magnífico candelabro, reflejando destellos en los ojos de Rosario y bañando la sala.

—Supongo que la vida me está dando una lección que debo aceptar como tal. No siempre se puede ganar, ¿verdad? —musité, con un matiz de tristeza, al pensar en lo que pasaría después de esa noche. Rosario asintió, su mirada perdida en el escenario, que había sido testigo de incontables voces y sueños.

—No te lo tomes tan a pecho. El universo tiene otros planes para ti.

Aunque sus palabras no resonaron en mí, valoré el gesto. Las cuerdas y teclas de una melodía desconocida nos envolvieron, fusionándose con el legado de aquel espacio monumental. Se escuchaban ecos de diálogos, ovaciones y oratorias pasadas en cada compás. Entre retratos de mentes brillantes y figuras del arte, el tiempo parecía detenerse, situándonos en un cruce entre una época de oro y la inmediatez del ahora. Encontramos nuestros asientos y, al sentarnos, el auditorio comenzó a llenarse con una rapidez asombrosa. Pude distinguir a los escritores invitados, una galería de personalidades singulares. Camila, pese a su esfuerzo por ocultarlo con capas de maquillaje, no podía disimular la tristeza en sus ojos. Desplantes, audaz en la elección de su vestuario, buscaba ser el centro de atención. Lampedusa, inconfundible con sus gafas oscuras, daba la impresión de haber salido de una novela gótica y Armando Gresco, destacado en literatura, carecía del mismo brillo al elegir su atuendo. Mi mirada buscaba a una en particular entre la multitud, por lo que, Rosario, advirtiendo mi ansiedad, apoyó su mano en mi brazo.

—¿Dónde está tu amiga? Me muero por conocerla...

Cuando sus palabras aún flotaban en el aire, un abrupto silencio musical y un brillo inusual en las luces cortaron el ambiente. Un zumbido de voces preocupadas llenó el espacio. Aunque todo parecía normal, un presentimiento me decía que la ausencia de Blanca no era casual.

Siempre buscando ser el foco, igual que sus compañeros, no era de las que se perdían en las sombras, especialmente no esta noche, no con un reconocimiento tan prestigioso en juego.

La atmósfera se espesó y, aunque intenté permanecer entero, la inquietud me carcomía. Mi mirada, impulsada por esa ansiedad, se deslizó hacia el balcón superior. Allí estaba Tocinos, la preocupación claramente marcada, intercambiando rápidas palabras con alguien de la plantilla. Sin duda, avanzó hacia el escenario y se plantó frente al micrófono. El sudor hacía brillar su frente y la corbata parecía ser más una soga que un adorno.

—¡Señoras y señores! —su voz llenó el auditorio, clara y firme—. Les pido disculpas por esta pausa inesperada. Debemos comunicarles que hemos tenido un incidente grave con una de nuestras finalistas esta noche. Por respeto, hemos tomado la decisión de aplazar la ceremonia.

Sin más, y evitando las miradas inquisitivas del público, dejó el micrófono y desapareció por una puerta lateral.

15

La sorpresa inundó el auditorio. Durante unos instantes, me quedé sin palabras, aunque Rosario me observaba como si esperara una explicación. Mi rostro podría haber insinuado que sabía algo, pero no era el caso. Al parecer, todo apuntaba a que el incidente tenía que ver con Blanca, la única finalista ausente.

—¿Te ha dicho algo?

—¿A quién te refieres?

—A Tocinos...

Me encogí de hombros y la miré, perplejo. Su afán de información, propio de su oficio de periodista, desató una lluvia de cuestiones.

—Estoy tan en blanco como tú, Rosario. Nadie esperaba esto... Es probable que Blanca haya hecho otra de las suyas.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —preguntó, observando el alboroto de alrededor. Me puse en pie y caminé hacia la salida—. ¡Gabriel! ¿A dónde vas?

Absorto en mis pensamientos, no respondí y continué avanzando, sorteando a los asistentes que se movían en dirección contraria. Poco después, oí sus pasos apresurados hasta que su mano tocó mi espalda, señal de que estaba a mi lado.

—¿Qué crees que puede haber hecho?

—No lo sé, pero es obvio que no está aquí.

—Es propio de ella, ¿verdad? Lo de llamar la atención del resto...

—Eso me temo. Algunos de nosotros no cambiamos tanto como nos gusta suponer... —comenté al distinguir a Tocinos al final del pasillo conversando con un miembro de la organización. A nuestra llegada, el desconocido se esfumó rápidamente, como si llevara un recado urgente, y Tocinos nos observó con el semblante abatido—. ¿Qué ha pasado?

El hombre suspiró, luchando por encontrar las palabras.

—Es sobre Desastres...

—¿Blanca? —interrumpí, aunque la respuesta era evidente—. ¿Ha dejado el evento, se ha marchado?

—No, ojalá hubiera sido eso... Es más grave.

—¡Díganoslo ya! —exigió Rosario, irritada—. Tanta intriga me pone de los nervios.

—Si se ha encerrado en la habitación, puedo hablar con ella —me ofrecí y entonces, c:

—No, no podrá hacerlo. La han encontrado sin vida en su habitación del hotel.

La reacción a sus palabras me desarmó. Una mezcla de desconcierto y profunda desazón se apoderó de mí. Quizá fuese el ambiente cargado del lugar, aquel whisky que había compartido en la terraza, o el torbellino de sentimientos, pero la verdad es que sentí náuseas y un peso en el estómago. Blanca podía cometer muchos errores, pero no uno como ese, a puertas de algo tan importante para ella. Antes de culparme o sacar conclusiones precipitadas, necesitaba entender mejor lo que había sucedido.

16

Dejé el Ateneo, con prisa, buscando librarme del caos que crecía, y crucé directamente la plaza, con el hotel en mi punto de mira. Detrás, oía a Rosario pisándome los talones. Dos patrullas de la policía se situaban frente al hotel, acordonando la entrada principal. Sin embargo, avisté una puerta lateral y me deslicé por ella, aprovechando la distracción de un empleado que abandonaba el edificio. En el vestíbulo, varios agentes estaban preguntando a la recepcionista antes de que el equipo forense llegara a la habitación. Con el pulso acelerado, decidí tomar las escaleras, esquivando ascensores y evitando cruzarme con las autoridades. Logré alcanzar el primer piso, sin inconvenientes, pero al intentar subir al segundo, escuché voces que se acercaban. Me refugié en un recodo cercano, esperando que aquellos que venían no tardasen demasiado. De repente, una empleada de la limpieza del hotel me descubrió. Le pedí con un gesto que guardase silencio y ella continuó su ruta con el carro. Los policías la interceptaron a pocos metros de donde yo me encontraba, oculto tras una enorme maceta.

—Señora, no puede estar aquí ahora. Estamos trabajando —le indicó un agente, con tono firme.

—¿Y qué estoy haciendo yo? Las habitaciones no se limpian solas...

—Regrese más tarde. Está en medio de una investigación policial.

—Está bien, está bien, lo haré —respondió ella, lanzándome una mirada fugaz.

—Debe hacerlo ahora mismo.

—No, sin el carro. ¿O espera que lo deje ahí?

El policía mostró su impaciencia con un gesto y finalmente accedió a que ella usase el montacargas de servicio.

—No tarde, ¿vale?

—Como usted diga —murmuró ella, lanzándome un guiño cómplice al pasar.

Una vez que se alejaron, reanudé mi ascenso, con cautela. Mi corazón latía con fuerza, como si estuviese enfrentando una montaña, no un simple tramo de escaleras. Al llegar al segundo piso, una idea brillante cruzó mi mente. El equipo forense aún no estaba allí y cualquier obstáculo en su camino sería útil. Dirigí mi atención a los ascensores y, al ver las puertas entreabiertas, me dispuse a actuar. Inmediatamente, pulsé los botones de todos los pisos para que el ascensor se detuviese en cada uno, ganando así un poco más de tiempo. Con el corazón en la boca, llegué a la tercera planta, atrapado entre el impulso de acercarme a la escena y la voz interior que me advertía de no hacerlo. Pero necesitaba verla, entender lo sucedido. El pasillo del tercer piso me pareció eterno, como si cada paso me alejase más de la habitación 341. Eché un

vistazo atrás para asegurarme de que nadie me seguía, pero era consciente de que el tiempo jugaba en mi contra: ya escuchaba voces acercándose.

La puerta de la estancia, todavía sin el sello de la policía, estaba entreabierta. Con el corazón martilleando en el pecho, la empujé suavemente, revelando el cuadro que se presentaba ante mí: allí estaba Blanca Desastres, inerte sobre la cama, con su mirada perdida fija en el techo y una expresión desgarradora. Un peso enorme se asentó en mi pecho, una mezcla de remordimiento y pena por no haber llegado antes. La palidez de Blanca, acentuada por su cabello oscuro, le otorgaba una apariencia aún más etérea. A su lado, un frasco vacío de pastillas. Esa estampa me resultaba familiar, pero algo no encajaba. Sin entrar completamente en la estancia, para no dejar rastro, examiné con rapidez cualquier detalle revelador. Un olor peculiar flotaba en el aire, un combinado entre perfume femenino y algo que recordaba a la bollería industrial. Ese aroma desentonaba, reafirmando que algo en esa escena no cuadraba del todo.

Lo que primero capturó mi mirada fue un cuadro ligeramente inclinado en la pared, justo encima del cabecero de la cama. Me detuve ante ese lienzo, que en esencia era una mera decoración sin valor aparente. ¿Habrían empujado a Blanca contra él?, reflexioné, aunque sin tiempo para profundizar en esa idea. Luego, mis ojos se desviaron hacia un manuscrito encuadernado sobre la mesa. Alcanzaba a leer el título mecanografiado del libro que había escrito. A un lado, descansaba un sobre. Arriesgando, di un paso, estiré la mano y lo cogí, pero una voz firme retumbó detrás de mí.

—¿Qué cree que está haciendo? —Por el tono autoritario, sin duda, quien preguntaba era un policía—. ¡Está prohibido el acceso a esta habitación!

Actuando con rapidez, metí el sobre en el bolsillo de mi chaqueta, confiando en que no lo hubiera visto. Lentamente, me volví para enfrentarlo. El agente, con el ceño fruncido, me miraba de manera amenazante. Alcé las manos en señal de rendición y detrás de él pude distinguir a Rosario, así como a otros agentes acercándose.

—Vaya, lo siento... La puerta estaba abierta y...

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —me ordenó, sujetándome del hombro y apartándome de la estancia. Cuando suponía estar fuera de peligro, sentí su firme agarre en mi brazo—. Nos va a tener que explicar quién es usted y qué se le había perdido ahí dentro. ¿Trabaja para la prensa?

Mis ojos se dirigieron hacia Rosario, tratando de informarle que se marchase, pero parecía estar excesivamente involucrada en la situación. El agente cerró con brusquedad la puerta tras de mí, y pronto el pasillo bullía de actividad policial. Considerando el inevitable interrogatorio, me esforcé por calmar al agente, antes de que la situación empeorase.

—Mis disculpas, agente. La curiosidad me pudo. Sólo quería verla una última vez.

—¿Conocía a esa mujer?

—Sí... Era Blanca Desastres.

—Déjalo estar —intervino una voz masculina procedente del fondo del pasillo. Elevé la mirada para ver quién hablaba y reconocí, por su porte y actitud, a un inspector acostumbrado a este tipo de situaciones. De cabello cobrizo, piel clara y rostro impoluto, se aproximaba con determinación.

Su elegancia sobresalía entre la mayoría del Cuerpo; era palpable en los detalles de su vestimenta y en esos zapatos tan finos que llevaba.

—¿Es Gabriel Caballero, cierto?

Al oír mi nombre, sentí como si me concedieran un respiro, pero no debía confiarme. Aquello no siempre salía bien. El agarre del agente en mi brazo se relajó y entonces solté un discreto suspiro de alivio. Había sido un estúpido, estando a un tris de complicarme más la vida, actuando impulsivamente y no con la mente fría.

—Efectivamente, ¿y usted quién es?

—Soy el inspector Berlanga y a mi lado está el inspector Ledrado. Pertenecemos a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de la comisaría Central de Madrid. Entiendo que no le parecerá una sorpresa...

—Me gustaría decir que es un placer, pero no me parece que este sea el momento adecuado.

—No se vaya por las ramas y cuéntenos qué hacía en la habitación de la señorita Desastres.

—Soy inocente —afirmé rápidamente—. No tengo nada que ver con esto, se lo juro.

—Ahórrese los juramentos. De momento, nadie le está inculpando por nada...

—¿Y entonces?

—Le he visto entrar en el hotel de manera apresurada. ¿Tenía prisa u olvidó algo?

—Todo tiene su explicación.

—Estoy seguro de ello. Y supongo que no tendrá inconveniente en venir con nosotros para aclarar ciertas cosas.

—¿A dónde me llevan?

—¿Dónde cree? —dijo con una sonrisa socarrona, causando gracia entre los presentes—. Venga conmigo; nos vendrá bien charlar en otro lugar.

En ese instante, supe que no tenía alternativa. Al pasar junto a Rosario, le hice un signo para que mantuviera la calma y se enterara de lo que estaba sucediendo. Blanca había sido asesinada y yo debía descubrir al culpable.

17

Montado en un coche patrulla, los inspectores me condujeron hasta su comisaría, buscando el sosiego necesario para el interrogatorio, algo imposible en las cercanías del Ateneo por la aglomeración de periodistas y curiosos alarmados por el suceso. Aprecié el breve recorrido por el centro histórico de Madrid, aunque claramente no era una excursión de mi agrado. Mi experiencia con las comisarías se remontaba a los días en los que conocí a Blanca Desastres y al inspector Rojo. Sin embargo, debo admitir que jamás había estado en un sitio como ese. La comisaría Central de Madrid era, quizá, el edificio policial más decadente en el que había estado, situado cerca de la plaza de España, en una calle que recordaba al Chinatown de otras ciudades. Ledrado me llevó a una sala de interrogatorios ubicada en un pasillo bastante lúgubre y Berlanga se unió a nosotros poco después. La sala, como todas de ese tipo, desprendía cierta dejadez: manchas de humedad, un olor impregnado en las paredes que evocaba a numerosos interrogatorios pasados. Me ofrecieron un vaso de agua y, acto seguido, me indicaron que tomara asiento para comenzar.

Por mi parte, no me sentía especialmente intranquilo, aunque una sensación de desconcierto me abordaba al pensar en el trágico final de Blanca.

—Vamos a hacerle algunas preguntas relacionadas con la señorita Desastres —comenzó Berlanga, con un tono más amable para que no me pusiera a la defensiva—. Una vez que hayamos concluido, será libre de marcharse.

—¿Estoy bajo arresto?

—Nadie ha dicho eso —contestó Ledrado, que se encontraba a mi lado, con un bloc listo—. ¿Cree que debería estarlo?

—No soy detective, inspector. No me pida que haga su trabajo.

—Mejor, dejemos a los detectives en paz...

Berlanga tosió ligeramente, intentando cortar la tensión y reconducir la conversación.

—Verá, la señorita Desastres ha sido encontrada sin vida en su habitación. Nuestra intención es hablar con quienes estuvieron cerca de ella en las últimas horas, para esclarecer lo ocurrido.

—Así que he sido el primero en ser interrogado.

—Lo encontramos en su estancia. Hay que comenzar por algún sitio, ¿no le parece?

—Curioso. Conozco a más de uno que desearía verla muerta, pero yo jamás haría daño a alguien de esa manera.

—Interesante. ¿Por qué alguien querría matarla?

—Ya comienza la policía con sus juegos de palabras. Perdone, inspector, pero yo no he dicho tal cosa.

—Ha sugerido que alguien tendría interés en «matar» a la víctima —apuntó Ledrado mientras anotaba en su cuaderno—. Hasta el momento nadie ha usado esa palabra, ni otra que se le asemeje.

—Con todo el respeto, inspectores, pero no soy ningún memo... «Ha sido hallada sin vida en su habitación». ¿Me toman por tonto?

—Aquí nadie sugiere nada. Sabemos que es usted escritor.

—Entonces, déjense los eufemismos... Blanca ha muerto y es una verdadera tragedia.

—Pero usted descarta que se haya quitado la vida.

—Al fin y al cabo, solo era una escritora en busca de atención —añadió Ledrado—. ¿Por qué deberíamos pensar lo contrario?

—Se cree astuto, ¿eh?

—En realidad, parece que el más astuto aquí es usted. Sin embargo, en este lugar, los astutos no llegan muy lejos. Cuanto antes colabore, antes podrá irse.

Tenía la sensación de que no congeniaría con ellos, pero mi carácter me impedía facilitarles las cosas a los dos que tenía delante. Después de todo, habían sospechado de mí desde el principio.

—Escuchen... Entiendo que no las tenga todas conmigo para que confíen en lo que digo, pero jamás le haría daño a esa mujer, a pesar de que nuestra historia no fuese la mejor. Lo cierto es que no he visto a Blanca desde hace mucho. No sé qué les habrá contado Tocinos, pero quizá se esté guardando algo.

—Es periodista y escritor, si no me equivoco —dijo Berlanga—. ¿Asistió al evento por ser uno de los finalistas?

—Está en lo cierto, salvo por lo último. Solo vine como invitado. Eso es todo.

—También colaboró con la señorita Desastres anteriormente.

—Correcto, pero eso fue hace mucho. Insisto, nuestra relación terminó hace años.

—¿Podría decirnos por qué?

—Desde luego. Diferencias personales, para ponerle un nombre.

—¿La señora García es su pareja actual?

Esa pregunta me provocó una sonrisa, aunque también me advirtió de que tenían el registro completo de los asistentes a la gala. Era probable que Tocinos les hubiera puesto al corriente.

—No, somos simplemente amigos.

—Ya veo —dijo Ledrado, asintiendo con comprensión—. ¿A qué hora llegó al hotel?

Suspiré. Sinceramente, no recordaba la hora exacta. Todo me parecía distante.

—Creo que al mediodía... o quizá ya entrada la tarde.

—¿No está seguro?

—Pueden preguntar en la recepción. Seguro que hay registro de ello.

—¿Dónde ha estado hasta la hora en que se dirigía al Ateneo?

—Me quedé en el hotel. No salí de allí en toda la tarde.

—¿No ha abandonado su habitación en ningún momento?

—¿De verdad? —respondí con asombro—. Hay cámaras en todas partes. Estuve con Rosario, me tomé una copa con el señor Tocinos y después hablé con la recepcionista, Cristina.

Ella puede confirmar esto. No hay evidencia alguna de que me haya acercado a Blanca. ¿Es eso lo que intentan insinuar?

—Para nada. Es mera rutina de interrogatorio.

—Si consideran que se trata de un homicidio, deberían interrogar a los demás finalistas. Teniendo en cuenta el caché y la relevancia del premio, ellos tendrían más razones que yo para hacer algo así.

Berlanga carraspeó y se reclinó sobre la mesa.

—Insisto en que nadie ha afirmado que sea un homicidio.

—Pero ustedes lo han insinuado.

—No intente ahora tergiversar la conversación.

—¿Hemos concluido entonces?

—Me temo que sí, señor Caballero —dijo Berlanga, levantándose y observándome con cierto aire de superioridad. Luego me acompañó a la salida—. Les rogamos a todos que permanezcan en la ciudad y estén localizables al menos durante las próximas veinticuatro horas. Podría ser necesario otro interrogatorio.

—¿Está en su derecho de pedir eso?

—Claro que sí. Como comprenderá, no es una obligación. Es una simple solicitud.

—Entendido.

—Imagino que, si le preocupa lo ocurrido a la señorita Desastres, no pondrá objeciones.

—Buena suerte, inspector.

—Si sigue esa dirección, llegará al hotel... tarde o temprano.

Salí a la calle, desorientado, bajo el resplandor tenue de las farolas que pintaban de un tono anaranjado la oscuridad.

Continué hasta el final del trayecto y terminé en la plaza de Santo Domingo, llena de gente. Muchos, turistas como yo, abarrotaban los bares cercanos y se integraban en el bullicio que enlazaba con la Gran Vía. La brisa veraniega resultaba sorprendentemente fresca, mucho más que en el Levante, por lo que, agradecí llevar traje. El aroma a comida de los restaurantes cercanos despertó mi apetito. El sonido de las cafeteras, el tintineo de la vajilla y el ajetreo de los camareros, que atendían como si el día estuviera comenzando, me devolvió al presente. En ese instante, me pegué a la entrada de una cafetería y saqué el sobre que había encontrado en la habitación de Blanca. Apresuradamente, lo abrí y leí la carta:

«Quiero agradecer sinceramente este premio, un reconocimiento a la literatura que nos permite explorar la vida real y sus intrincadas complejidades. En el mundo literario, nos encontramos con una variedad de personajes únicos, algunos de los cuales reflejan características muy notables. Pero, recordemos que detrás de cada personaje, hay un autor que da vida a esas palabras. Hoy he sido yo, pero podría haberle tocado a cualquiera de mis compañeros.

En mi carrera, he tenido el privilegio de trabajar con editores y agentes literarios, quienes desempeñan un papel esencial en dar forma a nuestras historias. Sin embargo, también he tenido el desafío de lidiar con aquellos que, impulsados por la ambición, han sacrificado su integridad en la búsqueda del éxito y, por tanto, la lealtad de la que presumían. Todos ellos están sentados ahí delante, junto a ustedes, vendidos por un cheque y una esperanza.

La literatura es un espejo que refleja nuestra sociedad, y debemos mantenernos fieles a la verdad en nuestras historias. Debemos resistir a la tentación de ocultar los secretos detrás de una fachada de ficción.

Mientras celebramos la literatura, recordemos que nuestras palabras tienen el poder de revelar la verdad. Dejemos que nuestras historias muestren la luz incluso sobre los rincones más oscuros, pues las sombras no mienten, solo ocultan verdades a plena luz.

Si hoy estáis escuchando estas palabras, significa que la literatura y la verdad han ganado, y que mañana caerá un muro más que nos impedía seguir adelante.

Porque es importante reivindicar que la justicia literaria prevalezca, sin importar cuán evidentes sean nuestras tramas, sin importar, señoras y señores, que este premio, como la mayoría de los premios en los que se apoya esta industria, es una mentira más, que no refleja la realidad en la que vivimos».

Las palabras de Blanca me helaron el corazón, dejándome un sentimiento de pena que me atravesó como una lanza. Sin duda, mis sospechas no iban mal encaminadas respecto a sus intenciones, a la hora de reventar la gala del premio. Por desgracia, sus últimas palabras ahora solamente permanecían sobre el papel. Había tanto por estudiar en aquellos párrafos, que mi mente se quedó paralizada, sobrepasada por el influjo de información y la intensidad de los acontecimientos.

Calculé la distancia y comprobé que aún me quedaba un trecho hasta el hotel, pero no me disgustaba la idea de regresar caminando, dejándome envolver por el tránsito acelerado y bullicioso de la ciudad. El paseo me brindaría un momento de reflexión sobre todo lo que estaba sucediendo. Crucé frente al Café de Varela en Preciados, un elegante establecimiento que, tras una reforma, se había convertido en el punto de encuentro de numerosas personalidades de la cultura española. Era uno de esos lugares con un aire decimonónico que, en la mayoría de las ciudades, había sido engullido por el paso del tiempo y reemplazado por tiendas de moda o locales de comida rápida. Observé a través del cristal a los comensales que disfrutaban de sus bistecs y vinos, preguntándome cómo había acabado en esta situación en vez de estar al otro lado de esa ventana. Proseguí mi camino hacia la bulliciosa plaza de Callao, ajeno al tumulto de personas que se encontraban allí. Estaba a punto de sacar el móvil del bolsillo para llamar a Rosario, cuando este sonó.

—¿Rosario? —pregunté al ver su nombre en la pantalla.

—¡Gabriel! ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—¡Estoy bien, gracias!

—Pero... ¿qué es todo ese ruido de fondo? Me tienes preocupada...

Busqué refugio alejándome un poco de la aglomeración y situándome bajo el soportal de los cines Callao.

—Todo en orden. Solo querían hacerme unas preguntas. Nos han pedido que nos quedemos aquí un día más.

—Ya lo sé. Deberías regresar al hotel pronto.

—¿Ha ocurrido algo?

—La policía nos ha llevado al vestíbulo y todavía está allí. Nos han indicado que nadie abandone la ciudad en las próximas horas. Tocinos ha organizado una cena esta noche en el restaurante del hotel... No me fío, Gabriel. Creo que ese hombre está tramando algo.

—Comparto tu desasosiego, Rosario. No me gusta cómo pinta esto. Algo me dice que hay gato encerrado en la muerte de Blanca.

—A mí también me huele mal... Sobre todo, porque ninguno de los finalistas parece sobrecogido con la noticia.

—Lo cual me hace pensar que ha sido un montaje... Es probable que la asesinaran horas antes del evento.

—¡Dios mío! ¿Te lo han confirmado en la comisaría?

—Tanto como eso, no. Simplemente, lo han insinuado.

—Tú y tus conjeturas. ¿Tienen algún indicio sobre el autor?

—Me parece que están en ello, pero tengo el presentimiento de que les queda grande el asunto, aunque apuestan que el culpable se encuentra en el hotel. Y por ahora, para los inspectores, soy el principal sospechoso.

—Por favor, vuelve al hotel. No me siento tranquila aquí, y menos rodeada de tantos escritores narcisistas.

Sus palabras me arrancaron una sonrisa. Pensé que, en medio del caos, siempre es bueno recibir un respiro.

—Interesante. Creía que te habías llevado bien con el vampiro...

—Ya te he dicho que no. ¡No te demores demasiado, ven a buscarme!

—Claro... Así lo haré —finalicé la llamada y respiré profundamente, dejándome invadir por un cóctel de tristeza y curiosidad. Pese a las circunstancias, el presunto asesinado de Blanca Desastres no era algo que pudiera menospreciarse. A ojos de cualquiera, si resultara ser un homicidio, sería fácil apuntar hacia mí, especialmente si descubrieran los lazos que me unían a la fallecida. Eso no auguraba nada bueno. Intuía que Blanca no se había suicidado y que el responsable se encontraba en nuestro hotel. Pero inmiscuirme personalmente podía resultar perjudicial y hacer que los inspectores posaran sus ojos en mí. Todavía podía actuar con sensatez y dejar que las autoridades hicieran su trabajo. Solo necesitaba una excusa para distanciarme y no complicarme más. No obstante, en mi interior, sentía que solo bastaría un empujón para que me sumergiera completamente en descubrir quién había terminado con la vida de Blanca Desastres.

18

Al aproximarme a la entrada del hotel, vi salir a los agentes de la Científica, escoltados por policías uniformados. La conmoción había captado la atención de los transeúntes y, peor aún, de periodistas ansiosos de morbo que rondaban las cercanías del hotel, como buitres a la espera de su presa. A través del amplio ventanal, distinguí a Tocinos en el vestíbulo, telefoneando y paseando de forma inquieta. Dos vigilantes de seguridad controlaban el acceso, permitiendo solo la entrada a los huéspedes, para evitar mayor alboroto. Supuse que el personal directivo del hotel estaría en máxima alerta, porque un cuerpo sin vida en una de sus habitaciones no era precisamente la publicidad que desearían. Estaba seguro de que la habitación 341 permanecería vacía durante mucho tiempo.

Cuando Tocinos me vio, su mirada se fijó en mí. Cortó la llamada y se acercó, con paso decidido.

—¡Por fin aparece! —dijo, guardando el móvil en el bolsillo de su chaqueta—. ¿Dónde demonios se había metido?

—¿Qué necesidad había de hablar con la policía sobre mi relación con Desastres? —le espeté, irritado, antes de que intentara mostrarse amable conmigo—. Eso ha sido jugar sucio, Tocinos.

—Relájese, ¿quiere? Ofrézcame la oportunidad de explicarme... —respondió, poniendo una mano en mi brazo y mirándome con sorpresa—. No les he dicho nada a esos agentes. Imagino que ya estaban al corriente sobre el evento que celebrábamos.

Me dejó desconcertado. No me imaginaba a la policía actuando con tanta eficacia. Miré a mi alrededor. La recepcionista que conocía había sido reemplazada y no veía caras conocidas.

—¿Dónde está el resto?

Tocinos miró su Rolex.

—He citado a todos en el restaurante dentro de media hora.

—¿Para qué? —pregunté con sarcasmo, aunque su expresión no cambió en absoluto.

—Es vital que mantengamos la compostura en estos momentos... He solicitado a la policía que nos ayude a mantener a los periodistas a raya. La familia Arriaza está furiosa y eso no es bueno. Lo último que necesita este premio es un escándalo de tal calibre, ya me entiende...

—Blanca era una seria candidata para ganar el premio.

—Lo sé y lo tengo claro, yo mismo la elegí, como al resto de los nominados. Pero no es ese el asunto que nos ocupa ahora.

—Ah, ¿no?

—Mi cometido es garantizar que no ocurran más tragedias, ¡por el amor de Dios! El ambiente está ya tenso, y no hace falta decir que nos encontramos ante un grupo de gente bastante excéntrica y, en ciertos casos, imprudente e impredecible. Nada que usted no sepa.

—¿Impredecible? Por favor, es un circo de lunáticos, ¿qué esperaba?

—Un poco de respeto por la creatividad y por los artistas... Me sorprende oírle hablar así de ellos —expresó

Tocinos su actitud sobre la supuesta locura del artista. Pero la excentricidad no siempre va de la mano del talento, aunque a veces puede estar asociada a chispazos de genialidad.

—Blanca Desastres ha fallecido. Y tengo la sensación de que no ha sido por decisión propia.

Tocinos alzó una ceja.

—¿Tiene fundamentos sólidos para hacer tal afirmación?

—No, pero no los necesito. A pesar de sus antecedentes y de lo que la policía concluya, Blanca tenía la cabeza más en su sitio que esa tropa de desquiciados y egocéntricos.

—Entiendo... Sea como sea, le agradecería que mantuviera sus opiniones para usted durante la cena. Al menos, hasta que retiren los cuchillos.

—¿Y el premio? ¿Qué sucederá con él?

—Esa es la gran incógnita. En realidad, no sabemos quién es el ganador.

—¿Cómo dice? Pero si reconoció que...

—Ya lo sé... Todos murmuran que el premio está amañado, pero no es así, al menos no completamente. El jurado opina, los Arriaza tienen la última palabra y esa elección queda en un sobre cerrado, que solamente se abre en la ceremonia de premios. Así que, en realidad, no sabemos quién ha ganado. Para una vez que se hacen las cosas con transparencia...

—¿Y no piensa revelarlo?

—¡Lo suyo es de órdago! ¿En qué diablos piensa? Es un disparate... Antes hay que solucionar este embrollo.

—No pueden publicar una obra póstuma de una escritora que ni siquiera ha tenido la oportunidad de aceptar o rechazar el premio. En ese caso, habría que buscar un nuevo finalista.

—¿Qué está diciendo? Existen unas bases que hay que leer antes de enviar el manuscrito. Por supuesto que podemos publicar lo que nos venga en gana, pues ya nos dio el consentimiento al presentarse... Mire, Caballero, las reglas son las reglas... pero, efectivamente, sería polémico. ¡Y un auténtico reclamo publicitario!

—Su ligereza me desconcierta. —Sorprendido, observé cómo le cambiaba la expresión al pensar en todo el dinero que podían ganar con la publicación.

—No me malinterprete. Creo que el humor es el antídoto a muchas cosas. Al menos, quiero creer que lo es. ¿Y usted, qué opina? Tiene experiencia en estos líos...

—Estoy convencido de que a Blanca la asesinaron.

—Es evidente que lo está.

—Y es probable que el culpable aún esté entre nosotros.

—Me pregunto qué pasará si la policía demuestra que se equivoca.

—¿Y si no lo hace?

De repente, el semblante del hombre se transformó radicalmente en apenas un instante. Lo que inicialmente consideró que era una broma, pronto comprendió que no lo era y que hablaba con total seriedad sobre el tema.

—En ese caso, esto es alarmante.

—Lo sé, pero no voy a hacer el trabajo de la policía. No, esta vez.

—¡Venga, hombre! —exclamó, agarrándome del hombro—. No puede dejarme en la estacada, Caballero...

—¿Dejarle? ¿A usted? Recuerde que, hace poco, parecía no importarle el ridículo y la humillación que iba a sufrir, si la obra de Desastres ganaba el premio... Disculpe, pero no le debo nada.

—Está equivocado. Solo estaba jugando con usted. Quizás «Bastardo» no sea la obra que más le favorezca, pero, al final del día, ¿acaso hay algo mejor que publicidad gratuita, aunque sea negativa?

—¡Estoy harto de ese argumento! Lo siento, pero hace tiempo que dejé de jugar a esos juegos del mundo editorial —le dije, intentando marcharme para ver a Rosario, cuando su mano me agarró del antebrazo—. ¿Qué cree que intenta? ¡Suélteme!

Con un gesto tenso, sentí cómo su mano me apretaba con ansiedad.

—Ayúdeme a solucionar esto y me aseguraré de que recupere el reconocimiento y el prestigio que su obra siempre mereció.

—No necesito sus enchufes para ganar críticas. No lo conseguí antes y no lo haré ahora.

—Se confunde. En esta industria rara vez gana el talento, más bien suele ser el enchufismo lo que funciona. Lamento ser el que se lo diga, a estas alturas... —afirmó y sus palabras me hicieron cuestionar, por un momento, si todo mi esfuerzo había sido en balde al no tener las conexiones adecuadas—. Le prometo que le respaldaré, pero no me abandone ahora, por favor.

—Confíe en la policía.

—Caballero... —insistió y en sus ojos percibí la desesperación de alguien que valoraba mi juicio por encima del de los investigadores. En el fondo, temía que estuviera en lo cierto y sabía que, si realmente había sido un crimen literario, él podría ser el próximo.

—¡Gabriel! —me llamó Rosario al mirarme desde la puerta del ascensor.

—Suélteme, no se lo repetiré... —susurré al organizador, quien obedeció de mala gana, manteniendo el contacto visual.

—Si no lo hace por mí, tenga un poco de misericordia y hágalo por Blanca, por justicia.

Rosario se nos unió, cortando la tensión entre el organizador y yo.

—¿Qué te ha retenido tanto tiempo?

—Los veré en media hora en el restaurante —dijo el mandamás, disimulando el roce—. Ahora, si me disculpan...

Tocinos se alejó, dejándome a solas con Rosario y con un sentimiento de desconcierto, como si me hubieran sacudido.

—Necesitamos hablar en serio.

—¿Justo ahora? Necesito un respiro, Rosario. Ese tipo me ha dejado sin energía.

—He dicho que es urgente. ¿Por qué no me tomas en serio?

—¡Por Dios! ¿Alguna vez hablas en broma?

—Gabriel, mi mente está llena de dudas, así que no me provoques.

—Lo siento, pero... ¿podría ser más tarde? Siento que ya he tenido bastante por hoy.

—¡No! —replicó, empujándome ligeramente—. O me explicas en este momento qué ocurre o yo misma hablaré con la policía.

—Corre, Rosario... Ya les he contado todo lo que necesitan saber.

—¿De verdad? —cuestionó y me mostró la nota arrugada, que Blanca había dejado para mí en la recepción. Olvidé recogerla y no conté con que Rosario pudiera encontrarla—. Explícame entonces, ¿por qué estaba esto en la papelera del baño de nuestra habitación?

Antes de que pudiera armar un alboroto, le arrebaté la nota intentando aparentar calma, aunque estaba agotado. Luego la miré directamente y vi una mujer confundida y llena de dudas. En sus ojos detecté la clara acusación y la desconfianza por haberle ocultado información.

—¿Desde cuándo rebuscas en la basura?

—¿Desde cuándo finges ser la persona que no eres?

Intenté tomarla de la mano, pero me rechazó.

—Todavía disponemos de tiempo. Salgamos, nos vendrá bien un poco de aire fresco. Te lo contaré todo por el camino.

19

Contarle a mi compañera la naturaleza de mi relación con Blanca era, en esencia, exponerme por completo ante ella. A pesar de las turbulencias que marcaban nuestra historia, me decanté por la sinceridad absoluta con Rosario, y eso implicaba reconocer los momentos más oscuros de aquel vínculo. Blanca no había sido precisamente un ejemplo de virtudes hacia mí, y quizás por ello seguía viviendo en mi memoria, aunque no de la manera más agradable. Hay individuos que dejan marcas indelebles en nuestra vida, generalmente enseñándonos algo. Sin embargo, algunas de esas marcas se convierten en cicatrices que nos recuerdan el innecesario sufrimiento que causaron, por más que parezcan haberse cerrado. Blanca era una de esas personas y, al parecer, yo también había dejado una impronta similar en su vida. Tras tantos años, cuando todo parecía relegado al pasado y a esas vivencias que se recuerdan con cierta nostalgia, nuestros caminos se cruzaban de nuevo, o eso creía yo, intentando terminar con aquel episodio.

—Por eso no quería leer el libro. Temía que, al hacerlo, me enfrentara a una faceta de mí mismo que rechazaba. Es complicado asumir cómo te percibe el otro... —le comenté a Rosario mientras nos encontrábamos en una terraza en la plaza de Santa Ana, a pocos pasos del hotel. Rosario degustaba su copa de vino tinto y yo disfrutaba de mi jarra de cerveza—. Todo ha sido un constante tropezar. En realidad, no deberíamos estar aquí. Pero mi representante me presionó para que viniera.

—¿Por qué tratas de confundirme?

—No es mi intención, Rosario. Más bien, no me resulta nada fácil hablar de esto delante de ti. Me estoy abriendo en canal contigo...

—Lo sé, lo sé... Quiero decir, ¿por qué evades la realidad?

—¿A qué te refieres?

—Le echas la culpa a tu representante, pero en realidad has venido porque querías persuadir a Desastres de abandonar su proyecto. Tú mismo me lo confesaste antes de que viniéramos.

—Cambié de parecer. Estaba intentando hacer lo correcto.

—Ya.

—No me crees.

—Por eso no has dudado en buscarla en cuanto has tenido un momento a solas, ¿verdad? —dijo, aludiendo a la nota—. Puedes decirme lo que quieras, pero al final te harás daño a ti mismo, Gabriel.

—Mira, Rosario. No quiero engañarte. Admito que he actuado de forma egoísta, movido por el temor de que Desastres me perjudicara.

—Tal vez quería advertirte de algo.

—¿De qué hablas? —repuse, perplejo—. Lo dudo.

—Como cualquier conjetura sobre este tema...

—Lo indiscutible es que la han encontrado muerta en su habitación y que no fue un suicidio.

Al oírme, Rosario frunció el ceño y bajó la mirada.

—Eso es lo que tú piensas al respecto. Nadie lo ha confirmado.

—Aún no...

Ella pareció desilusionarse.

—Entonces, no es más que otra de tus sospechas infundadas.

—He presenciado la escena al entrar en la habitación, Rosario... Para mí está claro que no ha fallecido por una sobredosis. Su cuerpo, el cuadro descolocado, el manuscrito en la mesa, su rostro desencajado... —expliqué y busqué el sobre que había guardado en mi chaqueta, sintiéndome estúpido por haberlo pasado por alto—. Era como si se hubiese apagado, luchando por sobrevivir, aunque su expresión decía lo contrario. En fin, comienzo a dudar de mis pensamientos... Puede que esté equivocado, y sinceramente espero que así sea, pero hay algo que debes ver. Espero que esto te convenza de que te hablo con sinceridad.

—¿De verdad piensas que una simple carta va a hacerme cambiar de idea?

—No es una carta cualquiera, mujer... —le dije, sosteniendo su mirada—. La encontré en la habitación de Blanca, antes de que la policía hiciera acto de presencia.

Rosario esperó pacientemente hasta que le entregué el sobre, luego lo abrió, extrajo la nota de su interior y la leyó.

—¿Qué tiene que ver esto con lo que me estás contando? No comprendo nada, Gabriel...

—Era el discurso que tenía preparado por si salía ganadora. Razón de sobra para comprender que Blanca no se ha quitado la vida. Más bien, se la han quitado...

—«He tenido el desafío lidiar con aquellos que, impulsados por la ambición, han sacrificado su integridad en la búsqueda del éxito». ¿A quién se refiere?

—No lo sé, Rosario.

—Esto no está bien... El discurso es toda una declaración de intenciones. Me hubiese encantado ver la reacción de Tocinos al oír eso. ¿Está la policía al corriente de la nota?

—No.

—¡Gabriel!

—¿Qué? No harían más que espantar al asesino. Blanca estaba al tanto de algo que no logró compartir. Lo ha dejado claro en su discurso.

—¿Insinúas que esa es la razón por la que murió? No puedes basarte en una nota cargada de resquemor. Ni siquiera sabemos si era su discurso final o no. La gente hace muchas tonterías...

—De lo contrario, ¿por qué la dejaría en un sobre, a la vista de todos? Menos mal que no lo vio quien la encontró muerta, o eso espero. Supongo que esa es la razón por la que me pidió que nos viéramos tras la ceremonia. Era consciente del revuelo que iba a formar con sus palabras, pero algo se lo impidió...

—Más bien diría alguien.

Rosario suspiró, dubitativa, sobre si nos encontrábamos ante un homicidio o una sucesión de coincidencias sin sentido. De repente, una figura se aproximó, proyectando una alargada sombra

en la oscuridad. Alarmada, desvió la mirada al reconocer la silueta de ese escritor de aire vampírico.

—¡Virgen Santa, chiquillo! Vaya susto que me has dado...

—¿No acudís a la cena? —preguntó el escritor, manteniendo aún sus gafas de sol puestas. Lo observé y después me percaté de su semblante fatigado. Parecía no haber descansado en días, aunque en realidad había transcurrido poco tiempo desde nuestro último desencuentro.

—¿Te encuentras bien, Lampedusa?

—Tengo un hambre canina. Ahora mismo, sería capaz de comerme a alguien.

—Empieza por ella, que tiene el cuello más esbelto que el mío... —comenté en tono jocoso y, casi al instante, Rosario me obsequió con un golpe discreto bajo la mesa—. ¡Uf! Sólo era una sugerencia...

—Las cenas con escritores no son lo mío, y tampoco me agrada la presencia policial.

—En ese aspecto, coincidimos —manifesté mientras solicitaba la cuenta. El peculiar literato daba la impresión de no querer irse hasta que nosotros nos retiráramos. Finalmente, pagué las consumiciones y nos encaminamos al hotel—. ¿Te has enterado de lo sucedido ahí arriba?

—Desde luego. Y no me gusta en absoluto.

—¿Conocías a Blanca?

—¿Quién no la conocía, amigo? ¿Quién no la conocía? —articuló dejando flotar el misterio, y acto seguido entró en el hotel. Se encaminó al restaurante sin aguardar por nosotros. Rosario se aproximó y siguió sus movimientos con cautela.

—¿Y a este? ¿Qué mosca le ha picado ahora?

—No lo sé —respondí—, pero asumo que no dice la verdad.

—¿Ya empezamos de nuevo?

—Mira cómo se ha puesto cuando le he preguntado por Blanca.

—Te ayudaría si fueras más discreto. Esta gente empieza a notar tu obsesión por la muerte de tu amiga...

—Ahora, defiéndelo.

—No lo hago, Gabriel.

—Desde luego, tienes un criterio pésimo en cuanto a hombres.

—Por una vez, no te llevaré la contraria.

20

En el restaurante, todos nos esperaban dispersos a lo largo de la mesa. Arturo Tocinos había insistido en congregarnos por razones obvias. Se percibía una tensión cortante en el ambiente; bastaba con observar las expresiones de los finalistas, atrapados entre la compasión fingida, la ansiedad del galardón y el respiro de no ser los protagonistas de la tragedia. Mi lugar estaba al final de la mesa, con Rosario a mi lado. Frente a mí, al otro extremo, se hallaba el anfitrión del evento, impecable en su traje y gesto inquieto. Solicitó varias botellas de vino y murmuró algo inaudible al oído del camarero. Intuí que el menú había sido acordado de antemano y que esa velada guardaba un propósito para todos. Al escanear brevemente la sala, deduje que los demás asistentes se sentían tan intranquilos como yo.

Junto a Tocinos estaba Camila Gaztambide, con su mirada embriagada y aferrada a una copa de vino que había pedido antes de nuestra llegada. Su sonrisa, aligerada por el alcohol, revelaba su condición, y me cuestioné cómo una mujer de apariencia tan delicada podía resistir tanto. Al otro lado de Tocinos se hallaba Claudia Desplantes, muda y visiblemente tensa. Solo había que observar su mandíbula para intuir el estrés que acumulaba. A su lado, Raúl Lampedusa, el enigmático autor de novelas trágicas, destacaba por su estatura, incluso cuando estaba sentado. Parecía ser uno de los pocos relajados, pero me preguntaba si, como el resto, su corazón latía acelerado. Al lado opuesto, cerca de Camila, Armando Gresco miraba fijamente el mantel, entrelazando sus dedos con nerviosismo. De vez en cuando, lanzaba ojeadas furtivas a Desplantes, como buscando una conexión o quizá la absolución entre la atmósfera cargada. A mi lado, Rosario, mi única aliada, observaba con el mismo asombro e interés que yo. A mi derecha quedaba el sitio vacío de Blanca y el cubierto que le habían dispuesto marcaba su ausencia.

Me pregunté si aquello había sido idea de Arturo Tocinos, otra de sus bromas pesadas, o quizá hubiese algún error con la reserva. Decidí no indagar más sobre el tema.

En cuanto sirvieron el vino, el anfitrión se puso en pie para pronunciar unas palabras que no venían a cuento. Solo esperaba que no fuese para brindar, porque habría sido el colmo.

—Imagino que todos conocéis el motivo de esta reunión —comenzó con voz grave, lanzándome una mirada esquiva, como tratando de comunicarme algo implícito—. En realidad, a esta hora, deberíamos estar celebrando al laureado o laureada de este año y, sin embargo...

—Esta cita no tiene sentido. Una de nuestras compañeras se ha suicidado —interrumpió Lampedusa, defendiendo a Desastres—. ¿Hace falta soportar todo este paripé?

—Lo sé, pero la policía nos ha requerido quedarnos una noche más, hasta esclarecer los hechos.

—No hay nada que esclarecer, ¿o sí? —intervino Claudia Desplantes, alzando la voz por encima de la del novelista—. Blanca Desastres consiguió lo que quería, notoriedad y ser la protagonista. Así que brindemos por ella.

—¡Cállate, Claudia! —replicó Armando Gresco, firme en su silla. Cuando estaba a punto de reprenderle su desmesura, Rosario me detuvo con un gesto. Una mirada discreta me aconsejó contenerme y permanecer en silencio. Una vez más, Rosario tenía la razón; lo mejor era observar la reacción de los demás.

—¿Es que he soltado alguna mentira? —inquirió la escritora, con un tono ácido—. Desastres era una desequilibrada que solo buscaba fama. No me sorprende que se pasara con las pastillas... ¡No iba a aguantar la realidad!

—¿De qué realidad hablan? —quiso saber Lampedusa.

En ese momento, Camila Gaztambide soltó una risotada cargada de alcohol.

—¡Basta ya! —exclamó el organizador, tratando de poner paz entre ambos literatos—. ¡No hay motivo para hablar así de alguien que ya no puede defenderse!

Claudia Desplantes se levantó abruptamente y vertió su copa de vino blanco sobre Armando Gresco. El vino manchó el mantel y la ebria escritora, en su intento por esquivar el derrame, perdió el equilibrio y se precipitó al suelo, provocando aún más risas.

—¡Qué sinvergüenza eres!

—¡El único maleducado aquí eres tú! —le espetó Desplantes, arrojando la servilleta sobre el mantel y levantándose con ímpetu. En un impulso de cólera, Armando Gresco se dispuso a seguirla, pero Lampedusa se puso en pie como un muro infranqueable.

—¿A dónde crees que vas, amigo?

—Suéltame, fracasado.

Lampedusa parecía tener una paciencia infinita.

—No es forma de dirigirse a alguien, colega.

—¡Gresco, siéntate o te descalifico de la final del premio al instante! —advirtió Tocinos desde el otro extremo de la mesa.

Armando se volteó, furioso, y señaló con ímpetu a Tocinos.

—¡Ese premio te lo puedes meter donde te quepa! ¡Al diablo tú y tus intereses! ¡Todo este lío es por tu culpa!

A continuación, Gresco, sin mostrar temor a pesar de la imponente presencia de Lampedusa, empujó al literato vestido de oscuro y abandonó el lugar, con paso decidido.

—¿Estás bien? —le pregunté a Camila, ofreciéndole mi mano para ayudarla a levantarse—. Te has dado un buen porrazo...

A pesar del enrojecimiento en su rostro, Camila soltaba risas, pero no articuló palabra. En ese instante, percibí la melancolía que sus ojos reflejaban y reflexioné sobre cómo, a menudo, las personas esconden sus verdaderos sentimientos tras una máscara de alegría.

—Vaya lío... Realmente pensaba que... —lamentó Tocinos, con mirada de pesar hacia mí—. ¡Dios! Esta cena claramente ha sido un desacierto.

—Por primera vez, coincidimos en algo —afirmé, cerciorándome de que Camila estuviera cómoda en su silla. Al volver la vista, noté la ausencia de Lampedusa—. ¿Dónde se ha metido el literato?

—No tengo idea —respondió ella, desconcertada—. Estaba aquí justo ahora...

—Quizá se haya transformado en murciélago... —bromeé, suponiendo que solo Rosario captaría la ironía, pero Camila volvió a soltar una carcajada tan estridente que acabó con la cabeza en el mantel—. Al parecer, le ha hecho gracia...

—¿A qué viene eso ahora, Caballero? No es el mejor momento para sus bromas, ¿no cree?

—Déjelo estar, Tocinos. Tal vez deberíamos marcharnos, ¿no le parece?

Tocinos se aproximó a mí y lanzó una mirada furtiva hacia la mujer que evidenciaba su embriaguez.

—Confío en que me ayude a arrojar luz en todo esto —me susurró, manteniendo un gesto serio—. Siento que la situación se me va de las manos.

—A juzgar por lo que veo, su estrategia no está dando frutos.

—¿Qué sugiere?

—Dadas las circunstancias, necesito reflexionar.

—El tiempo no está de nuestra parte. La policía nos ha concedido 24 horas... Si no se identifica a un sospechoso, me temo que el acto de entrega del premio se verá empañado por la polémica. No puedo arriesgarme a semejante desliz.

—Desde luego que no. Y, piénselo, veinticuatro horas pueden ser muy largas... —comenté y dirigí mi mirada hacia Camila Gaztambide, quien se había amodorrado en la mesa—. Acompáñela a su habitación y asegúrese de que solo beba agua embotellada. Tras los acontecimientos de hoy, lo que menos necesitamos es otro escándalo.

21

—«Ahí están, frente a todos ustedes, vendiéndose por un cheque y un poco de esperanza» —leí en voz alta, desde la cama de mi habitación. Rosario estaba en el baño, cambiándose, con la puerta cerrada.

—¿Has dicho algo? —preguntó desde dentro.

—No, nada... —contesté y guardé la anotación. Después, me dirigí a la ventana y observé cómo la plaza, con su gente, se desenvolvía en la noche, ajena a todo lo sucedido. Pocas horas después, no quedaba rastro de la prensa o de la policía. Todo había vuelto a su ritmo habitual. Y es que Madrid tenía esa particularidad: lo que era noticia en un momento, pasaba al olvido al poco tiempo, eclipsado por otro acontecimiento. La visión de Blanca, con su expresión distorsionada, pareciendo una obra de El Greco, seguía en mi mente cuando mi mirada se posó en el equipaje de Rosario. Sobresaliendo de este, estaba la copia del manuscrito de Blanca. Me acerqué, tentado de echar un vistazo, recordando que había uno similar en el cuarto de la periodista. Justo en ese instante, Rosario salió del baño, con otro atuendo y el cabello mojado por la ducha.

—¿Estabas hurgando entre mis pertenencias?

—En absoluto. Tengo cosas mejores que hacer que rebuscar entre tu lencería —repuse y cogí el manuscrito, plagado de anotaciones—. No conocía tu grado de implicación en esta lectura...

—Ya te comenté que era excelente —respondió y su tono se tornó sombrío—. A pesar de su ausencia, sigue siendo merecedora del premio. Qué desgracia...

—Me intriga por qué lo tenía en el escritorio de su habitación.

—Temo que es un poco tarde para descubrirlo... —comentó y se enfundó en unos zapatos más elegantes—. ¿Piensas acompañarme?

—¿Pero dónde quieres ir? Se supone que debemos permanecer en el hotel. No deseo regresar a esa comisaría.

—Allá tú. Yo no soy finalista de nada y no tengo intención de quedarme aquí toda la noche. Además, ni siquiera nos ofrecieron cena. No es sorprendente, con todo el revuelo que había...

—¿Es una proposición o has quedado con Drácula?

—Te prometo que mañana pongo rumbo a Sevilla, pero esta noche, no. Esta noche tengo intención de disfrutar, por eso he quedado con unos colegas del Diario de Madrid. Si te apetece, ven. Les hará ilusión conocerte.

Eché un vistazo al reloj y comprobé que ya eran más de las diez y media. Me asombraba lo bien que Rosario parecía llevar todo lo ocurrido. Y la idea de pasar la noche entre periodistas,

oyendo quejas laborales, alardes de puestos y vidas familiares, en una ciudad donde su mayor desahogo era salir a tomar algo, soñar con vidas inalcanzables y tener algún encuentro ocasional con alguien más joven, no me resultaba especialmente apetecible. Opté por declinar la oferta, intuyendo que no sería mala idea pasar un rato en solitario. No es que quisiera sumirme en la melancolía o rendir homenaje a Blanca, que ya había partido. De alguna manera, sentía que estaba exagerando el drama intencionadamente, para tener un momento de introspección. A excepción de Tocinos, todos asumían que Blanca se había suicidado, de ahí que nos hubiera sorprendido. Sin embargo, pocos parecían realmente inquietos por conocer la verdad. Y Rosario no era una excepción, aunque previamente le hubiera ofrecido motivos para dudar. Comprendí que necesitaría más pruebas contundentes para persuadirla. Era una verdad triste, pero la vida seguía su ritmo y los artistas siempre continuarán buscando reconocimiento para obtener beneficios.

—¿Sabes? Lo he reconsiderado. Pásalo bien en mi lugar —le comenté, esperando que no insistiera—. Me quedaré a revisar ese dichoso libro, a ver si descubro algo sobre mí mismo...

Ella frunció el ceño y me observó con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Como quieras, Gabriel... —respondió y se acercó al pie de la cama para recoger su bolso —, pero la gente empezará a cuestionar nuestra «relación» si tomamos rumbos distintos.

—Todo el mundo sabe que no hay nada serio entre nosotros, Rosario. No deberías darte por aludida.

—En efecto. Pero que te quede claro que no me afecta en absoluto —dijo, pero yo vi cómo su expresión había cambiado al escuchar mis palabras y supe al instante que había metido la pata. Tal vez no estuviera en mi mejor estado emocional, y me olvidé del sacrificio que Rosario había hecho para estar allí apoyándome, pero debía comprender que mis preocupaciones eran otras. Intenté rectificar, aunque ya era tarde. Con determinación, Rosario cogió su bolso y abrió la puerta—. Que descanses.

Permanecí inmóvil unos instantes, escuchando el eco de sus tacones, mientras se alejaba y se dirigía al ascensor. Luego, llegó el silencio.

Miré el manuscrito que sostenía en las manos y recordé aquel momento que había experimentado en la cena tan inusual. Comencé a pasar las páginas hasta llegar al capítulo en el que me había quedado. Rosario había hecho anotaciones al respecto, subrayando pasajes que yo había pasado por alto en mi primera lectura. Leyéndolos, comencé a descubrir que había más sobre mí en ellos que las ridículas caricaturas que podía encontrar en el resto de los pasajes. Continué con la lectura y descubrí que había más hombres en la historia:

«En mi búsqueda de la verdad, me crucé con un individuo que se presentaba como un rey de las sombras literarias. Su apariencia gótica y su fascinación por la oscuridad siempre me inquietaron. Al principio, pensé que podría haber encontrado a un alma afín en su mundo de tinieblas, pero pronto comprendí que su presencia solo traía penumbra a mi vida». El tipo al que describía —y cómo lo hacía—, tenía un gran parecido artístico con Lampedusa, lo cual me hizo reflexionar acerca de su relación con Blanca y la manera en la que había reaccionado al preguntarle por ella.

«Me vi atraída por la guía que este hombre representaba en mi vida literaria. Su sabiduría y orientación me llevaron por un camino iluminado por su genialidad. Sin embargo, mientras yo florecía bajo su influencia, no podía dejar de notar que su propio trabajo literario era un eco

lejano de su potencial. La sombra de su éxito pasado lo perseguía y, aunque él seguía siendo un mentor excepcional, su propia carrera se tambaleaba en la oscuridad de la mediocridad».

A medida que leía, quería saber más. Por desgracia, el episodio del Lampedusa de la ficción acababa cuando la protagonista del libro conocía a un autor con mucho más carácter que el anterior.

«Un lobo con piel de cordero, así es como podría describirlo. Su encanto superficial esconde un lado oscuro que no puede ser ignorado. Me atrajo hacia él con sus promesas de pasión y aventura, pero pronto comprendí que su amor era tóxico y destructivo».

Aquello me dejó sin habla. Era una descripción literal de Armando Gresco, o de alguien que se le parecía, y mis pensamientos se dirigieron a la discusión que había mantenido el escritor con Claudia Desplantes, quien sabía más de lo que aparentaba.

La sensación era extraña, pero algo en mi interior me empujaba a continuar.

«En mi búsqueda de la verdad, me topé con un hombre que se oculta bajo la máscara del poder. Sus maneras manipuladoras y su control sobre la industria editorial me hicieron ver el lado oscuro de la literatura. Me prometió el éxito, pero pronto descubrí que su generosidad tenía un alto precio», leí, acercándome al final y consciente de que, tras una relación de hechos, no podía ser otro que Arturo Tocinos, o alguien muy cercano a él.

Me hubiese gustado contarle todo aquello a Rosario, aunque ella tenía mejores planes esa noche. No obstante, me sorprendió que no hubiese llegado a esa parte del libro.

Estaba claro que todos los presentes guardaban algún secreto, ¿pero todos ellos tendrían también algún vínculo con Blanca Desastres? Necesitaba empezar a investigar en algún punto. Salvo Lampedusa, que seguramente andaría perdido por la ciudad, sospeché que los demás estarían en sus habitaciones.

—O quizá no... —murmuré, echando un vistazo al minibar de la habitación. Con un poco de fortuna, tal vez encontraría a esa persona que podía aguantar en un bar como si estuviera en la Oktoberfest. De ella no había nada escrito, ni siquiera una alusión a su persona, en todo el libro, por lo que su presencia la hacía aún más enigmática. Llegados a ese punto, sospeché que nadie estaba allí por azar, ni siquiera yo.

Dejé el manuscrito sobre la cama, me calcé y salí en dirección al bar de la azotea.

22

Al caer la noche, la azotea del hotel se había metamorfoseado en un animado bar de copas: mesas dispuestas a un lado, un DJ pinchando los hits del momento y una barra repleta de clientes ansiosos de su próximo trago. Las vistas nocturnas aportaban una atmósfera especial, creando un juego de luces y sombras en contraste con el oscuro cielo madrileño y las iluminaciones del casco antiguo de la ciudad. Avancé entre la multitud danzante, buscando con determinación a la persona que tenía en mente. No tardé en dar con ella, sentada a una mesa al otro extremo, apartada del bullicio, con un copioso cóctel delante. Su silueta encorvada recordaba a la de un ave abatida, intentando sostener con dignidad el peso de la bebida y la noche.

No estaba allí para rescatarla. Mis días de héroe habían quedado atrás, sin grandes proezas, comprendiendo que ya me costaba lidiar con mis propios problemas. Me resultaba sorprendente que Camila Gaztambide, probablemente la más acomodada de los presentes, llevase una vida tan solitaria, pese a las fortunas que la vida le había otorgado. Tenía un conocimiento superficial de su historia, como el que se tiene de una celebridad televisiva. Era joven, no especialmente hermosa, pero sí con un cierto encanto, capaz de hechizar a quien le dedicase tiempo. Lamentablemente, el alcohol había dejado en ella marcas prematuras y una reputación que, sin haberla conocido previamente, no la beneficiaba en ningún aspecto. Como ya he dicho, no estaba allí para salvarla ni juzgarla; al fin y al cabo, nuestros pecados eran bastante similares. Mi objetivo esa noche era otro: encontrar la verdad. Y la experiencia me había demostrado que la intuición es esa brújula interna que nos orienta hacia la verdad, especialmente cuando somos incapaces de discernirla por nosotros mismos.

Afortunadamente, llegué en el preciso momento cuando Camila parecía dispuesta a irse. Me dirigí al camarero que llevaba la bandeja y le indiqué que sirviera dos de lo que ella estuviera tomando antes de acercarme.

—¿Está seguro? Esa chica lleva ya una buena ración de Dry Martinis —me advirtió, señalando su estado evidente de embriaguez.

Me aproximé por detrás y ocupé la silla frente a ella, a pesar del estruendo de la música. Parecía no sorprendida por verme, pues lo deduje por la manera en que sostenía su copa de Martini, aún con la aceituna dentro, sin expresar sorpresa.

—Camila...

—Hola, Gabriel... Te estaba esperando.

—¿A mí? —pregunté, desconcertado. A pesar de todo, su tono era pausado, como si no hubiese bebido nada en toda la noche—. No recuerdo haber quedado contigo...

—¿Dónde está el resto? ¿No van a celebrar que seguimos con vida?

El camarero apareció con los cócteles y noté cómo los ojos de la escritora seguían cada movimiento de las copas.

—¡Por nosotros! —propuse, alzando la mía—. ¿Te encuentras bien?

Ella dio un buen sorbo y sonrió.

—¿Por qué no iba a estarlo? Al menos, sigo en pie, por mucho que cueste...

—Camila...

—Es broma, Gabriel... Ha sido un día complicado para todos. Para algunos, más que para otros —comentó riendo—. En realidad, estaba esperando a que aparecieses.

—¿A qué te refieres?

—Tú ya sabes, y yo sé que tú lo sabes.

Intrigado por su comentario, me incliné para que lo repitiese. En efecto, el pendiente que había encontrado en el paso sirvió de trampolín para justificar mi aparición. Cuando se lo mostré, ella sonrió con gracia, como si hubiera encontrado un tesoro. Justo en ese momento, un tipo con intenciones claras se acercó a Camila, obviando completamente mi presencia. Le susurró algo al oído, provocando su risa.

—Oye, estamos en medio de algo. ¿Te importa?

El individuo, que parecía una caricatura de macarra de discoteca con aires de ludópata, hizo caso omiso y le tendió la mano a mi acompañante. Al ver que ella le correspondía, intentó llevársela a la pista.

Me levanté de inmediato, interponiéndome entre ambos. El tipo retrocedió y se plantó delante de mí, hinchando el pecho como un pavo, en un claro intento de intimidación.

—Se está aburriendo contigo, payaso... Porque eso es lo que eres, un insulso payaso.

—Además de maleducado y torpe, pareces sordo, algo que no me extraña... Tienes el paquete completo.

El pecho del sujeto se hinchó aún más, recordándome a un globo a punto de estallar. De inmediato, sentí cómo la adrenalina recorría mi cuerpo, ese impulso primigenio ante situaciones de peligro. Sin embargo, lo que menos me preocupaba era un enfrentamiento directo; mi vista ya había identificado una vía de escape por si las cosas se torcían. Con el tiempo había aprendido que, aunque la violencia rara vez era la respuesta, si había que recurrir a ella, mejor ser el primero en actuar. Las segundas partes rara vez son favorables.

—¿Por qué no te largas, antes de que tu noche empeore? —me desafió mientras notaba cómo otras figuras comenzaban a rodearle. En ese instante, comprendí que debía modificar mi aproximación si quería salir ileso. De reojo, percibí la risa de Camila, que añadía confusión al escenario.

Todo parecía una provocación.

—¿No la escuchas? —le dije, apuntando hacia ella con una expresión de incredulidad. Me miró desconcertado y luego posó su vista en la mujer. Ella, con su copa en mano, se divertía ante la situación. No me sorprendió. Sospeché que probablemente estuviese acostumbrada a estos juegos mentales con hombres que buscaban aprovecharse de su situación.

—¿El qué? —preguntó, visiblemente inquieto.

—Se está mofando de ti. En tu cara.

Cuando él la miró, ella soltó una carcajada aún más sonora, hasta el punto de que, al tambalearse, derramó su bebida sobre su camisa.

—¡Ten cuidado, maldita sea! —gritó, tratando de apartarla con brusquedad. Aunque ella pretendió mostrarse apenada, estaba claro que solo estaba fingiendo y no pensaba entrar en su juego. El tipo y su grupo, murmurando quejas, nos dejaron en paz, devolviéndonos la tranquilidad del momento.

A pesar de las apariencias, percibí que Camila estaba más lúcida que muchos de los presentes que apenas habían tocado el alcohol. Quizá fuera su coraza, o una habilidad forjada entre copas y estoicismo; lo cierto es que estaba plenamente consciente de su entorno, lo que la hacía aún más impredecible.

—¿Lo estás pasando bien, Camila? —le pregunté, molesto y todavía alterado por el reciente altercado, mientras daba un trago a mi bebida, para calmarme. La luz de la terraza hizo centellear sus ojos claros y por un instante pude advertir en ellos su verdadero yo: atenta, observadora, la misma mirada que la definía como la escritora que era.

—Ahora sí que me divierto, Gabriel... ¿Por dónde íbamos?

Tal y como parecía que estaba dispuesta a hablar, esta vez, me aseguré de que no habría más interrupciones.

23

Camila Gaztambide ostentaba en sus ojos el brillo de quien, pese a haber rozado el desencanto, aún sostenía un delicado resquicio de esperanza. Intuía que había algo detrás de su mirada, algo que aún no alcanzaba a entender. Pero debía descubrirlo rápido, antes de que la situación nos superase. Decidí dejar atrás el altercado anterior, simplemente un juego para captar mi interés, y choqué mi copa con la suya, en un gesto de entendimiento.

—Estamos de acuerdo en que Blanca no se suicidó —afirmó, sin desviar su mirada de mí.

—¿Tan segura estás?

—Venga, Gabriel... ¿Puedo hablarte en confianza? ¿O debería mantener la distancia?

—Por supuesto. ¿Conocías a Blanca Desastres?

Con un leve gesto afirmativo, me sorprendió por segunda vez.

—Blanca, mi querida Blanca... No diría que éramos íntimas, puesto que pocos pueden reclamar ese título con ella. Pero sí compartíamos un buen vínculo.

—Entonces, no era la primera ocasión que os cruzabais en persona.

—¡Para nada! —exclamó, con fervor, antes de beber—. Blanca era un nombre destacado en la escena literaria madrileña. Había estado presente por ahí desde hace años. Lo sé, porque yo también hacía lo mismo. Al parecer, guardaba una historia, una bastante significativa, pero nadie parecía prestarle atención...

—Excepto tú.

—Tienes buen ojo —me dijo, esbozando una sonrisa. Sin percatarme, su copa estaba ya casi vacía—. Se esforzó muchísimo en ese libro, puso el alma en que fuese publicado... Pero era esquiva al hablar de él. Aseguraba que era el relato de su vida.

—Como todos, supongo. ¿Acaso no es cada libro, la misma historia del autor, una y otra vez?

—Eso parece... —contestó, haciendo un ademán hacia su copa vacía. Con un leve arqueo de ceja, capté el mensaje y solicité otro Martini seco para ella. Me pareció evidente que estaba al tanto de más de lo que había imaginado inicialmente, pero también que no compartiría esa información sin algo a cambio por mi parte.

—¿Alguna vez te comentó si padecía algún tipo de problema emocional?

—No exactamente, pero no lo descartaría. Estos últimos años, su vida dio varios giros inesperados. No todas sus apuestas salieron como esperaba.

—Concreta un poco, si no te importa —le pedí cuando la copa llegó a la mesa. La observó con anhelo, esperó a que el camarero se retirara y se la llevó a los labios, dando un sorbo que pareció devolverle parte de su energía—. Estoy teniendo dificultades para seguirte...

Mi alusión a su relación con la bebida no le sentó bien, pero eligió pasar por alto el comentario y dio un par de sorbos más.

—Blanca era complicada —comentó de manera abrupta y con la mirada encendida—. Hizo lo imposible por lograr el reconocimiento en el mundo editorial. Probó todos los medios, incluso los más cuestionables, pero siempre encontraba un obstáculo o alguien dispuesto a sacar provecho de ella. Además, era una mujer con la que resultaba complicado tratar. Tenía un ego enorme y daba la sensación de estar atrapada en sus propios recuerdos. Aún no comprendo cómo llegó tan lejos...

—¿Algo, en concreto? ¿A qué te refieres?

Jugó con el borde de la copa, acariciándolo distraídamente.

—Vamos, Gabriel. ¿De verdad estás tan desinformado? Supongo que lo haces para que siga hablando...

—Tengo suficiente con mis propios asuntos.

—Ah, claro. Un mundo masculino, por eso pasas por alto lo obvio.

—No te haré dos veces la misma pregunta.

—Esperaba que fueras más perspicaz. No me hagas reconsiderar la idea que tengo sobre ti.

Estaba sorprendido por su arrogancia y su actitud volátil hacia Blanca. Era como si oscilara entre dos polos opuestos y no sabía si era a causa del alcohol o su carácter enigmático. Cada vez dudaba más de la teoría del suicidio. Personas como Blanca no se daban por vencidas fácilmente y empecé a pensar que alguien había aprovechado su situación para encubrir un crimen, tal y como insinuó Tocinos en un principio.

—Camila, ¿piensas que alguien tenía motivos para hacerle daño esta noche?

—¿Qué tiene de especial esta noche respecto a las demás? Para mí, todas son igual de horribles.

—El premio. Que alguien no quisiera que fuera para ella.

Una chispa de entendimiento brilló en sus ojos, y su boca se curvó en una media sonrisa.

—Espera, ¿era ella la ganadora?

—Solo es una suposición. No saques conclusiones precipitadas.

—Lo sabía.

—Solo estoy barajando posibilidades.

—Y porque ella fuera la ganadora, ahora sospechas que alguno de nosotros haya podido hacer tal atrocidad, ¿me equivoco?

—Bueno, tras conocer a algunos... quizá sí. No descarto.

—Vaya, esto se vuelve intrigante. ¿Estoy entre los sospechosos? Eso sí que sería interesante.

—¡Espera! No es lo que supones. Simplemente, divago, ya sabes. Estoy intentando hallar un sentido a todo esto. Y admito que este grupo es de lo más peculiar... Pero recuerda que deberíamos estar en el Ateneo, festejando, disfrutando de la música...

—Hablar sin pensar puede llevarte a errores, Caballero... Valora el silencio, aprende a encontrarle sentido, a sentirte cómodo en él. El silencio es la pausa entre dos melodías...

—Quizá deba pedir un poco de agua para los dos. Te veo algo afectada por el alcohol...

—Si Blanca iba a ser la galardonada, no me extraña que las cosas hayan acabado así. Quizá alguien del jurado habló más de la cuenta.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Tú no eres parte del jurado.

Me guardé la respuesta y proseguí.

—Por lo que me ha dicho Tocinos, solo la familia Arriaza sabe quién es el ganador. El veredicto está en un sobre cerrado que solo se abre en la ceremonia.

—¿Has visto el sobre?

—No. Ni siquiera sé si es cierto o una leyenda.

—Entonces, quizá alguien haya esparcido el rumor deliberadamente...

Esa reflexión encendió una chispa en mi mente, un ángulo que no había considerado antes. Lamentablemente, la charla empezó a desvanecerse por la falta de temas y un evidente agotamiento entre ambos. Tras bostezar, Camila reconoció que no podía seguir así y necesitaba descansar. Se levantó con cierta dificultad y noté un ligero tambaleo en su andar.

—Creo que debería retirarme. Una ducha me vendría bien y necesito descansar. Ha sido un día largo y empieza a dolerme la cabeza. ¿Quién sabe? Quizá me he pasado con la bebida...

—Eso parece.

—Eras tú, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—El hombre del que solía hablar.

—Camila, hace años que no veía a Blanca...

Ella me miró fijamente durante un instante eterno. Fue entonces cuando noté uno de sus pequeños pendientes con forma de perla y percibí que le faltaba el otro. Coincidía con el que había hallado en el pasillo, de camino al ascensor y recordé su reacción al verlo en mi mano, antes de que nos interrumpiera ese individuo.

—Camila...

—Buenas noches, Caballero... Eres un encanto. Gracias por la copa.

Al marcharse, Camila añadió en voz baja: «Las sombras no mienten, solo ocultan verdades a plena luz».

Esas palabras me dejaron helado. No solo por su contenido enigmático, sino porque las había leído antes. Esa misma frase aparecía en el discurso que Blanca no había tenido la oportunidad de leer.

¿Cómo podía Camila conocer esa frase, específicamente? La intriga se intensificaba. La relación entre Blanca y Camila parecía ser más compleja y enigmática de lo que inicialmente había supuesto. Y mientras Camila se perdía de vista, una sospecha se afianzaba en mi mente: no solamente había más en esa historia de lo que parecía, sino que Camila Gaztambide estaba en el centro de todo. La trama comenzaba a complicarse.

24

Sus últimas palabras despertaron un interés que me obligó a seguirla. Esperé unos segundos hasta que se olvidó de mí y entonces seguí sus pasos, para comprobar dónde se dirigía. Camila entró sola en el ascensor y este comenzó a descender. La única manera de averiguar su destino era siguiéndola por las escaleras. Algo me decía que me estaba mintiendo y que nuestra conversación había levantado alguna clase de ampolla, algo que ninguno de los dos esperaba. ¿Qué escondía la misteriosa señora Gaztambide?, me cuestioné, pensando en aquellos movimientos toscos, propios de un maniquí roto y no de una persona. Me prometí que no pararía hasta descubrirlo. Descendí por las escaleras y alcancé la planta inferior, antes de que el ascensor llegara. Me asomé al pasillo y comprobé que no había nadie esperando. El marcador electrónico del elevador no se detuvo y continuó su descenso. Ocurrió lo mismo en las plantas siguientes, pero cada vez me costaba más seguirle el ritmo a la maquinaria. Cuando llegamos a la tercera, que era donde habían encontrado a Blanca, el ascensor no se detuvo. Fue un detalle que me confundió, pero continué con mi misión, preguntándome si Camila se habría quedado dormida en el interior del cubículo. Bajé a toda prisa, me asomé en cada planta, y el elevador no hacía más que bajar y bajar, hasta que alcanzó la planta principal de la entrada del hotel. Asfixiado por tanto movimiento, llegué con dificultad a las escaleras que llevaban al vestíbulo, cuando vi que las puertas se abrieron y un grupo de personas salía del interior, con aspecto de proceder de la azotea.

—¿Qué? No puede ser... —murmuré, dando largas respiraciones, mientras observaba al grupo de individuos y comprobaba que Gaztambide no se encontraba entre ellos—. ¿Cómo es posible?

—¡Gabriel! —exclamó Rosario desde la entrada, cuando me vio aparecer—. ¿Gabriel?

De la llamada a la pregunta, había todo un abanico de pensamientos y reproches que podía notar con sólo oír su voz.

—Rosario...

—¡Gabriel! —exclamó, esta vez, manifestando su enfado—. Me has dicho que estabas cansado...

—Lo estaba, pero me he recuperado. El caso es que he dado con algo que podría tumbar la teoría de la policía y dar sentido a la hipótesis de Tocinos...

—¡Oh, no! ¿Otra vez con eso? No sé por qué, pero no me sorprende.

—He estado hablando con esa mujer. Camila Gaztambide.

—La beoda. No me sorprende que la prefieras a ella. Tenéis más de un cóctel en común.

—¿Vas a escuchar lo que tengo que decir?

—No, hasta que me expliques qué le ha pasado a tu ropa.

En ese instante, me acordé del enfrentamiento con el idiota de la terraza y de las horas que llevaba deambulando por el hotel. No tenía tiempo ni ganas para darle una actualización.

—Es una larga historia. —Me acerqué a ella y por encima de su hombro vi el reflejo de una sombra que pasaba por el otro lado de la cristalera—. Un momento... ¿Ese es Lampedusa?

Pero Rosario no me quitaba el ojo de encima.

—Si es uno de tus trucos para desviar la atención, que sepas que me siento ofendida por haber rechazado mi invitación... Es más fácil decirme que mis planes no están a tu altura, que mis amigos no son lo suficientemente interesantes como para juntarte con ellos, aunque, visto el aspecto que tienes, te diría que no me importa el hecho de haber ido sola... En el fondo, será cierto que eres un buscador de problemas profesional...

La aparté a un lado y me fijé en la sombra alta y oscura que se dirigía al bar que había en la esquina. Lampedusa iba detrás de algo o de alguien, por su manera rápida de moverse, algo inusual en él, después de haberlo conocido ese día.

—¿Me estás haciendo caso?

—No. Tengo un sexto sentido para ignorar las estupideces.

—Todavía no sé cómo te aguanto, muchacho.

—Ven conmigo —le dije—. Sabía que ese tipo ocultaba algo...

Rosario me siguió, intrigada por saber qué había descubierto. Lampedusa se detuvo ante la puerta de un bar hawaiano llamado «Mauna Loa», que lucía un cartel de tubos de neón de colores, que iluminaba la fachada. En la puerta había dos tipos de aspecto asiático, con camisas floreadas de Hawái, que parecían ser quienes regentaban el local. Lampedusa los superaba en altura y complexión. De quererlo, los podía chafar con el puño como a dos latas de refresco. Sin embargo, se mostraba tranquilo ante ellos y no cesaba en señalar el interior del local. Aunque no podía oír lo que decía, parecía ir detrás de alguien que había entrado en el establecimiento, y les preguntaba por esa persona. Los hawaianos se encogían de hombros e intentaban ofrecerle una entrada para que accediera y consumiera, pero este se negaba. Tras unos segundos de conversación, en los que Lampedusa hacía aspavientos al hablar, los dos hombres de la puerta lograron convencerlo para que entrara al local. La figura del escritor desapareció tras el oscuro portón de metal.

—Tenemos que seguirlo.

Ella miró a los tubos de colores que brillaban sobre la puerta, en la esquina de la plaza, y a los dos tipos que custodiaban la entrada al local, que ahora entraban al interior.

—¿Qué? Ni hablar, Gabriel. No pienso entrar en ese antro...

—No me lo puedo creer. ¿Qué ha quedado de Rosario García, la reportera andaluza que conocí en Sevilla?

Ella suspiró y se infló como un pavo real. Ponerla a prueba era la llave que accionaba su motor.

—A veces, preferiría no haberte conocido.

—En el fondo, sé que no hablas en serio.

—Algún día lo haré y entonces te darás cuenta.

Sonreí y juntos caminamos hacia la puerta del local. Pronto averiguaríamos a quién o qué buscaba allí Lampedusa, con tanto interés.

25

En la entrada nos recibieron los dos amables empleados que habíamos visto minutos antes en la calle. No entendí de qué iba ese lugar, si era un local de copas normal o algo más sórdido, pues allí no había más que los tipos que custodiaban el aforo, una pecera, decoración tiki y unas escaleras opacas que bajaban a lo que parecía el inframundo.

—Buscamos al hombre que acaba de entrar, tenía el pelo largo...

—Mesa para dos personas —me cortó, con un acento marcado y una sonrisa interesada.

—Pero...

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Rosario, observando dos loros coloridos que decían palabras en español y silbaban—. Esos pájaros me dan mal augurio...

«Hola, guapa. ¿Me das un besito?», dijo uno de los exóticos pájaros, moviéndose sobre un palo.

—No, no creo que lo sea, pero las mejores historias nunca parten de una buena idea.

—Tú verás...

—El hombre del pelo oscuro. Mesa para dos personas, abajo. No hay problema.

Rosario me dio con el codo en la espalda para que no le discutiera y no me quedó más opción que ceder.

La música nos llegaba del subsuelo y el ruido de las conversaciones emergía por las escaleras, llamando mi interés. Aceptamos la mesa que nos había sugerido, visto que no había otra opción de hacerlo y recibimos sendos collares de plástico, como si estuviéramos en una ceremonia. Uno de los empleados nos guio por las estrechas escaleras y pronto sentimos el calor que emanaba de los bajos. Todo era de madera y con una aparente estética de volcán, como si estuviéramos entre las paredes de este. Al bajar a la primera planta, vislumbramos a varios grupos de gente, repartidos por una pequeña sala, separados por bancos de piedra y sentados frente a mesas de caña en la que había miniaturas de cráteres que echaban humo. Los clientes se acercaban a estos y bebían a través de sus pajitas. Por el aspecto de la gente, aquel no parecía un sitio peligroso, al menos, en la primera altura.

—Más abajo —dijo el encargado, continuando por las escaleras. Seguimos bajando los peldaños, expectantes por lo que encontraríamos abajo, hasta que llegamos al segundo subnivel. Allí la escena era diferente. A pesar de tener el mismo aspecto que la sala anterior, la clientela parecía más embriagada, aunque nadie parecía estar a la altura de Gaztambide. Para más inri, un enorme grupo de fanáticos del metal escandinavo, vestidos de negro y con las caras pintadas de blanco, bebían y hacían ruido, dándole un toque más siniestro al asunto.

—Una planta más abajo —nos indicó, señalando con el dedo un último nivel de penumbra por el que apenas se veía claridad. Me sorprendió la profundidad de aquel agujero, pero no podía dejar de pensar en cómo saldríamos de allí en caso de que tuviéramos un problema. A medida que bajaba las escaleras, oí dos voces que me resultaron familiares.

—*¡Bastardo! ¡Bastardo, bastardo y bastardo!*

Entonces, reconocí a uno de ellos por su aspecto de chulo, engominado, y después vi a Lampedusa, que no pasaba desapercibido en aquel lugar con su aspecto vampírico. El encargado nos señaló una mesa que se encontraba al principio de la sala. Nuestra presencia no llamó la atención de los escritores, que estaban inmersos en una acalorada disputa, a pesar de estar molestando a las otras mesas.

—¿Qué crees que está pasando entre esos dos? —preguntó Rosario, dando un vistazo a la carta—. Oh, no. No seré capaz de emborracharme con uno de esos cócteles...

—Es probable que tengan una conversación de besugos.

—¿Crees que discuten por el premio?

Intenté afinar mi oído para enterarme de lo que decían:

—*¿Y de un viejo como tú? Le comiste el coco, solo para...*

—*¡Cierra la maldita boca, perdedor! La obligaste a escribir ese maldito libro. Todo lo que dice en él es mentira.*

—*¿Ahora te arrepientes de que aireara la verdad? Tu único interés en esta industria es acostarte con cada una de las...*

—*Termina la frase y te partiré los dientes, energúmeno.*

—*A ti lo que te duele es que lo vuestro terminara así.*

—*Por lo menos, lo nuestro terminó. A ti solo te utilizó. Si supieras cómo me hablaba de ti...*

De repente, una presencia se acercó.

—¿Han decidido qué van a tomar? —nos preguntó el hombre de la camisa colorida que nos había guiado hasta allí.

—¿Nos puede dar un momento?

—Tienen que consumir o de lo contrario...

La presencia del individuo me estaba desconectando de la conversación.

—Tan sólo un minuto más...

—Consumir o calle.

En ese momento, se oyó un gran golpe que desvió nuestra atención.

Lampedusa se levantó del banco y le propinó un puñetazo en toda la cara a Armando Gresco. El famoso autor de novela negra salió despedido por el banco y alcanzó al grupo de la contigua. La cuadrilla, formada por dos hombres y dos mujeres, se miraron ofendidos.

—¡Mira lo que has hecho, imbécil!

—Oh, no. Seguridad... Policía, no... —murmuró el hawaiano, antes de desaparecer por las escaleras. De pronto, uno de los afectados, que parecía ir bien cargado de alcohol, se aproximó a Armando Gresco para rebatirle. El local era lo suficientemente pequeño como para que ocurriera una desgracia. Me adelanté para separarlos y evitar el conflicto, a pesar de que pudiera salir perjudicado de la situación.

—Será mejor que lo dejemos aquí, ha sido un malentendido...

—¡Tú! ¿Qué diablos haces aquí? —me preguntó Armando Gresco, aún aturdido por la caída.

Antes de que me diera cuenta, el segundo varón de la otra mesa me provocó, en busca de pelea. En ese instante, no lo pensé dos veces y le devolví el empujón con fuerza, evitando que me alcanzara su mano.

—¿Pero de qué vas, montón de huesos?

—Ya me has oído —le repetí—. Seguid con lo vuestro.

—¡Que te crees tú eso! Pagadnos lo que habéis tirado y una ronda más.

—Además de tonto, también eres sordo... —le dijo Rosario, provocando su rabia.

—¿Por qué no te callas, estúpida?

No sé de quién fue el error, de aquel cretino por llamarla así, o mío por reaccionar de esa manera, pero era algo superior a mis fuerzas. Antes de que terminara de pronunciar la última sílaba, eché el brazo hacia atrás, como el percutor de una pistola y le solté un puño de lleno en la nariz, que lo mandó al suelo. El tipo cerró los ojos y luego cayó aturdido sobre una silla de caña que se partió bajo el peso de su cuerpo.

—¡Bravo! —exclamó con sorna Armando Gresco—. Quizá tu talento esté en el boxeo y no en la escritura.

El primero que se había molestado, respondió agarrando a Armando Gresco de la cabeza, y la presencia de Lampedusa se impuso como una gárgola que cobraba vida, repartiendo estopa con sus enormes manos. Los cócteles volaron. A diferencia de lo esperado, las mujeres reaccionaron también con violencia y una de ellas me sacudió con fuerza, empleando su bolso. El golpe me dio de lleno en la cara, dejándome confundido durante un segundo y haciéndome caer sobre otra de las mesas que había atrás. Uno se pregunta a menudo qué llevan las mujeres en los bolsos, pero un día me sorprenderé al saber la verdad. Me disculpé ante las personas de la mesa en la que había caído y, aunque no me golpearon, se inquietaron por lo que estaba ocurriendo allí dentro. Luego, vi otro bolso en el aire, como la honda de David contra Goliat. El latigazo sacudió a mi contrincante, que cayó hacia atrás sobre su amiga. Miré a un lado y vi a Rosario, sujetando con fuerza su neceser de cuero y acercándose a mí.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo... —respondí, tocándome el rostro para aliviar el escozor que me recorría toda la cara—. Gracias, pero no vuelvas a meterte con la sordera de la gente...

—¿A qué viene eso ahora? Has sido tú quien lo ha empezado.

—He comprobado que no es una buena idea... ¡Cuidado!

Abracé a la andaluza y la eché a un lado para protegerla, al ver cómo una botella de cerveza volaba sobre nuestras cabezas y se estrellaba en la pared, convirtiéndose en decenas de cristales afilados. A escasos metros de nosotros, los escritores se batían entre tortazo limpio y llaves paralizadoras, mientras que los demás clientes salían despavoridos por las escaleras.

—Esto no va a acabar bien. —Miré hacia las escaleras, con intención de marcharnos, cuando sentí el peso de una caballería pesada que corría hacia abajo—. Mierda...

En cuestión de segundos, dos grupos de policías armados hasta los dientes irrumpieron en el pequeño local, repartiendo empujones y porrazos como si fueran folletos de publicidad. Entre la más absoluta confusión, el ruido y la música cesaron y los agentes nos tenían a todos detenidos, a la espera de una declaración. Una vez más, Rosario tenía razón. Tal vez, ir hasta allá abajo, no hubiese sido la mejor de las ideas.

26

Pasadas dos horas, los rostros de los presentes eran el reflejo de una noche larga y llena de anécdotas que perdurarían en el tiempo. A excepción del dueño del local, ninguno de los participantes en la gresca quiso denunciar lo que había sucedido. Aunque nadie estaba dispuesto a tomar la iniciativa, reconozco que la llamada a Arturo Tocinos nos salvó de un gran apuro. Fue larga y tediosa la conversación con los policías, hasta que el organizador resolvió la situación, ya fuera con influencia o poder, pero logró que nos dejaran en libertad a las puertas del hotel. Gresco y Lampedusa no mostraban un ápice de arrepentimiento sobre lo ocurrido. Tenían las caras hinchadas a causa de los golpes y la mezcla de alcohol y cansancio comenzaba a hacer huella en su compostura. Pese a todo, el orgullo los devoraba por dentro. El grandullón, a pesar de haber salido del local con la chaqueta de cuero en la mano, no parecía mostrar signos de frío, y lo achaqué a la ingesta de alcohol que llevaba encima, pero pensé que a la vez disimulaba con maestría. Sin muestras de agradecimiento o gestos de amabilidad y reconciliación, los dos escritores marcharon a sus habitaciones, tomando caminos separados y sin dirigirse la palabra. Cuando Rosario y yo decidimos despedirnos y regresar a la habitación, Arturo Tocinos nos asaltó, cruzándose en nuestro rumbo.

—¡Estúpidos letraheridos con aires de estrellas del rock! ¡Esto les costará lo suyo! ¡Pienso enviarles la factura de los gastos!

—Nosotros, mejor nos vamos a dormir, Tocinos...

—Un momento, parejita... No tan rápido.

—¿En serio? —le pregunté, irritado, señalando al reloj imaginario que colgaba de mi muñeca —. Hemos tenido suficiente por hoy.

—Debería demostrar un poco de empatía, Caballero.

—No quiero ser grosero y agradezco lo que ha hecho por nosotros, pero son casi las tres de la madrugada y creo que merecemos un descanso... A partir de cierta hora, sólo se toman decisiones erróneas.

—Tendrá todo el tiempo del mundo para dormir...

Tocinos afiló su mirada y guardó un largo silencio.

—¿Pretende decirme algo?

—Sí. Dormirá cuando esto se haya resuelto —dijo y carraspeó, mirándonos con cierta reticencia—. El dueño del bar ha confesado que han empezado ustedes la bronca... Pienso cargárselo en la cuenta.

—Sólo hemos intentado evitar el desastre —añadió Rosario, sonando poco creíble a oídos del organizador—. De no ser por nosotros, hoy habría perdido a más de un escritor.

—¿Creen que me hubiese importado?

—En absoluto. Por Dios... ¡Qué estúpidos somos al pensar que sí!

—No se pase ni un pelo de listo, Caballero —me dijo, desdeñoso, y se acercó a mí para que Rosario no lo oyera—. ¿Ha averiguado algo nuevo?

Dado el infantil rol de policía bueno y malo que Tocinos había optado por sorpresa, Rosario entendió que deseaba hablar en privado, por lo que se dirigió caminando hacia el hotel y nos dejó atrás. Sentía que aún estaba molesta por algo, aunque no lo relacionaba conmigo. Me giré hacia mi acompañante y comprobé que aún estaba esperando mi respuesta.

—Nada importante... todavía.

—¿Ha montado todo este numerito para nada? Venga, hombre... Le había tomado por un periodista serio... Pero ya veo que no lo es.

Resoplé, cansado y harto de tanto desprecio. Estaba siendo un día interminable para todos.

—Se lo contaré mañana durante el desayuno. No todo ha sido en balde, pero necesito asimilar todo lo que está ocurriendo.

—No sea así y deme un adelanto.

—¿Recuerda la historia del manuscrito de Blanca?

—La verdad ofende. Procuro olvidarme de aquello de no tiene valor.

—Pues he descubierto unos pasajes que podrían hacer referencia a Lampedusa y Gresco. ¿Por qué no me contó que estuvieron liados?

—¡Ah, eso! Pensé que lo sabía.

—¿Debería?

—Daba por hecho que había leído el libro. Si no, ¿cómo iba a escribir un comentario al respecto? Sería una infamia por su parte.

—Está en lo cierto. Le estaba poniendo a prueba.

—No se ponga celoso ahora, ¿quiere? Tenemos mucho trabajo por hacer —me dijo y me agarró por el hombro. Luego bajó el tono de voz—. Sé que estoy en lo cierto, que uno de esos cretinos discutió con Blanca en su habitación y después la mató. Ahora, usted también piensa en esa posibilidad.

Sus ojos se movían como bolas de billar tras los cristales de las gafas. Todos los movimientos de aquel hombre eran de lo más extravagantes.

—En este momento, pienso en muchas cosas.

—Blanca era conocida en los círculos literarios de Madrid.

—Al parecer, usted ha reunido al círculo más cercano de Blanca.

—Ya empieza a sacar las cosas de contexto y a ver señales donde no las hay.

—Habríamos ahorrado algo de tiempo si me hubiera contado que era conocida también de Gaztambide.

—¿Ve? Lo ha vuelto a hacer. Lo único que intenta es encontrar el camino más corto, el más fácil. La mente lo traicionará si se pone en manos de ella.

—Lo único que pretendo es averiguar qué ha sucedido y por qué murió Blanca.

—Entonces, hágalo. ¿De quién sospecha?

—No tengo pruebas. Podría sospechar incluso de usted.

—¿De mí? No me haga reír. No le haré famoso para que luego difame sobre mi persona.

—No lo sé, Arturo. Presiento que Camila Gaztambide sabe más de lo que imaginamos... A pesar de su imagen de mosquita muerta, es más lista de lo que algunos creen.

—Seguro que tiene una manera de argumentar lo que dice.

Vacilé antes de mencionarle las frases que había mencionado antes de marcharse.

—La tendré.

—Entiendo. Ya ha conocido a la marquesita.

—¿Marquesita?

—Es una forma de hablar, Caballero —dijo y rio—. Lo cierto es que la pobre no es marquesa, ni por asomo, pero es pariente directa de Joaquín Gaztambide, el compositor de zarzuelas...

—No tenía ni ideea.

—Por supuesto. Los del Levante solamente piensan en arroces y en...

—Vayamos al grano, o a dormir, Tocinos.

—Únicamente le advierto que, de Camila, se crea la mitad, y la mitad de lo que se crea, ya me entiende...

—¿Por qué debería hacerle caso?

—Ya se dará cuenta. Con ella, nunca se sabe cuándo está presente.

—Quien quiera creer, mentiras con él... —apostillé, agotado. Las hordas de personas que anunciaban la primera retirada de la noche, subían por la calle Huertas hacia la plaza de Jacinto Benavente.

—Más o menos. Simplemente, recuerde lo que le he dicho y no se fíe de cualquiera. Este es un círculo muy pequeño.

Las palabras de Tocinos me llevaron a otros hilos que flotaban en mi cabeza, uniendo los puntos que había dejado atrás. Recordé la conversación entre Armando Gresco y Lampedusa, discutiendo por ella, y comencé a sacar mis primeras conclusiones. Tras leer los pasajes del manuscrito y lo que había sintetizado de la discusión, era más que probable que los dos hubieran tenido una relación sentimental profunda con Blanca. Los sentimientos aún eran palpables. Después pensé en Claudia Desplantes, quien había desaparecido por completo desde la cena y quien tampoco aparecía en el libro por ninguna parte. Pensar en ella, me llevó hasta la conversación en el tren y sus ansias por ganar el premio. Aunque no hacía falta ser una lumbrera para adivinarlo, era evidente que su relación con Gresco había terminado fatal, y me cuestioné si Blanca habría tenido algo que ver en la ruptura. Después pensé en Camila, en todo lo que sabía, lo mucho que la conocía, aunque dijera lo contrario, y en sus desconocidas, aunque desconcertantes, intenciones.

—Conozco esa mirada y sé lo que está urdiendo en su cabeza, Caballero.

—Un plan para darle esquinazo y poder irme a dormir. Usted conocía a Blanca, ¿verdad? Mantenía una buena relación con ella.

—Así es. Fui quien insistió en que se presentara al certamen... y también para anunciarle que había sido seleccionada como finalista.

—Ella confiaba en usted.

—Podríamos decir que sí.

—¿Alguna vez le habló de sus problemas con los tranquilizantes?

—Todos tememos por nuestra existencia, de algún modo u otro. La clave sería preguntarse si Blanca temía ganar este premio, por la reacción de sus compañeros o por el miedo a no ser capaz de hacer frente a todo lo que se le hubiera venido encima.

—Lo que había deseado siempre, se había convertido en su mayor miedo.

—Me temo que sí.

Los detalles de la escena del crimen no eran suficientes. La policía seguía trabajando en recabar pruebas y sacar conclusiones sobre la muerte de Blanca, pero no podíamos esperar a un comunicado oficial, ni pretender que el inspector Berlanga y su cuadrilla nos echarían una mano en esto. Por desgracia, lo más preocupante era la falta de tiempo que teníamos por delante. Las prisas nunca son buenas consejeras y pueden obligarnos a tomar decisiones precipitadas, que nos lleven al más fatídico desenlace. No quería ser yo quien pagara con las consecuencias, no sin una teoría sólida.

—No podemos apresurarnos en señalar a un culpable. Todo lo que dice son conjeturas que ni siquiera puedo contrastar.

—Hable con ellos, en privado.

—No piense que son personas fáciles.

—Lo sé. Los artistas no lo son. Usted lo sabe bien, así que trátelos como se trataría a sí mismo.

—En ese caso, sería muy violento.

—Usted sabrá.

—Necesitamos más pruebas.

—Y tiempo, Caballero, no lo olvide, pero no lo tendremos... El reloj hace tic-tac, igual que el final de su carrera... o el principio de su brillante futuro.

—¿Y si nos equivocamos? Las consecuencias serían devastadoras, para mí, para usted y para el premio...

—Devastador sería entregarle un premio manchado de sangre a un posible criminal. Medítelo con la almohada y entenderá lo que digo.

27

Me despedí de Tocinos hasta el día siguiente, lleno de preguntas sin respuesta. El tiempo, implacable, parecía esfumarse. Tocinos pensaba que solo me preocupaba mi carrera, pero estaba muy equivocado. Conociendo más sobre esos escritores, sospechaba que todos podrían haber perjudicado a Blanca. ¿Pero quién sería? No dejaba de preguntármelo, intrigado también por el motivo de Tocinos para reunirlos en la final del certamen. ¿Era su talento real o escondía algo más? No podía revelar si Blanca había ganado; el contenido del sobre seguía siendo un secreto.

Al entrar en el hotel, avisté la chaqueta de cuero de Lampedusa sobre el mostrador y sospeché que alguien la habría encontrado, tirada por el suelo. No me sorprendió que el escritor la perdiera y continué mi camino hacia la habitación. Subí a la segunda planta esperando encontrar a Rosario. Había sido un día agotador, peor que una pesadilla de la que no puedes escapar. Lo que empezó como un extraño fin de semana se transformaba en un drama. Aún debía resolver lo que sucedía entre la andaluza y yo. Al abrir la puerta, lo primero que vi fueron sus pies asomando por la cama. Allí estaba, tumbada, vestida y durmiendo plácidamente.

—¿Rosario? —pregunté en voz baja, deseando que no estuviera en un sueño profundo. Pero un suave ronquido me indicó que sí lo estaba. «Si algo bueno va a suceder esta noche, no será aquí», pensé. Me quité la americana y los zapatos en silencio y me acosté a su lado, observando el manuscrito en la mesilla.

—"Bastardo" —murmuré, tomando el libro para examinarlo. Tras lo escuchado en el bar y el interés de Tocinos por el suicidio, comprendí que Blanca era un caleidoscopio en nuestras vidas. A pesar del cansancio, la curiosidad me impulsó a hojear las páginas, aunque sin detenerme en los detalles. Los primeros capítulos, sobre una joven llamada Beatriz, reflejaban a Blanca en sus inicios periodísticos. Luego la historia cambió, presentando a un mentor, Gerardo, similar a mí en aquellos tiempos.

—¿No lo entiendes? —dijo Gerardo, mirándola fijamente—. Tienes un grave problema.

—No, el problema lo tienes tú —respondió Beatriz—. Esta es mi historia y la escribiré sin que tú ni nadie me lo impida.

La novela parecía una ventana al pasado, resonando cada palabra que nos dijimos. La relación entre los personajes evolucionó a una mezcla de mentoría y romance, donde el periodista aprovechaba para traicionar a Beatriz en su búsqueda de exclusivas. Su lectura me sumergió en reflexiones y la fuerza de la curiosidad me mantuvo atrapado en sus páginas.

—¿A quién intentas engañar? No lo haces por dinero —replicó Gerardo—. Tú no lo necesitas.

—¿Tú qué sabrás lo que necesito?

—Porque te conozco. Y sé que existe algo más... Tal vez hayas querido darme una lección, ¿me equivoco?

—Ese es tu problema —reprochó—. Te crees ser el ombligo del mundo, que todo lo que sucede a tu alrededor está relacionado contigo, que eres mejor que nadie...

—¿Y no es así? —le preguntó Gerardo, tentándola a contarle la verdad.

—¡Por supuesto que no! —gritó ella desquiciada—. ¿No lo has visto? ¿No te ha quedado claro? Cualquiera puede hacerse pasar por ti, cualquiera puede imitarte. ¿Y sabes qué significa eso? Que tu firma vale lo mismo que la de un becario. Eres un mediocre, Gerardo... Basta ya de engañar a todo el mundo...

«¡Diablos!», pensé al leer aquello. Aquel fragmento resonaba en mi cabeza como un eco de la realidad, recordando nuestro último encuentro. Blanca Desastres había intentado difamarme, usurpando mi identidad en artículos falsos. Aún quedaba un grueso de páginas por delante, haciéndome ver lo absurdo de creer que el libro giraba en torno a mí. La vida de Blanca, o Beatriz en esta ficción, continuaba, avivando mi interés.

En un momento de lucidez, reflexioné sobre lo irónico de la situación: intentando descifrar un mensaje, quizás inexistente, de alguien que se había esforzado en destruirme, finalizando nuestra relación con una traición. Era como darle otra ocasión al diablo. Pero sabía que no lo hacía solo por Blanca, sino también por mí, por Patricia, Soledad y todas las mujeres que habían marcado mi vida. Entender el odio de alguien podía ser la clave para comprender mis fracasos amorosos, para saber si el problema era mío o el mundo ya estaba demasiado roto para arreglarlo. Quería darme otra oportunidad con Rosario, antes de herirla.

Seguí leyendo, aunque el interés disminuyó a medida que la trama derivaba hacia una historia de amor tóxico y destructivo, llena de reflexiones ajenas al amor. Después de nuestra relación ficticia, Beatriz conoció a un escritor descrito como «el ángel de la tinta». Resalté esa frase, tan literaria y llamativa. La descripción, gótica y oscura pero ingenua y profunda, parecía encajar con Lampedusa. En el libro, él era Liborio, el mentor bondadoso, en contraste con mi papel de villano. Ayudaba a la protagonista a resurgir, a encontrar su estilo literario, en una relación marcada por la pasión.

Más adelante, apareció la crítica velada de Blanca: «*En las letras cae en picado. ¡Drama superado!*». Así veía ella a Lampedusa, un escritor mediocre, con sueños de grandeza, destinado a no trascender los circuitos comerciales. «*Toda su vida giraba en torno a lo mismo: plumas, letras, autores, genios, ideas, obras...*». Era un retrato mordaz, revelador de su visión sobre él.

Agotado y con mis propios pensamientos cuestionándome, empecé a sospechar que mi mente me engañaba. Sin embargo, al volver a leer la frase, algo captó mi atención.

—Plumas, Letras, Autores... Genios... Ideas... Obras... —murmuré, deslizando el dedo por el párrafo—. P—L—A—G—I—O.

De repente, me percaté de que Blanca Desastres estaba usando un anagrama para acusar a Lampedusa de plagio. Esto me llevó a preguntarme si había más mensajes ocultos en el libro. Rápidamente, busqué el móvil y repasé el número que Blanca me había dado.

Omití la primera cifra, sabiendo que los números españoles empiezan por seis, y comencé a asignar letras a las demás cifras.

—Veamos... Dos, nueve, ocho... ocho, tres, dos... seis, tres... —susurré, intentando relacionar los números con el alfabeto—. B... I... H... H... C... B... F... C... No tiene sentido. Debe haber algo más.

Entonces me fijé en las letras bajo cada botón, como en los antiguos teclados de móvil. Sabía que era poco probable, pero tenía que intentarlo. Asigné a cada número su correspondiente letra en función de las pulsaciones.

—A... Y... U... D... A... M... E...

De repente, mi corazón se aceleró y mis manos empezaron a temblar incontrolablemente. El teléfono se me cayó en la cama y me quedé paralizado, sin aliento. En ese momento, lo entendí todo: por qué estaba allí, por qué me habían llamado y por qué Blanca había escrito eso. Ella estaba en peligro, sabía que alguien intentaría hacerle daño y, desesperada, estaba pidiendo mi ayuda.

28

Al amanecer, el sonido del teléfono me sacó del sueño. Al abrir los ojos, una intensa jaqueca atravesó mi cráneo. La noche anterior había bebido más de lo que debía y, sumado al cansancio, me sentía deshidratado y agotado. Parpadeé repetidamente, intentando recuperar la consciencia, y observé el manuscrito disperso sobre mis rodillas. Aún vestía la ropa de la noche anterior y a mi lado, un vaso con restos de whisky. El teléfono seguía sonando insistentemente. A pesar del desagradable ruido, decidí esperar unos segundos más, pensando que, si era algo importante, volverían a llamar. Al mirar a mi lado, vi a Rosario, tan hermosa como cuando llegué a la habitación, aunque con el cabello revuelto y el maquillaje corrido sobre la almohada. La escena me sorprendió; parecía más el desenlace de una noche de excesos que el final de una gala de premios. El teléfono no dejaba de sonar y noté que Rosario comenzaba a despertarse.

—¿No vas a contestar?

—Estaba considerando una alternativa.

—Esa alternativa será morir de dolor de cabeza. Por favor, Gabriel, contesta o desconecta el teléfono.

Respiré hondo y, con esfuerzo, me levanté de la cama. Me sentía pesado y adolorido, como si hubiera sido golpeado. El dolor de cabeza era una nube gris que enturbiaba mis pensamientos. Con dificultad, descolgué el auricular.

—¿Diga?

—Gabriel... —una voz femenina temblorosa resonó al otro lado. Parpadeé, intentando reconocerla—. ¿Estabas durmiendo? ¿En serio?

—Eso parece —contesté, identificando la voz de Claudia Desplantes—. ¿Qué pasa, Claudia?

—Es terrible, Gabriel. Mira por la ventana.

—¿Qué dices? Espera, Claudia...

Claudia colgó abruptamente, dejándome confundido.

—¿Quién era?

—Desplantes, la escritora.

—¿Claudia Desplantes? —preguntó Rosario, sorprendida—. ¿Cómo tiene esa loca el número de nuestra habitación?

—No tengo idea, Rosario...

Me levanté y caminé hacia la ventana que daba a la plaza. A medida que me acercaba al alféizar, empecé a observar el bullicio de personas alrededor de la entrada del hotel. Luego, divisé el destello de las luces azules de los coches de policía. Empezaba a temerme lo peor y

sentía un torbellino en el estómago al aproximarme más a la ventana. La abrí y me asomé para ver qué sucedía abajo.

—¿Qué pasa, Gabriel? —preguntó Rosario, intrigada por mi silencio—. ¿Por qué estás tan callado?

No podía creerlo, al menos no de esa manera. Una manta térmica cubría lo que parecía ser un cadáver y un charco de sangre lo rodeaba. No podía reconocer a la persona fallecida, ya que la manta cubría gran parte de su cuerpo, dejando solo los pies a la vista. Me mordí el labio, sospechando la identidad de aquel cadáver. Por su gran tamaño, solo podía pensar en una persona: Lampedusa, el escritor vampírico, el hombre de los mil secretos.

Miré hacia arriba y vi unas sábanas moviéndose por el aire, saliendo por la ventana del piso superior.

—Joder... —dije, exhalando el poco aire que me quedaba en el cuerpo, antes de sentir un vértigo que me hizo agarrarme al alféizar. Inmediatamente después, noté el movimiento de Rosario, a escasos centímetros de mí, asomándose impulsivamente por la ventana.

—¡Dios! —exclamó, con los ojos muy abiertos y me miró fijamente—. ¿Es quien creo yo que es?

—Eso me temo.

—¡Ozú, Virgen Santa! ¿Qué diablos está pasando aquí?

—Eso mismo me pregunto, Rosario... pero me temo que todo está relacionado con la muerte de Blanca —dije y caminé hasta la cama para sentarme en su borde. La muerte de Lampedusa complicaba aún más el misterio.

—¿Otra vez con esa teoría de que no fue un suicidio?

—Escucha, tienes que creerme —le dije, acercándola a mí para hablarle más de cerca—. Cuando Blanca me dio su número de teléfono, no era para quedar, sino un mensaje de auxilio.

—Explica eso mejor, Gabriel. Hoy no estoy para tus acertijos.

Me levanté de la cama y cogí el manuscrito. Busqué las páginas donde había encontrado los anagramas.

—Tenías razón al insistir en que lo leyera... El libro es excelente, pero no solo eso. He sido un necio al no hacerte caso, al pensar que esta historia trataba solo sobre mí, pero no es así... —le dije y ella me sonrió, tocándome el hombro por ganar esa partida, y eso también sirvió para que me escuchara atentamente—. La verdad, admito que hay una parte sobre mí, pero es solo el comienzo. Blanca se basa en una serie de hechos pasados para conectar con el presente y denunciar lo que está sucediendo.

Mis palabras transformaron su actitud confiada en una expresión llena de intriga y curiosidad.

—Cuando hablas del presente, ¿a qué te refieres?

—Anoche, en el bar hawaiano... ¿Recuerdas la discusión entre Lampedusa y Gresco?

—¿Cómo olvidarla?

—Hablaban de una mujer. Al principio, pensé que se referían a Claudia Desplantes, pero en realidad discutían sobre Blanca —le expliqué y ella frunció el ceño—. El libro demuestra cuando Blanca llega a Madrid y conoce a un escritor descrito igual que Lampedusa. El problema es que ella lo acusa de ser un plagiador.

—Espera, espera, espera... —dijo, haciendo gestos con las manos para detenerme—. ¿Estás diciendo que Blanca tuvo algo con los dos?

—Con los tres, si sumamos.

—Eso no tiene gracia, pero... vaya con tu amiga... Ahora entiendo el numeritode la cena. Desplantes le estaba echando en cara su romance con Blanca Desastres.

—Eso creo.

—¿Sospechas que fue ella? Se supone que murió de sobredosis...

—No sabría qué decirte. Cuando te fuiste, Tocinos me habló de los problemas de Blanca con los ansiolíticos. Era un secreto a voces, al igual que su afán por escalar posiciones a cualquier precio...

—¿Y qué hay de Gaztambide, la bebedora?

—Sé que esconde algo, pero todavía no sé qué. Es una mujer complicada, de carácter cambiante y con una faceta oculta que revela cuando le conviene.

—¡Menuda panda de chalados!

—No he tenido ocasión de comentarlo contigo, pero fue Arturo Tocinos quien me pidió ayuda para resolver lo sucedido a Blanca.

—¿A ti?

—Sí, a nosotros.

—¿A cambio de qué? —me preguntó y no supe cómo disimular la otra parte del acuerdo, así que esperé a que continuara. Guardar silencio es la mejor respuesta para que el otro siga hablando—. Arturo Tocinos es un destacado editor en el ámbito literario español y un sinvergüenza.

—Lo único que busca es resolver esto cuanto antes, para que el asesinato de Blanca no eclipse el premio Saturno.

—Ahora hablamos de un asesinato.

—Bueno, visto lo visto... Creo que deberíamos empezar a usar el plural.

Era muy temprano para que Rosario asimilase tanta información de golpe. Las noticias la sobrecogieron por unos segundos y suspiró con tanta fuerza que casi provoca un tornado en la habitación. Luego se acercó a la mesita y cogió una botella de agua, hasta que vio la botellita de whisky vacía y el vaso con el que había bebido durante la madrugada.

—¿Has estado bebiendo?

—Sí —le dije y sus ojos se posaron en el manuscrito.

—Dices que encontraste una pista sobre Lampedusa en el libro. ¿Hay algo más?

Me acerqué a mi mesita de noche y le pasé el cuaderno en el que había anotado eso.

—En realidad, encontré un anagrama y varias sutilezas que menoscaban su calidad como escritor.

Rosario las leía atentamente.

—*Érase el ángel de la tinta*... —leyó en voz alta—. ¿Qué significa esto?

—Supongo que se refería a sí mismo como un salvador.

—¿*En las letras cae en picado, drama superado*? Recuerdo haber leído este fragmento... ¡Dios mío! ¿Crees que estaba advirtiéndonos de lo que iba a pasar?

Me quedé atónito. En ningún momento había pensado que Lampedusa fuera un ángel, sin alas, al menos, que fuera a estrellarse contra el suelo de la plaza de Santa Ana. De ser así, solo

podría suponer que las letras de Blanca estaban malditas.

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez, ambos miramos hacia él con temor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rosario.

—Obviamente, voy a contestar.

—¡Espera, espera, espera, Gabriel!... —dijo y se lanzó sobre mí, llena de miedo e incertidumbre—. No necesito decirte lo que está pasando, ¿verdad? Eres lo suficientemente perspicaz como para darte cuenta.

La tomé de las manos para calmarla.

—Esto no va con nosotros, Rosario.

—Hasta que empieza a ir.

—No pasará nada. Confía en mí, ¿quieres? —le pedí, sin esperar respuesta, y luego contesté —. ¿Dígame?

—Caballero, soy Arturo Tocinos... —dijo con voz grave y consternada—. Es imprescindible que usted y su acompañante se presenten en la recepción del hotel.

—Por supuesto, denos unos minutos. Estamos ocupados.

—¿Se está burlando de mí?

—En absoluto.

—Lamento ser yo quien se lo diga, pero no ha elegido el mejor momento para entregarse al amor apasionadamente... Las malas noticias nos desbordan, Caballero. Bajen de inmediato, se lo suplico.

—Ha sido él, ¿verdad?

Tocinos suspiró con fastidio, como si no pudiera contarme más.

—Preséntense lo antes posible. La policía está aquí.

29

Salimos de la habitación tras la llamada de Tocinos, con la mente aún procesando lo que habíamos presenciado. No lograba entender cómo la caída no nos había despertado. Un impacto así, desde un cuarto piso, debería haber sido suficientemente ruidoso como para llamar la atención, reflexioné. Sin embargo, ya fuera por el cansancio o la mezcla de este con el alcohol, no escuché nada, y parecía que Rosario tampoco. Vestidos de manera informal, entramos en el ascensor y descendimos hasta el vestíbulo. Rosario miraba al suelo, sumida en sus pensamientos, y yo reconocía esa expresión de quien no deja de teorizar. En su mente, había activado sus habilidades periodísticas para analizar los acontecimientos que acostumbraba a cubrir, pero esta situación era diferente.

—No debes mencionar nada de lo que te he contado, Rosario —le dije, aunque ella no había hablado. A veces es mejor prevenir que lamentar, aunque a menudo tenga el mismo efecto—. Probablemente, esto sea solo otro interrogatorio. Pero, si hablamos más de la cuenta...

—¿Tan ingenua me consideras? La policía y yo no somos precisamente amigos.

—Si el asesino está entre nosotros, sabrá lo que tramamos.

—Eso es lo que más me preocupa. ¿Crees que ha sido uno de ellos? El círculo se va cerrando.

Las puertas se abrieron y salimos. Un grupo de agentes de policía vigilaba la entrada del hotel, controlando quién entraba y salía. La atmósfera no era precisamente acogedora y presagiaba que no sería fácil marcharnos de allí. En el interior, el inspector Berlanga, elegantemente vestido, daba órdenes a sus hombres para que subieran a la habitación de Lampedusa, la escena del crimen. Aunque no podía oír claramente lo que decía, sus gestos me dieron una idea. Al acercarnos a la recepción, vimos a Claudia Desplantes, sentada en uno de los sofás, con los ojos enrojecidos, y a Armando Gresco, pensativo, con una pierna cruzada sobre la otra, en el sofá de enfrente. En un rincón, con una postura sobria, estaba Camila Gaztambide, con las manos y las piernas cruzadas, observando atentamente la escena con esos característicos ojos claros. Por un momento, noté algo raro en ella, a pesar de su aparente normalidad. Era como si no estuviera allí, al menos, conscientemente.

Nos detuvimos un instante, indecisos sobre a quién acercarnos y Rosario me tomó del brazo para dirigirnos hacia el grupo de escritores. Al menos no eran policías, pensé, mientras cambiábamos de rumbo. Apoyado en una columna, Arturo Tocinos, con un traje marrón y una camisa verde que desafiaba toda norma de armonía, hablaba por teléfono, cubriéndose la boca con la mano y mirando de reojo a los que estaban a su alrededor.

Eché un vistazo rápido para hacerme una idea general de la situación. Todos parecían consternados por la muerte de Lampedusa, pero sus rostros reflejaban más temor que compasión. Por otro lado, no iba a dejar que este suceso eclipsara lo ocurrido a Blanca. Sería muy ingenuo no ver la conexión entre ambos eventos. Desafortunadamente, Lampedusa había sido mi principal sospechoso y su muerte ahora complicaba aún más las cosas. Nos acercamos a los sofás y saludamos al resto, que no parecían muy dispuestos a conversar. Daba la sensación de estar en un velatorio, si no fuera porque la policía vigilaba la entrada y los agentes de homicidios iban y venían por el hotel. Me senté junto a Rosario, cerca de Gaztambide y observé a Claudia Desplantes, que me buscaba con la mirada.

—¿Saben cómo ha sucedido? —pregunté en voz alta, intentando captar sus reacciones.

Armando Gresco carraspeó, aunque no supe si era por necesidad o para ocultar algo.

—Un accidente —intervino Desplantes rompiendo el silencio—. Estaba ebrio y siguió bebiendo en su habitación. Eso le hizo tropezar y caer por la ventana.

—Inquietante—comenté, alzando las cejas.

—¿No lo crees?

—¿Y tú, sí? —le preguntó Rosario.

—Yo solo os informo de lo que la policía ha dicho —aclaró, intentando mantener la objetividad en medio de la creciente tensión.

—La policía puede decir lo que quiera, pero sus palabras no se corresponden con sus acciones. —Armando Gresco se sumó a la conversación con evidente disgusto.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la andaluza, intrigada.

—Lampedusa tenía sus problemas, era un bebedor con baja autoestima, pero ahora ese inspector sospecha que uno de nosotros lo asesinó —explicó Gresco con amargura.

—Debe tener sus razones para pensar así, ¿no crees? —respondí, tratando de sonar razonable —. Parece que no confías mucho en su trabajo...

—Y tú pareces nuevo en estas situaciones. ¿No os dais cuenta? Quieren retenernos en el hotel porque no tienen pruebas concretas. Pero eso es ilegal. Debemos estar alerta.

Observé a Camila Gaztambide, quien permanecía callada y rígida en su asiento, como una gárgola. Al cruzar nuestras miradas, desvió la suya hacia la ventana.

—Entiendo que estés preocupado, Armando, sin embargo, no descartaría ninguna hipótesis.

—¿Preocupado? No digas tonterías —replicó con desdén—. Fui la última persona en discutir con Lampedusa, es cierto. Rosario y tú fuisteis testigos, y gracias a Tocinos no acabamos en la comisaría. Pero eso no significa que yo lo matara.

—Tal vez, si Lampedusa siguiera vivo... —comenté, insinuando.

—Yo no lo maté, si es eso lo que quieres escuchar —respondió con frialdad—. Puede que le hubiera dado una paliza, pero no tenía motivo para matarlo.

En ese momento, Arturo Tocinos se acercó, intentando apaciguar los ánimos.

—Mantengamos la calma, por favor —dijo para imponer algo de orden—. La policía está investigando. Dejemos las conjeturas a los profesionales.

—Entonces, ¿es cierto que cayó? —preguntó Claudia Desplantes, visiblemente afectada.

Tocinos asintió gravemente, en silencio. La reacción de la escritora a su confirmación me hizo pensar en la profundidad de su preocupación. Cuando una pérdida lejana te afecta tanto, significa que importa más de lo que uno quiere admitir.

De repente, Camila Gaztambide estalló.

—¡Eres un mentiroso, desgraciado! —gritó, poniéndose en pie con una ira desbordante—. ¡Mientes, cerdo! ¡Tú sabes lo que pasó, lo viste!

La escena atrajo la atención de los policías en la entrada. Tocinos, avergonzado, se frotó la cara mientras Camila se dirigía con paso firme hacia el ascensor.

—¡Camila! —exclamó Claudia.

—Déjala... Seguro que necesita una ducha fría—dijo Rosario, levantándose para seguirla.

—Sería bueno mantener algo de unidad —intervino Tocinos, tratando de calmar los ánimos —. No es momento para escándalos.

—¿Unidad? —replicó Gresco, indignado—. ¡Nos quieren confinar en el hotel hasta que alguien pague por esto!

—¿Pagar qué? La organización se encargará de los gastos...

—¡Al diablo con eso! ¡No sé cuánto más pueda soportar aquí! —exclamó Gresco, levantándose bruscamente y dejándonos en un tenso silencio. Tocinos parecía ser el único que mantenía cierta compostura en medio del caos. Los escritores mostraban signos de una creciente paranoia, como un campo de girasoles en pleno auge. Claudia, con una mirada preocupada, no le quitaba ojo a Gresco. Al darse cuenta de que la observaba, habló.

—Está muy alterado. Necesita ayuda.

—Todos la necesitamos —respondí.

—Él no lo hizo —afirmó.

—¿A qué te refieres, Claudia? —le pregunté, mientras Tocinos y yo la mirábamos atentamente—. Puedes confiar en nosotros...

—No mató a Lampedusa. No sería capaz de algo así —insistió.

—¿Y qué hay de Blanca Desastres? —le planteé, provocando un tic nervioso en su ojo derecho, que intentó disimular. Luego, en silencio, se levantó y siguió el camino de los demás hacia los ascensores.

—Genial... —murmuró Tocinos, dándome unas palmaditas en el hombro antes de sentarse en un sofá cercano—. Lo que me faltaba por aguantar... Vaya caterva de zumbados...

—¿Tú también opinas que fue un accidente? —pregunté, intrigado por la opinión de Tocinos.

Se quitó las gafas de sol y me miró directamente. Su expresión, agotada por el cansancio y el estrés, contrastaba con la calma que aún conservaba, a diferencia de los escritores.

—No lo sé, Caballero. No quiero sacar conclusiones apresuradas —respondió con cautela.

—Pero hay algo más, ¿verdad? Siempre lo hay.

Tocinos dirigió una mirada hacia el grupo de policías antes de hablar.

—Tengo una teoría, aunque es poco probable. Es tan válida como cualquier otra.

—Adelante, te escucho.

—Cuando leí el libro de Desastres, la contacté para preguntarle sobre el escritor del que hablaba. Necesitaba asegurarme de que no nos meteríamos en problemas legales. En estas situaciones, uno puede acabar en medio de un pleito con abogados y, ni ella como escritora, ni yo como editor queríamos eso. Entonces me habló de Lampedusa, que fue quien la introdujo en los círculos literarios. No fue justo que ella lo tratara así en su libro, pero la literatura es así, ¿no? Expresar lo que uno siente... —Tocinos se rio de su propia anécdota, pero pronto su tono se volvió más serio—. Desastres lo pasó mal y no sé si Lampedusa era consciente de ello.

—¿Te refieres a su ruptura? No creo que le rompiera el corazón.

—No, hablo de sus altibajos emocionales. Quizás él no la mató directamente, pero pudo haber influido en su estado.

—¿Estás sugiriendo que ella se suicidó por el dolor que él le causó?

—Es una posibilidad. Anoche, cuando os saqué de allí, estabais bastante achispados, algo común en estos eventos...

—Habla por ellos dos. Ellos fueron los que causaron el alboroto.

—¿Por qué motivo?

—Discutían sobre una mujer.

—¿Desastres?

—No estoy seguro —mentí, parcialmente, porque, aunque mi memoria era difusa, suponía que discutían sobre el manuscrito—. Lampedusa tenía un sobre con algo importante y amenazó a Gresco con hacerlo público, lo que lo enfureció.

—Interesante. ¿Dónde está ese sobre?

De repente, recordé que Lampedusa había salido del local olvidando su preciada chaqueta. No obstante, el creciente interés del organizador me hizo desconfiar de sus intenciones. Si se lo hacía saber, la policía se enteraría más tarde.

—Imagino que en la habitación de Lampedusa.

Tocinos se quedó pensativo, llevándose el dedo índice a los labios.

—Eso descarta mi teoría... —murmuró—. Pensé que Lampedusa no pudo soportar la culpa por la muerte de Desastres. Pero quizás los dos escritores siguieron discutiendo en la habitación de Lampedusa... y una cosa llevó a la otra, acabando con la vida de uno de ellos.

La hipótesis de que Gresco fuera el asesino no era descabellada, pero si hubiera sido así, alguien habría escuchado el ruido.

En ese instante, vimos cómo Berlanga y sus hombres se acercaban.

—Será mejor guardar nuestras especulaciones para otro momento —me susurró Tocinos, sugiriendo prudencia ante la policía. Berlanga y su equipo se acercaron con la determinación de un grupo de sabuesos, como en esas películas americanas de detectives de los años cuarenta.

30

El inspector Berlanga me observó detenidamente durante varios segundos antes de decidirse a hablar:

—Señor Caballero, ¿podríamos hacerle unas preguntas? Será solo un momento.

Miré a Tocinos y luego a Berlanga. El policía esperaba imperturbable y yo sabía que nunca se trataba solo de unas preguntas ni de un momento, sino de una forma de persuadir al interrogado que, generalmente, no tenía más opción que aceptar.

—Y dos, si hace falta. ¿De qué se trata?

Berlanga hizo un gesto a Tocinos para que se alejara.

—Si me necesitan, estaré por aquí —dijo antes de desaparecer.

Me levanté y me acerqué al inspector de policía.

—Presumo que es por lo sucedido esta noche. Si puedo ser de ayuda...

Por su lenguaje corporal, deduje que no buscaban mi colaboración.

—¿Dónde estaba anoche entre las tres y las cuatro de la madrugada?

—En mi habitación.

—¿Estaba solo?

—No, Rosario dormía a mi lado —contesté, notando un cambio en su expresión—. No es mi pareja, solo somos compañeros de habitación.

—Ya veo. ¿Ella podría confirmarlo?

—Supongo que sí. ¿A qué viene todo esto? Tengo la sensación de que sospechan de mí.

—Hemos revisado las grabaciones de las cámaras del hotel...

—Entonces, habrán visto que no salí de la habitación en toda la noche.

—Permítame que termine —subrayó, soltando un profundo suspiro. Esas exhalaciones suelen preceder a declaraciones importantes—. Durante nuestra revisión, observamos todos los eventos, desde la llegada al hotel, de los invitados a la gala. El viernes, las cámaras registraron varios intentos suyos de acercarse a la habitación de la señora Desastres.

—¿Cómo dice?

—Más tarde, la señora Desastres dejó un mensaje en la recepción, que usted recogió. —Sentí un nudo en el estómago que se reflejó en mi rostro—. ¿Se encuentra bien? Antes de que intente excusarse, la recepcionista confirmó que usted recogió la nota.

—Necesito un poco de agua.

—Eso tendrá que esperar. ¿Puedo ver la nota?

—La tiré.

—¿Qué decía?

Por un momento, dudé si confesar la verdad u ocultar lo que había descubierto. Si optaba por lo segundo, probablemente me tomarían por un lunático o, peor aún, por un impostor tratando de desviar la investigación, lo que aumentaría las sospechas sobre mí.

—Era un número de teléfono.

—¿Habló con ella antes de venir aquí?

—No. Ya se lo dije... Hacía años que no veía a Blanca. Nunca pensé que nos reencontraríamos.

—Sin embargo, usted intentó llegar a ella sin éxito, y ella le dejó un número de teléfono en la recepción.

—Así es.

—Inquietante, ¿no le parece? ¿Para qué quería hablar con usted?

—Nunca lo sabré. Llamé al número y no respondió.

—¿Podría dármelo?

—Por supuesto... —dije a regañadientes y saqué el móvil para buscar en el registro de llamadas. Le mostré los números a uno de los agentes, para evitar desconfianzas. En ese momento, recibí un mensaje de texto de Rosario, que quería verme en la habitación. Lo oculté y guardé el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué hay sobre la muerte de Lampedusa? ¿Es cierto lo del accidente?

—Los rumores son meras especulaciones infundadas. Estamos investigándolo...

—Pero tampoco cree que haya sido un accidente.

—Lo que yo crea, es asunto mío, Caballero —replicó, marcando distancia—. Nos basamos en los hechos, que son la única verdad.

—¿Cuántas personas han caído al vacío desde la habitación de un hotel?

—Los accidentes ocurren en todas partes.

—Esperaba una respuesta más elaborada de su parte.

—No. Lo que espera es sacarme información con preguntas engañosas. Quizá consiga algo si me cuenta qué hacía anoche cuando la policía desalojó el local de la esquina.

—Yo no empecé la pelea.

—El dueño del establecimiento nos ha confirmado que usted y su compañera seguían a Lampedusa.

—Solo queríamos tomar algo con él, hacerle unas preguntas... ya sabe, cosas de escritores.

—Por supuesto. Supongo que tampoco tendrá relación con la pelea que se originó dentro del bar.

—Intenté mediar...

—Según tengo entendido, el señor Lampedusa mantuvo un breve romance con la señora Desastres, al igual que usted. ¿Tuvo esto que ver con su aparición repentina?

Con esa pregunta, me di cuenta de que debía ser cauteloso con el inspector. Aunque lo disimulase, me demostró que iba un paso por delante de lo que yo creía. Empecé a preguntarme hasta qué punto estaría informado sobre la relación entre los escritores.

—No tenía conocimiento sobre esa relación hasta hace poco...

—Claro.

—En serio, inspector, se lo diré una vez más: mi presencia aquí es pura coincidencia. De hecho, era muy probable que no asistiera a este evento.

—Aun así, decidió venir. Y eso me indica que tenía un gran interés en encontrarse con Blanca Desastres, aunque ahora empiezo a dudar si había un interés adicional... porque sabía que ella estaría aquí, ¿no es así?

Lo miré directamente. Era mi mirada contra la suya y la de los agentes que le rodeaban.

—Sí.

—Todo es más sencillo con la verdad.

—¿Algo más? Estoy un poco apurado.

—No, aunque no se aleje demasiado. Como supongo que le habrá informado la organización, por razones de seguridad, los invitados deben permanecer en el hotel durante veinticuatro horas más.

—¿Qué?

—Un día más. Lamentamos las molestias. Por supuesto, la organización del evento se hará cargo de los gastos adicionales.

—¿Es una broma?

—No, no lo es, señor Caballero.

—¿Tienen una orden judicial para retenernos?

—No. Pero hay un dispositivo de vigilancia sobre ustedes y órdenes estrictas de seguimiento a quien incumpla. Son medidas de seguridad y, créame, no es algo que nos agrade. De hecho, admito que la situación se ha complicado y hay un gran interés en resolverla cuanto antes, no solo por parte de la policía.

—Me parece que esto infringe nuestras libertades.

—No se confunda, no somos el enemigo... Tanto usted como yo queremos entender qué está pasando, ¿verdad?

—No esperaba ser un sospechoso.

—Nadie esperaba este desenlace, pero nuestra labor es esclarecer lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas. Dos personas han fallecido en este hotel bajo circunstancias extrañas y sin testigos. Si realmente ambos casos fueron accidentales, no tiene nada que temer. Pronto podrá volver a su hogar. Trabajamos diligentemente para aclarar la situación, pero...

—¿Por qué recurren a un argumento tan miserable? Si realmente lo creyeran, ya nos habrían permitido marcharnos. Pero deben haber encontrado algo que sugiere lo contrario.

—Hasta ahora, todas las pruebas son inconclusas. Quizá pueda ayudarme a profundizar en la investigación.

—Me encantaría, pero no me desenvuelvo bien bajo órdenes ajenas. Ni siquiera bajo las mías.

Berlanga sonrió.

—Es usted un bromista. No esperaba menos de alguien de su gremio, un escritor.

—Dígame la verdad. Sospechan que se trata de un doble homicidio, ¿no es así?

—¿Además de escritor, también es clarividente?

—Le ofrezco mi ayuda, a pesar de que me tenga en el punto de mira. En serio, considérela. Tengo experiencia en estos casos.

—Y mucha imaginación, por lo que veo... Reserve su creatividad para sus novelas —dijo con sorna, provocando risas en sus colegas. Era evidente que no nos tomaban en serio—. Si ve a sus compañeros, avíseles que deben permanecer en el hotel... y pronto podrán regresar a casa.

—Sin una orden judicial, podríamos irnos en cualquier momento.

—Por supuesto, pero eso solo incrementará nuestras sospechas sobre quien decida hacerlo. Usted elige... No se aleje demasiado, más tarde le buscaré.

Berlanga y su equipo se marcharon. Podía sentir esas miradas inquisitivas a punto de devorarme. Respiré hondo para calmarme y revisé mi teléfono móvil. Eran casi las dos de la tarde y me preguntaba cuánto tiempo estaríamos allí confinados hasta que ocurriera otra calamidad. Con la policía presentando obstáculos, poco podía hacer para acceder a la habitación de Lampedusa. Desde luego, yo era el primero en descartar la teoría de que el escritor se hubiera suicidado por un simple tropiezo, lo cual me hizo sospechar de los demás finalistas del certamen. Después de nuestro encuentro en los sofás, todas mis sospechas recaían ahora sobre Armando Gresco. Al fin y al cabo, había sido él quien discutió con Lampedusa y quien se había comportado de manera más extraña. Sin embargo, no podía descartar a Camila Gaztambide o a Claudia Desplantes, sin pruebas. La primera había demostrado tener un carácter complejo y una personalidad ambigua que rozaba lo bipolar. Sus últimas acusaciones contra Tocinos me hicieron reflexionar sobre lo que ocultaba. Por otro lado, Claudia Desplantes parecía seguir interesada en el premio, a pesar de que los demás lo habían olvidado. Esa ambición por ganar debía ocultar un fuerte deseo de hacer lo que fuera necesario, sin restricciones ni escrúpulos.

Me pregunté si la policía habría encontrado la carta en la que Lampedusa amenazaba a Armando Gresco. De haber sido así, no entendía por qué me habían interrogado de esa manera.

Algo me decía que no habían encontrado la carta, lo que me daba cierta ventaja en la investigación. Entonces recordé de repente una imagen: la chaqueta de cuero negro sobre el sofá del hotel. Era probable que el personal del hotel la hubiera recogido. Me alejé del vestíbulo y eché un vistazo a la recepción en busca de Cristina, la recepcionista. Necesitaba encontrar esa carta antes de que desapareciera por completo.

31

La suerte me sonreía, a diferencia de la expresión de la empleada del hotel, quien me observó con recelo al acercarme.

—Hola, Cristina...

—Lo siento, señor Caballero —dijo, y noté el pudor en su rostro. Intuí que se refería al episodio con Berlanga—. No podía mentirles.

—Está bien, está bien... Actuaste correctamente, así que no tienes por qué disculparte. Simplemente haces tu trabajo.

—Gracias. No tenía otra opción.

—Cristina, verás... En realidad, vengo por otro asunto en el que tal vez puedas ayudarme.

—Claro —respondió, mostrándose atenta. Su mirada reflejaba cierto sentimiento de culpa por lo anterior, así que sentí que estaba dispuesta a compensarme.

—Anoche, cuando regresé, dejé olvidada una chaqueta sobre ese sofá —dije, señalando los muebles al otro lado del vestíbulo—. ¿Sabes si alguien la recogió?

Ella miró hacia un compartimento detrás de ella.

—Es posible que mi compañero se haya encargado de ella. ¿Cómo era?

—Oscura, de cuero negro.

—Espere un momento. —Cristina se levantó y caminó hacia una puerta que conducía a un almacén oculto. Transcurrieron unos segundos y cuando vi que no volvía, sentí la urgencia de irme de allí, ya que la policía aún rondaba por los alrededores.

«Tic-tac, señor Caballero...», me dije, imitando la voz de Tocinos. Por una vez, el organizador y yo coincidíamos. El tiempo apremiaba, pero mi interés, más allá de obtener una fama inmerecida o de renacer como una estrella extinta, se centraba en despejar todas las sospechas que la policía tenía sobre mí, al tiempo que intentaba descubrir al asesino de Blanca Desastres. Quizás mi presentimiento era absurdo, pero estaba a la altura de la situación en la que nos encontrábamos: un grupo de escritores encerrados en un hotel, bajo vigilancia policial, con un homicida suelto buscando venganza para silenciar un secreto. Afortunadamente, estaba a punto de descubrir cuál era. Finalmente, la puerta se abrió y Cristina apareció, con la certeza de haber encontrado la chaqueta. Sentí que estaba cerca de resolver el misterio, pero debía contener la emoción. Al verla detenerse en la entrada, comprendí que algo no iba bien.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

—Si no le importa, ¿podría venir un momento? —me pidió. Asentí y me acerqué a la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Hay varios abrigos similares. ¿Me ayuda a identificarlo? Sé que no es lo habitual, pero creo que así será más rápido.

—Por supuesto. Guardaré el secreto.

Ella sonrió y me invitó a pasar. El almacén era una oficina desorganizada con un ordenador en un escritorio y varios objetos olvidados por los clientes del hotel. Entré en la habitación, impregnada de un olor a ambientador y colonia, y sentí que era uno de esos lugares donde el personal se esconde de los huéspedes. Escuché cómo la puerta se cerraba y los pasos de Cristina se acercaban.

—Si perdió su abrigo, probablemente esté en ese montón —indicó, señalando una pila de chaquetas. La observé de soslayo y, por un instante, fui consciente de la situación: encerrado con una desconocida en una habitación secreta del hotel, mientras la policía buscaba al asesino. Un pensamiento intrusivo cruzó mi mente, pero lo descarté tan rápido como percibí la dulzura en su voz. «No, ella no está involucrada», me convencí, alejando el miedo que aquel pensamiento había intentado inculcarme. Me acerqué a las chaquetas y empecé a buscar entre ellas hasta reconocer las costuras de la chaqueta de cuero, de Lampedusa.

—Esta es... —dije, extrayéndola del montón. La extendí y la revisé rápidamente, buscando el sobre.

—¿Es su chaqueta? No parece de su talla.

—Sí, es mía. Prefiero que me queden amplias —respondí, apurado. Al deslizar la mano hacia el bolsillo interior, sentí el contorno de la carta que había mostrado a Armando Gresco. Mi corazón se aceleró. Pensé en sacar el sobre y guardármelo, pero la presencia de Cristina me convertía en un potencial sospechoso. En ese momento, no podía permitirme un error tan grave. Decidí esperar a estar solo para deshacerme de la chaqueta y eliminar cualquier rastro. La tomé con intención de irme, pero entonces vi a Cristina frente a mí, mirándome de una forma extraña.

—Cristina, ¿estás bien?

Primero un ligero gemido, luego vi sus manos temblorosas. Los ojos de la recepcionista giraban inquietos. Antes de que pudiera reaccionar, ella estaba pegada a mí, sus brazos rodeando mi cuello. Sin resistirme, sus labios se encontraron con los míos, haciendo que tropezara contra la mesa del ordenador. Solté la chaqueta y la sostuve por la cintura para evitar la caída. Su cuerpo se presionó contra el mío, sentí su calor y un impulso primitivo en mi ser.

—Oh, Gabriel... —susurró con una mezcla de delicadeza y deseo.

—Cristina, espera... —dije, terminando aquel momento electrizante y separándome de ella—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Oh! Yo...

Sobre su hombro, vi una figura al otro lado de la puerta. Era Rosario y lo había visto todo. Tan pronto como me separé de Cristina, Rosario desapareció de la sala.

—Estupendo...

—Me he dejado llevar —dijo la empleada, bajando la cabeza, claramente avergonzada—. Esto no está bien...

Aproveché ese momento de distracción y, antes de tirar la chaqueta sobre las otras prendas, saqué rápidamente la carta de su interior y la escondí en el bolsillo trasero de mi pantalón. Después me acerqué a ella, ya listo para salir de allí.

—No te preocupes, hay cosas peores —le dije para tranquilizar su conciencia.

—Pero... Oiga, se olvida de su chaqueta.

—No, me he equivocado. Esa no es mía —respondí, sin mirar atrás, saliendo hacia el vestíbulo. Pero Rosario ya no estaba.

32

—¡Rosario! —exclamé en el vacío del vestíbulo, captando la atención de los presentes a mi alrededor. Al no recibir respuesta alguna, finalmente, en la distancia, vi a la andaluza cruzar el umbral del ascensor, haciéndome una peineta con la mano antes de que desapareciera tras las puertas corredizas. Suspiré y decidí subir por las escaleras para alcanzarla. Después de todo, no tenía nada mejor que hacer que discutir con ella. Me pregunté qué pensaría la recepcionista y cómo había sido tan ingenuo al caer en una trampa tan previsible y típica. Una sonrisa tonta se dibujó en mi rostro al reflexionar sobre el momento. No me arrepentía del beso, ni de haber caído en su coqueteo, porque a cierta edad, dos no se juntan si uno no quiere. Pero me disgustaba profundamente que Rosario nos hubiera sorprendido así, con las manos en la masa. El beso, aunque había sido muy agradable y placentero, no significaba nada para mí, pero evidentemente había enfadado a mi compañera y herido sus sentimientos. Por una vez, no lo había buscado yo, aunque me sentía algo culpable por no haberlo evitado.

Subí los escalones hacia el primer piso, sumido en mis pensamientos y en una calma inusual que resultaba inquietante. Era como presenciar el ambiente de una quiebra y me recordó a mis primeros días en la redacción del diario «Las Provincias», junto a Blanca. En aquél entonces, las redacciones locales cerraban cada semana despidiendo al escaso personal restante, enfrentándose a una crisis no solo económica, sino también industrial, que devoraba las redacciones, convirtiéndolas en oficinas fantasma. En el hotel, a esas horas, el movimiento en los pasillos había disminuido. El flujo de clientes se había reducido tras la muerte de Lampedusa, provocando una fuga de huéspedes en pocas horas y una ola de cancelaciones tras las noticias. No me sorprendía que la policía se apresurara a resolver el caso y a encontrar un culpable para poner fin al daño publicitario y económico que sufría el hotel. Aquello daba una imagen terrible, no solo a la cadena de hoteles, sino también al lugar y a la ciudad, sin mencionar la pérdida de clientes, que estaban experimentando, lo cual incrementaba la presión sobre mis hombros para aclarar mi inocencia y hallar al verdadero culpable. Tras varias llamadas infructuosas al teléfono, decidí esperar a encontrar a Rosario en la habitación para hablar con ella. Confiaba en la explicación que debía darle, aunque no quisiera escucharla.

Al llegar al primer piso, sentí una presencia acercándose a mí. Al alcanzar el descansillo que conectaba con el pasillo de las habitaciones, vi un carro de limpieza aparcado frente a una puerta. No le di mucha importancia, asumiendo que estarían acondicionando una habitación. Algo tan rutinario me indicó que la policía había permitido que limpiaran las demás estancias vacías. Esto significaba que la Unidad Científica había terminado de recoger pruebas, por lo que pronto

llegarían a las habitaciones de los pisos superiores, acabando con cualquier posibilidad de encontrar una pista en la habitación de Lampedusa, si no era ya demasiado tarde. Decidí seguir mi camino cuando, de repente, una fuerza extraña me agarró por detrás. De hecho, primero sentí su presencia, luego la mano intentó detenerme. A pesar de mis esfuerzos, quedé atrapado antes de poder reaccionar.

La presión de su brazo me paralizó en el acto y un trapo cubrió mi nariz y boca, impidiéndome respirar y forzándome a inhalar el penetrante aroma del éter. Intenté gritar para atraer la atención, pero el intenso y áspero olor drenaba mis energías. Me resistí con todas mis fuerzas, pero fue inútil. Sentí cómo la mano me sustraía la carta del bolsillo trasero del pantalón, y aunque traté de impedirlo, no pude. De repente, mi cuerpo comenzó a aflojarse, tornándose más pesado, y mi cabeza giraba como un mosquito expuesto a insecticida, antes de caer al suelo, vencido por la gravedad.

—¡Eh, oiga! —gritó una voz femenina desde el pasillo.

El alarido sorprendió a mi agresor. El brazo me soltó y pude respirar aire fresco de nuevo, lo que me ayudó a mantener cierta consciencia, aunque sin lograr recuperar totalmente el equilibrio debido al mareo. Intenté sostenerme y apoyarme en algo, pero tropecé, iniciando una caída desastrosa por las escaleras. Primero sentí un golpe seco en el trasero, luego el duro impacto del escalón en mi hombro y, para culminar, di varias volteretas que me hicieron rodar hasta el descansillo que separaba el primer piso, del vestíbulo. Mi cuerpo se detuvo al chocar con un gran macetero y la planta se derrumbó sobre mi cabeza. Sentí la fría tierra y las hojas en mi rostro y, con esfuerzo, distinguí la figura de una mujer de uniforme que corría hacia mí para ayudarme. Luego gritó pidiendo auxilio, pero mis ojos se cerraron lentamente, sumiéndome en una oscuridad placentera que convertía su llamado en un eco distante en medio del mar.

33

La caída me dejó inconsciente por un tiempo que no logro precisar. Al despertar, aunque aún no había abierto los ojos, sentí que no estaba solo. Percibía esas presencias a mi alrededor, en la oscuridad más profunda, como si fueran fantasmas observándome. Sin embargo, la realidad era otra, como descubrí al abrir los párpados y recuperar gradualmente la visión. Yacía tendido, adolorido pero entero. La luz vespertina del sol atravesaba la ventana e iluminaba la habitación. Por su orientación, supe que lo ocurrido en las últimas horas no había sido un sueño y que no estaba en Alicante, sino en Madrid. Las siluetas a mi alrededor cobraron forma a medida que mis ojos se adaptaban a la luz. Me dolía todo el cuerpo, como si hubiese enfrentado a un luchador profesional. Afortunadamente, no había sido así y podía contarlo. En pocos segundos recordé cómo había llegado hasta allí y también me percaté de la presencia del inspector Berlanga en la habitación del hotel.

—Parece que se ha despertado —dijo la voz del policía, observándome atentamente, rodeado de sus hombres. Afortunadamente, no estaba solo con ellos, ya que Rosario estaba a mi lado, preocupada, sentada en un sillón. Al otro lado, Arturo Tocinos me miraba con inquietud, apoyado en el alféizar de la ventana.

—Gabriel... —La mano de Rosario alcanzó la mía y la apretó con ternura. La miré de soslayo, preguntándome qué desgracia me habría sucedido para merecer su compasión.

—Caballero, ¿me oye? —inquirió Berlanga, desde el pie de la cama, mirándome con preocupación.

—Sí. Alto y claro, inspector. ¿Qué hacen aquí? ¿Todavía estoy en el hotel?

—Lamentablemente, para todos, me temo que sí —respondió el policía, rascándose la barbilla. Parecía buscar las palabras adecuadas antes de hablar—. Ha sufrido una caída.

—Vaya, espero que no le haya costado mucho llegar a esa conclusión.

—Gabriel, ¿recuerdas lo que te ha pasado? —preguntó Rosario, con unos ojos tan hermosos como el Mar Negro—. Estaba preocupada. Has sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

—Alguien me atacó cuando estaba subiendo las escaleras.

—¿Está seguro? —interrogó el inspector.

—Hay una testigo, la señora de la limpieza. Ella lo vio todo.

—Lo sabemos, pero ella no menciona ningún ataque.

—¿Cómo dice? —repliqué, sintiendo que algo no encajaba. Entonces recordé que el atacante me había robado la carta, pero no estaba seguro. Discretamente, busqué en el bolsillo trasero del pantalón que llevaba puesto. Efectivamente, el sobre no estaba en él.

—La señora del servicio de limpieza nos ha confirmado que lo vio, pero estaba solo. Al menos, antes de caer rodando por las escaleras.

—Es absurdo.

—¿Ha estado bebiendo?

—¿Hoy? ¡No! Vamos, hombre... No he tenido tiempo. Revisen las cámaras de la primera planta. Seguro que encuentran al agresor.

—Desafortunadamente, nadie ha visto nada inusual, al parecer... Solo a usted —señaló Berlanga, guardando unos segundos de silencio antes de dirigirse a Rosario y al organizador del premio—. ¿Podríamos quedarnos a solas unos minutos?

—No, Rosario, quédate, por favor...

—¿Señorita? —insistió el inspector.

—No te preocupes, Gabriel. Te esperaré fuera... —me dijo ella, sin apartar la mirada. Con los labios, le indiqué que decía la verdad, pero parecía insuficiente. Tocinos se acercó a mí y me dio una palmada en la espalda, un gesto poco alentador, pues intuía que la conversación privada con la policía no sería favorable.

La habitación se vació, quedando solo el inspector y uno de sus hombres, que ahora custodiaba la puerta.

—Ha dormido unas cuantas horas, señor Caballero.

—Preferiría no haber despertado.

—¿Cómo dice?

—Esto del hotel... Es una pesadilla que no acaba.

—Entiendo...

—¿Qué busca, Berlanga? Ahora me tiene donde quiere.

—Más o menos. Al menos, tengo la certeza de que no irá muy lejos.

—Sólo cumplo su orden.

El inspector hizo un gesto al agente, quien sacó una bolsa de plástico hermética con un pañuelo de tela dentro. Mis ojos lo reconocieron de inmediato; era mío y no podía negarlo por las iniciales bordadas en el extremo.

—No le preguntaré si es suyo. Es obvio que sí.

—Se ahorra saliva.

—Sin embargo, sí le preguntaré qué hacía su pañuelo en el dormitorio de Blanca Desastres.

—¿Qué dice?

—La Unidad Científica lo encontró bajo la cama de la señorita Desastres. Los análisis revelaron dos tipos de ADN, uno suyo y otro de la víctima. También había restos de cloroformo. Todo apunta a que lo usó con la señora Desastres.

—Se equivoca. Le he dicho la verdad. No vi a Blanca.

—Pensé que era serio, pero no es más que un lunático.

Recordé cuando Berlanga tomó la muestra.

—Es usted un desgraciado.

—Modere su lenguaje, escritor. No está en posición de confrontar.

—No la maté. Puedo explicar lo del pañuelo.

—Hable con su abogado. Las pruebas apuntan hacia usted, y usted mismo lo ha confirmado.

—Esto es una locura...

Berlanga levantó el manuscrito de «Bastardo».

—Interesante lectura, ¿no? —dijo con una sonrisa maliciosa—. Llegó el viernes, buscó a la señora Desastres, quien le dio un teléfono falso.

—No, está equivocado... El teléfono era...

—Deje que termine... —interrumpió, despectivo—. No quería que Blanca llegara a la entrega de premios, así que planificó su encuentro en un punto ciego de las cámaras, igual que fingió su ataque y la caída por las escaleras. Usó a su compañera como coartada. Pensó que nada fallaría, ¿verdad, Caballero? Se entrevistó con los demás, pero un hombre acabado y rencoroso como usted no podía aceptar lo escrito en su libro...

—Esto es un disparate... Se está equivocando.

—El viejo truco de la llamada a la habitación desde la recepción, le dio el número de la estancia de Blanca. Subió a la segunda planta cuando el hotel estaba vacío. Ella se sobresaltó al verlo y usted la sometió con el pañuelo que tiene delante. Blanca quedó semiinconsciente... Preparó ansiolíticos, los disolvió en un vaso de agua y se lo ofreció, sellando así su destino. Luego, volvió a su habitación como si nada hubiese pasado, sabiendo que cuando encontrasen a Blanca, sería tarde.

La teoría de Berlanga me dejó atónito y sumido en la desesperación. Claro, no había sucedido así, pero ¿cómo contrarrestar su versión frente a las pruebas recopiladas? Entonces caí en la cuenta de que el verdadero asesino aún estaba entre nosotros, pero Berlanga no parecía dispuesto a considerar esa posibilidad. Para él, el pañuelo era la prueba definitiva de mi culpa. Había estado tan distraído que olvidé la presencia de ese inspector. Me encontraba en una encrucijada, sin saber cómo librarme de la situación sin acabar esposado. Eso era, sin duda, lo que más me preocupaba en aquel momento.

34

Mis ojos permanecían fijos en el pañuelo de dentro de la bolsa de plástico. Mi primer pensamiento fue hacia Claudia Desplantes, recordando el momento en que se lo ofrecí para secar sus lágrimas. ¿Sería ella la asesina que estaba detrás de toda aquella estratagema? Aunque me costaba creerlo, no era una teoría que iba a compartir con Berlanga; solo alimentaría la idea de que intentaba evadirme.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó el inspector.

—El pañuelo es mío, pero su teoría es errónea.

Berlanga arqueó una ceja, dio unos pasos alrededor de la habitación y se detuvo junto a mí.

—Mire, Caballero... Estoy harto de usted, de sus compañeros, de todo este circo. Conozco a tipos como usted mejor de lo que piensa. Ahora intentará confundirme, lanzando acusaciones contra otros, pero no funcionará.

—El otro ADN en el pañuelo es de Claudia Desplantes.

Al escuchar esto, Berlanga se giró hacia el agente, luego volvió su mirada hacia mí.

—¿Acostumbra a recoger muestras de sus víctimas?

—¿En serio?

—Solo pregunto.

—Se lo presté en un momento difícil. Ella lloraba y necesitaba consuelo.

—¿Y eso qué prueba?

—Que no lo recuperé. Claudia se lo quedó y yo pensé en pedírselo más tarde. Ante todo, soy un tipo con educación.

—Un pañuelo con sus iniciales no es algo que se preste a la ligera. Sé de lo que hablo, aprecio la moda clásica.

—Se equivoca. Puede que sea un ingenuo, pero no reclamaría un pañuelo a alguien que llora. Es solo un trozo de tela.

—Un trozo de tela encontrado en la escena de un crimen —replicó Berlanga—. Intente restarle importancia si quiere, pero está en un callejón sin salida. Ahora, le sugiero que...

—¿Busque un abogado?

—Por ejemplo.

—¿Estoy detenido?

Berlanga sonrió y miró a su compañero.

—Así es.

—No pueden llevarme a comisaría.

—No lo haremos, al menos por ahora. Esperaremos a que se le pase la conmoción. Si es que realmente ha sentido algo.

—Se está equivocando. No maté a Blanca. ¿Y Lampedusa?

—Lampedusa se suicidó anoche. No hay mucho más que decir.

—¿Usted lo cree?

—Lo que yo crea es irrelevante —dijo y señaló al otro agente—. Póngale las esposas.

—¡No! No me deje como un vegetal.

—Solo quiero asegurarme de que no irá a ninguna parte. Ya me ha demostrado que es un culo de mal asiento. Disfrute de la vista a la plaza de Santa Ana mientras pueda.

—Berlanga...

—Au revoir, Caballero. Caso cerrado. Nos veremos más tarde.

Berlanga salió y me dejó con el agente que se acercó y me esposó. Entonces, entró Rosario.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar? —preguntó el policía.

—El inspector Berlanga.

—No debería estar aquí.

—¡Ozú! Hable con él —dijo Rosario, acercándose a mí—. Gabriel, ¿qué ha pasado?

Le hice un gesto para que se acercara y así poder hablarle al oído. Ella se arrodilló y percibí que su melena oscura desprendía un agradable aroma.

—¿Qué? —preguntó, con sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Tienes que ayudarme. Soy inocente, Rosario —le susurré. Ella apretó la mandíbula y negó con la cabeza—. Te lo juro, necesito que me saques de aquí.

—Entonces, ¿todo eso de la caída fue una mentira?

—¡No! Pero creo saber quién está detrás de los crímenes... Claudia Desplantes.

—¿Qué?

—Es complicado de explicar, y más en esta situación. No puedo mover las manos...

—¿Gabriel?

—Ella tenía mi pañuelo, el mismo usado para adormecer a Blanca...

Rosario fruncía el ceño, escéptica.

—¿Estás seguro?

—Ella posee la carta que Lampedusa guardaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me la robó.

La expresión de Rosario se tensó aún más.

—Sácame de aquí, Rosario. Luego te lo explico todo.

—No sé, Gabriel.

—Por favor...

—Debería dejarte aquí y olvidarme de ti.

—¿En serio?

—No mereces menos.

Moví mis dedos, atrapando sus sueños y apretándolos con fuerza.

—Lo siento mucho.

—¿El qué?

—Todo. Soy un desastre.

—¿Eres tonto? La caída te ha afectado más de lo que imaginaba...

—No, supongo que viene de serie.

—Dejemos una cosa clara: me da igual con quién te beses. ¿Entendido?

—Entonces, ¿por qué te enfadas?

—Me molesta que me ignores en cosas importantes.

—¿En serio? Qué decepción... Pensaba haber alcanzado tus sentimientos.

—Sigue soñando. No eres el centro del universo, ni del mío.

—Fue un beso no correspondido. ¿Qué querías decirme? ¿Qué era tan importante?

Rosario miró al agente, aburrido en su puesto.

—Te lo explicaré más tarde.

—Sácame de aquí o no habrá ocasión.

—Confía en mí. Tengo un plan.

Asentí, sin más opción que confiar en ella. Sin embargo, Rosario había dicho las dos frases que más temía: “Confía en mí” y “Tengo un plan”. Por lo tanto, sabía que lo que vendría serían problemas.

35

Rosario se alejó ligeramente y me guiñó el ojo derecho, señal de que su plan estaba en marcha. El primer objetivo era librarnos del policía que custodiaba la habitación, una tarea difícil y peligrosa. No sabía cómo planeaba la andaluza sacarme de allí, pero su determinación era evidente. El agente, al notar nuestros susurros, se puso tenso y pidió a Rosario que se retirara. Ella obedeció lentamente, aumentando la tensión en la habitación.

—¿Puedo volver más tarde? —le preguntó, con un tono y gestos sugerentes que desconcertaban al policía. Observé cómo se acercaba a una lámpara de hierro en el escritorio. Temí que intentara golpearlo con ella, lo que solo empeoraría las cosas. Necesitábamos una distracción.

Rezando por ayuda divina, me moví hacia la ventana para confundir al guardia. Él, distraído por mi compañera, se dio cuenta de mis movimientos y se giró hacia mí.

—¡Eh! ¡Pare! —gritó, justo antes de recibir un golpe en la nuca con la lámpara, que lo mandó directamente al suelo, aturdido. Paralizado, volví mi mirada hacia Rosario, quien sostenía la lámpara, asombrada por lo que acababa de hacer.

—¡Vaya! No lo esperaba de ti.

—Te he dicho que tenía un plan.

—En fin. Vamos, ayúdame... —le dije en voz baja. Rosario encontró las llaves de las esposas y me liberó. El policía empezaba a recuperarse del golpe.

—Me debes la vida, Caballero —dijo Rosario, con voz seria—. Espero que sepas lo que haces.

—La verdad es que no, pero lo descubriré.

Rápidamente, la periodista inmovilizó al policía, esposándole las muñecas. Luego tomó un par de mis calcetines.

—¡Oye! Esos son mis calcetines favoritos... —

le dije, pero ella los usó para amordazar al policía, evitando que gritara. El agente se debatía en vano en el suelo.

—Espero que estén limpios —dijo ella.

—Tranquila, de lo contrario tendríamos otro cadáver —bromeé.

Rosario no hizo caso de la broma, me dirigió una mirada evaluadora y se puso en pie para actuar. Desarmó al policía y guardó sus pertenencias en el armario. Su mirada era profunda y aventurera, sin miedo. Sentí aumentar la tensión entre nosotros, a pesar de la presencia del agente inconsciente en el suelo, que estaba ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

—Venga, ayúdame —dijo Rosario, señalando al agente y después al baño.

—¿Quieres encerrarlo ahí? Pobre hombre. No se lo merece.

—No he dicho que lo merezca, pero necesitamos asegurarnos de no ser descubiertos al salir. ¿Desde cuándo te preocupas tanto?

El agente seguía forcejeando y murmurando algo, pero no sentí compasión.

—Solo intentaba parecer sensible —repliqué, agarrándolo por las piernas—. Lo siento, amigo, hoy te ha tocado a ti. No es nada personal.

A pesar de su resistencia, lo arrastramos hasta el baño y cerramos la puerta con llave.

—Esto es lo más ilegal que he hecho en meses —comenté, escuchando los gemidos amortiguados del agente—. Eres peligrosa, Rosario. De saber eso de ti, mi madre no me permitiría salir contigo.

Ella me sonrió y nuestros ojos se encontraron.

—No es la primera vez que alguien me dice eso...

Sentí una atracción irrefrenable, la misma que había sentido otras veces. Rosario se acercó y yo la acaricié por la nuca. Nos besamos con pasión, un beso no planeado, pero perfectamente oportuno. No era el escenario más romántico, pero eso no importaba en ese momento.

Al separarnos, sus ojos brillaban intensamente. Me alegró que el sentimiento fuera recíproco, a pesar de mis errores. Afortunadamente, el interés de Rosario iba más allá de mis estupideces. Luego me regaló una sonrisa que parecía detener el tiempo.

Ese beso me revivió, como si hubiera despertado algo en mí que creía perdido. Me quedé absorto, flotando en una nube. Y aunque Cristina también besaba bien, lo de Rosario era de otra categoría. El sexo es una cosa, pero la pasión física con sentimiento es esencial en la vida. Si no fuera por el agente, las cosas habrían sido muy diferentes.

—Es hora de irnos —dijo Rosario con dulzura.

Con cuidado, abrió la puerta, alerta a lo que nos esperaba al otro lado. Ahora debíamos ser rápidos y encontrar al asesino antes de que Berlanga nos atrapara. Si nos descubría, sería el fin para ambos.

36

El pasillo estaba vacío, aunque sospeché que no seguiría así por mucho tiempo.

—Tenemos que encontrar a Claudia Desplantes y hacerla confesar.

—Espera... —dije, deteniéndola—. No creo que ella lo haya hecho.

—¿Qué? Pero tú has dicho...

—Sí, pero prestarle el pañuelo no la convierte en culpable. Pudo haber acabado en manos de otro...

—¿Eso es todo? Por un momento, he supuesto que tendrías un argumento elaborado.

En ese momento, el carro de limpieza se acercó. Nos escondimos detrás de la salida de emergencia mientras el personal pasaba. Aliviados, volví mi atención a Rosario.

—Mi instinto dice que Claudia no es la culpable. ¿Por qué arruinaría su carrera de esa forma? Aunque ansíe el premio, en el fondo es una persona insegura.

—Desconocía tu faceta de psicoanalista.

—Claudia no es una mente fría y calculadora. De lo contrario, tendría el control de sus emociones.

—Se nota que sabes muy poco sobre las personas. La estás defendiendo.

—No, es que... —dije hasta que me detuve al recordar la actitud de Armando Gresco, su desdén y su capacidad para manipular. Él conocía la carta y su contenido y tenía historia con Blanca Desastres. Podría haber empujado a Lampedusa y tenía la fuerza para atacarme.

—¿Gabriel?

—Mierda...

—¿Qué pasa?

Debíamos actuar con rapidez y cautela. Gresco no recularía en su empeño y Camila Gaztambide corría peligro. La verdad estaba a punto de salir a la luz, aunque el tiempo se nos escapaba de las manos.

—Es Gresco. No alcanzo a comprender cómo no lo he visto antes...

—¿Armando Gresco?

—Tiene sentido... Fue él quien encontró el pañuelo de Claudia Desplantes y lo dejó como prueba en la habitación de Blanca. Gresco conocía sus problemas emocionales, su dependencia de las pastillas y la relación que en el pasado me vinculó a ella, ya que también había leído el libro. Durante todo este tiempo, ha estado manipulándonos, hasta que le resulté un estorbo.

—Espera, ¿y la carta?

En ese instante, recordé el altercado en el vestíbulo, horas antes, y cómo Camila Gaztambide se había enfurecido, acusando a Arturo Tocinos de conocer la verdad.

—Camila. Tenemos que encontrarla antes de que le haga daño.

—Un momento, un momento... ¿Y esa mujer qué tiene que ver ahora?

—Ella lo sabe... y será la próxima.

—Me va a estallar la cabeza. ¿Qué sugieres?

Miré por la puerta y vi el carro de limpieza y la luz que despedía una de las habitaciones abiertas. Barajé la idea de robar la tarjeta que abría todas las puertas del hotel, pero temía que fuera el carro de la misma empleada que me había descubierto en las escaleras, así que necesitaba la ayuda de Rosario.

—Debes distraerla mientras yo tomo la tarjeta.

—¿Qué? No, espera. Estoy de acuerdo en encerrar a ese policía en el baño, pero no voy a consentir que esa mujer pierda su empleo por nuestra causa.

—Rosario, si no llegamos a tiempo a la habitación de Gaztambide, puede que no sobreviva para contarlo.

Tras los acontecimientos de las últimas horas, mi razonamiento convenció a Rosario. Debo admitir que mi cara de cordero degollado facilitó su cambio de opinión. No deseaba causar problemas a esa trabajadora, pero la situación lo exigía.

—Creo que este viaje no ha sido una buena idea.

—En ningún momento te dije que lo fuera...

Nos dirigimos al pasillo y la andaluza se acercó a la habitación donde se encontraba la empleada para captar su atención. En cuanto intercambiaron unas palabras, la mujer salió al pasillo para conversar más de cerca, empujando el carro con todo su material de limpieza.

—Es que he perdido unos pendientes y me han indicado que le pregunte a usted...

—¿A mí? No recuerdo haber visto ningún pendiente. De cualquier manera, si se le han caído entre las sábanas, lo más probable es que estén en la lavandería...

—Vaya, ¿no hay forma de recuperarlos? ¿O que alguien lo compruebe?

—Lo lamento, señora, pero debe consultar eso en la recepción. La lavandería es vasta. Me temo que lo mejor será que se despida de esos pendientes.

—No, de ninguna manera. ¿Existe algún modo de acceder a la lavandería?

Me oculté tras la pared para no ser visto, hasta que divisé la tarjeta maestra sobre la bandeja. Tomé aire y me aproximé cautelosamente al carro, mientras Rosario seguía hablando y ganando tiempo, echándome ojeadas por encima del hombro de la mujer, que empezaba a impacientarse.

—Ya le he indicado que debe preguntar en la recepción.

—Pero no creo que me ayuden, lo presiento...

—Me encantaría ayudarla a recuperarlos, pero... ¿Qué puedo hacer yo al respecto?

—Póngase en mi lugar. Eran los pendientes de mi abuela...

Extendí la mano hacia la bandeja. Estaba a punto de agarrar la tarjeta cuando la empleada, por un acto reflejo de inquietud, se volvió hacia el carrito.

Entonces, con un nudo en la garganta, me desplacé siguiendo el movimiento de la mujer, a la cual superaba en estatura, y ella frunció el ceño, confundida, pero sin entender la razón. Luego, volvió su atención a Rosario.

—Realmente lo lamento, aun así, ya le he explicado lo que puede hacer. Ahora, si me disculpa, debo continuar con mi trabajo. Mire todas las habitaciones que están sin limpiar. Eso es lo que hago y me pagan por ello. Siento decirle que no puedo perder más tiempo. Si no limpio las habitaciones, no cobro.

La mirada preocupada de Rosario me alertó de que la mujer estaba a punto de descubrirme y de que perdíamos la oportunidad. Pero entonces, sonó el teléfono móvil de la empleada, sumiéndola en desconcierto. Aproveché ese momento de confusión, mientras ella buscaba el teléfono en el bolsillo de su bata, para acercarme a la bandeja y tomar la tarjeta. Mi movimiento alteró el aire y, rápidamente, me escondí detrás de la columna que dividía los espacios, donde colgaba un extintor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, teléfono en mano.

Rosario le ofreció una sonrisa y comenzó a alejarse en dirección contraria. Aguardé unos segundos hasta que la mujer volvió a la habitación donde trabajaba.

37

Era un momento crítico, rozando el fracaso, pero al final la operación resultó exitosa. Subimos por las escaleras, esquivando cualquier tipo de encuentro. Mis piernas se resentían tras tanto subir y bajar escalones, aunque Rosario parecía no acusar el esfuerzo. Llegamos hasta la quinta planta, esperanzados en encontrar a la escritora allí. Representaba mi última apuesta para desenmascarar al verdadero asesino de Blanca. Confiaba en que Armando Gresco hubiera razonado igual que yo. Afortunadamente, todos creían que estaba retenido en una habitación, lo cual me brindaba la oportunidad de sorprenderlo inesperadamente. Al recorrer el pasillo, me percaté de que la puerta de la habitación de Camila se cerraba.

—Debe ser él, Rosario —le indiqué y nos dirigimos hacia la puerta—. Necesito que te mantengas alerta y busques ayuda.

—¿Estás mal de la cabeza? ¿Qué pasa si te ataca? Llegados a este punto, no pienso dejarte a solas con él.

—Lo escucharás, pero entiende que debe haber alguien en el exterior —le aseguré, consciente de que, al usar la tarjeta maestra, tanto Gresco como Camila notarían mi llegada—. Te haré una señal, ¿de acuerdo?

—Entraré si veo que tardas demasiado.

—Perfecto —afirmé y pasé la tarjeta por el lector. La luz verde se iluminó y abrí la puerta. Para mi asombro, no había nadie dentro. Las luces estaban apagadas y no se percibía señal alguna de que Gaztambide hubiera estado allí.

«¿Qué está pasando?», me pregunté al comprobar que el armario estaba vacío. Era como si Camila se hubiera evaporado sin dejar rastro, o más bien, como si nunca hubiera estado allí. Entonces, mis ojos se posaron en la puerta del baño, entreabierta, de donde se filtraba un tenue hilo de luz.

Accedí con precaución al cuarto, sintiendo la tensión en el ambiente. La luz parpadeante de una vela mostraba a Camila Gaztambide de pie, junto a la bañera, sumida en sus pensamientos, como si estuviera hipnotizada y ajena a mi presencia.

Antes de que pudiera decir algo, la puerta se cerró con estrépito detrás de mí. Al girarme, me topé con Arturo Tocinos en el umbral, su expresión era fría y calculadora. Había estado agazapado, esperando el momento oportuno para atacarme. De repente y sin tiempo a reaccionar, me vi participando en un forcejeo intenso mientras Tocinos intentaba someterme y yo luchaba por mi libertad. El organizador demostró una fuerza sorprendente, pero mi determinación no decayó. La vida de Camila y la verdad que ansiaba descubrir dependían de mi resistencia. El

combate siguió, con Tocinos tratando de acorralarme junto a la bañera. Si me rendía, estaría acabado. Cuando parecía que iba a conseguirlo, reuní todas mis fuerzas y lo empujé hacia atrás. Tropezó y cayó al suelo, dándome la oportunidad de alejarme.

Jadeante, lo observé tumbado en el suelo, derrotado, pero aún no exhausto. Entonces, comprendí que tenía la oportunidad de obtener respuestas directas de Tocinos, un elemento crucial en este enigma.

Me acerqué a él, aún con la respiración agitada, y finalmente hablé con un tono firme pero cargado de tensión.

—Hablemos, Tocinos. Necesito saber la verdad de detrás de estas desgracias. ¿Qué es todo esto y qué diablos está ocurriendo realmente en este hotel?

La situación era rocambolesca y, por un momento, llegué a pensar que no era a mí a quien esperaba, sino a Armando Gresco. Pero, en ese instante, bajo el manto de silencio que nos envolvía, sus ojos hablaron por él.

Lo miré fijamente, decidido a arrancarle la verdad.

—No, no puede ser...

—¡Caballero! Espera. Antes de abrir la boca, debes escucharme...

—No, no hay escapatoria, ni explicación que valga... No pienso caer en tus mentiras otra vez, Tocinos.

—¡Escúchame! Plantéate que, antes de cometer una estupidez, podemos llegar a un acuerdo.

—¿Acuerdo? ¡Dios mío! No sé cómo no lo he podido ver antes... ¡Maldita sea! ¡Eras tú todo el tiempo! Estás detrás de las muertes de Blanca Desastres y Raúl Lampedusa... No puedes seguir ocultándolo. ¿Por qué lo hiciste?

Tocinos me miró y sus ojos revelaban una tormenta de furia y resignación.

—Tienes razón, Caballero. No puedo ocultarlo más. Los maté a ambos.

Mi corazón se aceleró ante su inesperada confesión.

—¿Pero por qué? Eres un auténtico monstruo...

Con un suspiro pesado, Tocinos empezó a hablar.

—Blanca estaba a punto de revelar un secreto que habría arruinado mi vida. No podía permitirlo. Y Lampedusa... Ese sabía demasiado. Había descubierto la verdad sobre mi implicación en la muerte de Blanca y me amenazaba con exponerme. Ese idiota estaba demasiado enamorado de ella como para obviar el asunto... Así que no me dejó otra opción.

—Por eso nos reuniste a todos.

—Era la única manera de asegurarme que el secreto quedaba... entre nosotros.

La revelación me dejó abrumado, pero necesitaba entender más.

—¿Qué secreto iba a revelar Blanca? ¿Qué es lo que ocultabas?

Tocinos desvió la mirada, claramente dolido al tener que revelar su verdad.

—Un escándalo financiero capaz de llevarme a prisión. Desvié fondos de la editorial para mi beneficio personal. Blanca lo descubrió mientras investigaba para su libro.

—¿Y Lampedusa?

—Él también se enteró de mis manejos financieros y estaba dispuesto a destapar todo. No podía permitirlo...

La situación parecía irreal. Dos asesinatos, dos vidas truncadas por el miedo a la exposición.

—¿Y Camila Gaztambide? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? ¿Por qué se comporta así?

Tocinos negó rotundamente.

—Está bien, no te preocupes por ella, es sonámbula.

—¿Qué?

—No se entera de nada mientras está dormida, aunque parezca lo contrario. —

La miré de reojo y la encontré allí parada, ausente y presente a la vez. Su presencia me producía escalofríos—.

Camila no sabía nada. Simplemente, estaba en el lugar y momento equivocados. Al principio, creí que lo había visto todo, pero no es así...

Mientras asimilaba la confesión de Tocinos, una profunda tristeza me invadió. Tenía respuestas, pero a un coste demasiado alto. De repente, Tocinos se mostró nervioso, consciente de las consecuencias de sus actos.

—No puedo dejarte marchar. Estás acabado, Tocinos. La policía lo sabrá todo, te guste o no. Lo que has hecho, no tiene nombre... —dije, ganando tiempo y pensando en Rosario, preguntándome cómo no había escuchado los golpes. Su ausencia prolongada era alarmante.

—¿Cómo descubriste que era yo? —preguntó Tocinos, angustiado. En realidad, no había pensado en él, pero sabía que el asesino buscaría a Camila.

—A veces los mentirosos son más predecibles que los escritores...

—Vaya. Pensé que tendrías algo mejor.

—Es el final, Tocinos. Esto se ha terminado para siempre.

—Tienes razón. Lamentablemente, la historia nunca la escriben los perdedores... Ahora que te lo he contado todo, no puedo permitirte marchar —dijo Tocinos, bloqueando de repente la salida y sacando un revólver—. Siento decirte que el único final que hay es para ti, Caballero.

—La policía ya debe estar en camino —le dije con voz temblorosa, sin desviar la atención del cañón—. Me están buscando por todo el hotel. No tienes escapatoria.

Miré el arma con incredulidad. Jamás supuse que Tocinos llegaría a tal extremo, pero parecía dispuesto a abrir fuego con tal de salir airoso. El sonido de pasos apresurados en el pasillo captó mi atención.

Tocinos se había encargado de bloquear la puerta y, con la pistola en la mano, se había convertido en una amenaza aún mayor. La situación se volvía cada vez más tensa y peligrosa.

—Lo siento por tu amiga, pero se quedará sin el beso de despedida.

—Ella lo sabe todo.

—Puede ser, pero los muertos no hablan. Alegaré que fue en defensa propia —me dijo, indicándome que levantara las manos—. Ya me he hartado de ti. Dirígete a la ventana.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Puede que te saliera bien una vez, pero no dos.

—A estas alturas, sigues sin saber contar. Contigo, sería la tercera... —dijo y soltó una carcajada siniestra—. A la ventana, charlatán... Reconozco que no es lo que había planeado para ti, pero no es momento de ponerse creativos.

Retrocedí unos pasos hasta que tropecé con el alféizar del amplio ventanal que daba al patio de luces. Desafortunadamente, aquí las vistas no eran tan impresionantes como las de la plaza y lo único visible era un cerrado patio de luces.

—No te van a creer, Tocinos. Nadie, en su sano juicio, se tragaría lo que te inventes. Tarde o temprano, la policía te descubrirá, como yo lo hice. Ríndete antes de que tu situación empeore...

—Cierra el pico y haz lo que te digo... Abre las ventanas. Luego, súbete al alféizar.

Con movimientos pausados, seguí sus instrucciones, tratando de ganar tiempo. No entendía qué estaba sucediendo al otro lado del pasillo, pero si Rosario no aparecía pronto, cualquier ayuda sería inútil. Tocinos se acercó a mí, sin apartar el cañón de mi espalda y me ordenó subir al alféizar interior. Era evidente que después pretendía empujarme al vacío, así que debía encontrar una forma de ganar tiempo y evitarlo. Miré de reojo y mis ojos se desviaron hacia el cuarto de baño. Noté el reguero de agua que salía de allí y algo extraño en el interior. Luego, miré al otro lado y vi la silueta de mi verdugo, a contraluz, deseoso de que desapareciera.

—Teníamos un trato. He cumplido mi palabra, he resuelto el caso, pero eso no significa que esto deba terminar así para ambos, Arturo... Aún podemos solucionarlo, llegar a un acuerdo... Nadie necesita saber la verdad.

—¿En serio, Caballero? ¿Eso es todo lo que tienes que decir a estas alturas? No me hagas reír. Das pena. Eres como el resto de los escritores que conozco, una sanguijuela, una rémora que solo mira por su interés... Si hubiera confiado en ti, no habrías tardado en venderme a la policía por un puñado de billetes. Has tenido tu momento y lo has perdido. ¿Algo más que añadir?

—Sinceramente, no...

—Que la tierra te sea leve, cretino —dijo y me empujó para que subiera. Puse un pie y luego el otro en el alféizar. Ahí estaba, de pie, frente a una pared blanca. Por un instante, desvié la mirada hacia el foso, pero la altura me causó un vértigo aterrador—. Salta.

—No.

—Entonces, reza lo que sepas.

—¡No! —grité y me lancé a un lado, arriesgándome a que disparara y la bala me atravesara. Pero, sorprendentemente, no ocurrió. Caí al suelo, con un golpe seco y doloroso, y vi a Tocinos, desplomado a escasos metros de mí, con los párpados cerrados y el revólver en la mano. No comprendía qué estaba sucediendo, si era obra de un fantasma o si realmente había pasado al más allá. Sin embargo, vi el revólver frente a mis ojos, apuntándome. A su lado, unos pies pálidos, descalzos, en ángulo recto. Levanté la vista y allí estaba ella, sosteniendo el objeto con el que había golpeado a Tocinos. Estaba empapada, con el cabello desordenado y la cabeza ensangrentada por la herida recibida. La miré, aterrado por si había decidido que yo fuera el siguiente, pero una sonrisa cálida, en aquel ambiente sórdido con olor a hotel, me tranquilizó.

—¿Camila...?

—Podría decir que todo ha sido un mal sueño... Por desgracia, me habría gustado que hubiera sido así.

Tan pronto como terminó de hablar, oímos golpes en la puerta, el grito de Rosario y la presencia de la policía. Todo había terminado y Camila Gaztambide me había salvado la vida.

38

Los hombres de Berlanga irrumpieron en la habitación, sorprendidos por la escena. Junto a ellos estaba Rosario, con una expresión desesperada. Más tarde supe que la tarjeta había dejado de funcionar en cuanto la señora de la limpieza descubrió su pérdida. Habíamos confiado demasiado en la tecnología, tanto que casi nos costó la vida.

Tocinos fue esposado y detenido en el lugar. Pasaría una larga temporada en la cárcel, expiando sus crímenes y delitos acumulados. Un tiempo que le serviría para escribir extensas memorias y reflexionar sobre sus actos, aunque dudaba que cambiara de parecer con el tiempo. La conciencia de cada persona es muy particular y es un error pensar que todos evolucionarán.

Varios agentes se encargaron de Gaztambide, que seguía aturdida y herida por el golpe que se había dado en la bañera, y una ambulancia la trasladó al centro médico más cercano para tratarla. En cuanto a mí, Berlanga me retuvo durante varios minutos en la habitación, observándome de manera que comprendí que no estaba detenido, pero tampoco libre de responsabilidades. Lamenté lo sucedido con el agente encerrado en el baño, pero no era el momento de mencionarlo.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó el inspector, sin emoción alguna.

—Supongo que es una formalidad por su parte. Estoy bien, gracias.

—Al final, se ha salido con la suya.

—No, exactamente. En ningún momento quería que esto terminara así.

—¿Cómo que no? Ha encontrado al asesino. Eso es lo que pretendía desde el principio, ¿verdad?

—No, exactamente. Sé lo que pretende y no pienso seguirle el juego. En realidad, hubiera preferido que Blanca Desastres siguiera viva, aunque su libro se hubiese publicado...

—Por desgracia, con o sin su ayuda, eso no iba a suceder... Arturo Tocinos tenía bien planeada esta trampa. Sé que es difícil aceptar lo que está fuera de nuestro control, pero el mundo no es un lugar idílico...

—Un discurso muy alentador por parte de un policía.

—No se confunda, Caballero. En este momento, debería detenerle y llevarlo a la comisaría para encerrarlo. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí.

—Que haya colaborado en encontrar al culpable, no le exime de sus actos. Lo que hizo es inexcusable y constituye un delito. Por un momento, ¿puede empatizar con el agente afectado?

—No, inspector. La verdad es que no reflexioné sobre mis acciones. No obstante, ¿qué habría hecho usted en mi situación?

—Ahora soy yo el que no entrará en su juego.

—Era la única manera de salir de esa habitación. De no haberlo hecho, estaría hablando con la persona equivocada.

Berlanga me observó, pensativo, y percibí que se esforzaba por contener la risa. En ese momento, me di cuenta de que estaba bromeando y sentí un gran alivio.

—Debería haber visto su cara cuando llegamos...

—No era mi intención hacerle pasar un mal trago.

—No se preocupe. Le vendrá bien —dijo, intentando contener la risa—. Aún tiene mucho camino por recorrer, así que espero que aprenda la lección.

—¿Puedo irme?

—Sí, por ahora. En lo que a mí respecta, espero no volver a verle en mucho tiempo, aunque dudo que sea así.

—Ojalá lo escuche el de arriba... Madrid es una ciudad bonita, pero prefiero el Mediterráneo. Aquí hay demasiada gente y me siento agobiado entre tanto ladrillo.

—Como usted diga, Caballero... —respondió restándole importancia a mis palabras y se dispuso a salir de la habitación—. Ah, y salude de mi parte al inspector Rojo.

—¿Cómo dice?

—El inspector Rojo. Es su amigo, ¿no?

—Así es. ¿Se conocen?

—Sí... —respondió, sin dar más detalles. Me pregunté si Rojo habría influido en la decisión de Berlanga de dejarme libre, o si ya sabía de mí desde el principio. Empecé a cuestionarme si el inspector me había utilizado para desentrañar todo este embrollo. Mi cabeza daba vueltas con estas ideas.

—Espere, Berlanga...

—Adiós, Caballero —dijo y salió, dejándome con mis dudas.

Al abrir la puerta para seguirlo, me encontré con Rosario. Antes de que pudiéramos hablar, la andaluza me abrazó con fuerza durante varios segundos, como si no nos hubiésemos visto en años. Un gesto era suficiente para traer la paz de vuelta. Había echado de menos aquello, la falta de alguien en quien apoyarme cuando todo parecía perdido. Me quedé callado, pensando que era lo mejor para los dos y para el momento que estábamos viviendo. En ocasiones, hablar está de más y las palabras sólo acarrean problemas. Me dejé abrazar y me quise quedar ahí para siempre, entre su pelo y el perfume que era capaz de hacer que me olvidara de todo.

Ahora que todo había acabado, con Tocinos camino a prisión y los casos de Blanca y Lampedusa resueltos, todas las piezas parecían encajar a la perfección, incluyendo las que fortalecían la relación entre Rosario y yo.

39

Con la detención de Arturo Tocinos, el premio Saturno se quedó sin su eterno organizador y la incertidumbre se apoderó de la ceremonia para anunciar al ganador de la edición. Los medios de comunicación, ávidos de noticias, siguieron el coche policial que llevaba a Tocinos hacia la comisaría Centro en la calle Leganitos. A fin de cuentas, el organizador se había convertido en la verdadera estrella del evento, logrando el reconocimiento que siempre había eludido, al permanecer en segundo plano. Este suceso me llevó a reflexionar sobre la sed de atención y el hambre de brillo constante de las personas, sin considerar las consecuencias del cansancio que puede provocar el hecho de estar bajo el foco público. Yo mismo había caído en la tentación de buscar el protagonismo con cada una de mis historias, mis escenificaciones, mis libros, y había experimentado el dolor de estar en la sombra, esperando una llamada para volver a la televisión, a los debates, a los grandes eventos. Blanca, no muy distinta a mí, había elegido un camino más ambicioso, ascendiendo hasta la cima, solo para darse cuenta de lo solitario y peligroso que puede ser ese lugar, especialmente si tu única compañía es alguien como Arturo Tocinos.

Detenido frente a la puerta del hotel, esperando un taxi que me llevara a la estación de trenes, observé la tranquila y algo nublada plaza de Santa Ana aquel domingo por la tarde, con poca gente en las calles. Absorto en mis pensamientos y deseoso de regresar a mi querida Alicante, salí de mis reflexiones al sentir la presencia de Claudia Desplantes, quien pasaba a mi lado arrastrando su maleta con ruedas. Al ver que no tenía intención de detenerse a charlar conmigo, fui yo quien interrumpió su marcha con un breve comentario.

—Ha sido un placer conocerte, Claudia —dije, captando su atención. Ella se detuvo un instante, incapaz de ignorar el cumplido y se paró a mi lado—. Las circunstancias no han sido las mejores, pero ha sido un gusto conocerte.

—Me gustaría decir lo mismo, Caballero —respondió la escritora, mirando hacia atrás como si buscara a alguien—. He decidido no presentarme nunca más a un premio.

—¿Y ese cambio de opinión? —pregunté, intrigado por si el miedo había mermado su ambición.

—Es obvio que están amañados. Nunca reconocerán el verdadero talento. Ha sido una total decepción.

—Vaya... Bueno, al menos he conocido a alguien que admira mi obra.

Ella soltó una risa, de manera teatral. Al final, Blanca Desastres iba a ser la más prudente de todos nosotros.

—¡Ja! Solo estaba siendo cortés contigo. Lamento haberte creado falsas ilusiones. Pensé que tendrías influencia en el jurado, pero no eres más que un juntaletras acabado... Buena suerte con tus proyectos, Caballero. ¡Ah! Y no intentes contactarme para pedirme un favor. Sin resentimientos, ¿eh?

—Que te vaya bonito —le dije a Desplantes mientras se alejaba—. Lamentablemente, personas como tú suelen prosperar en esta industria.

Desplantes se detuvo en la calle, buscando un taxi que no llegaba. La observé desde donde estaba, sin sorprenderme por sus palabras. El iluso había sido yo al pensar, aunque fuera remotamente, que bajo su pecho latía un corazón puro, no un órgano dedicado solo a bombear sangre, sin nutrir su cerebro.

Pronto, unos pasos decididos y el aroma de una colonia captaron mi atención. Lo vi acercarse después de salir por la puerta del hotel, con su pelo engominado y tieso como regaliz, y una barba grisácea que oscurecía su rostro.

—¿También te marchas, Gresco?

—¡Que te jodan, fracasado! —me espetó.

—El placer ha sido mío, escritor...

Armando Gresco caminó con ímpetu hacia donde estaba Claudia Desplantes y ella, al verlo, cambió su expresión a una de interés. Ahora que Blanca había desaparecido y el misterio de su muerte se había resuelto, parecía buscar una oportunidad para reconectar con Gresco y así impulsar su carrera. Antes de que pudieran hablar, un taxi apareció y Gresco se subió, ignorando a Desplantes. Cerró la puerta sin invitarla y observé cómo ella liberaba su frustración gritando en la calle. De alguna manera, la vida le estaba devolviendo lo que había sembrado, tal como había sucedido con los demás. Miré hacia atrás, a esa cristalera con vistas a la plaza y pensé en los sueños perdidos y en la vida que rechacé cuando descubrí a Blanca con otro en su apartamento. Sentí que cerraba un capítulo interno que había estado abierto por años. Lo sentí de verdad, quizás porque el espíritu de Blanca Desastres aún rondaba por allí, o porque comprendí que la vida que tenía ante mis ojos era un regalo demasiado hermoso para malgastarlo así, arrastrando los lastres del pasado.

—¿Listo? —me preguntó Rosario, apareciendo a mi lado. La tensión entre nosotros era aún evidente.

—Sí, claro —respondí y tomé el asa de mi equipaje. Parecía que todo había terminado, excepto la conversación pendiente con la andaluza, que tendría lugar minutos después, en la estación. Al menos, así lo había planeado en mi cabeza, y reconozco que fue un error, porque me ponía más nervioso. Esta vez, me prometí a mí mismo no cometer los mismos errores del pasado, aunque paradójicamente, era lo mismo que me había dicho otras veces.

40

Viajamos hacia la estación de Atocha en un silencio incómodo. Aunque el trayecto era breve, se sintió interminable, casi como el fin de semana que habíamos pasado en el hotel. La complicidad que nos había unido durante aquel beso se disipó en el interior del vehículo. Rosario se comportaba de manera extraña en mi presencia. Mi mente, en esos momentos estaba repleta de contradicciones y pensamientos efímeros que iban y venían, sin darme tiempo para analizarlos. Por un lado, sentía alivio al ver que todo había concluido de manera lógica y sin mayores consecuencias para mí. Arturo Tocinos, un desgraciado en todas las acepciones de la palabra, ahora debía enfrentarse a las repercusiones de sus actos. Quería odiarlo con todas mis fuerzas por haber asesinado a Blanca, pero dentro de ese turbio episodio había una lección que me impedía ceder terreno al odio. No podía salir de una negatividad para sumergirme en otra. Eso era justamente lo que le había sucedido a Blanca a lo largo de los años, en su afán por ascender y alcanzar la cima, cuando en realidad solo huía de un dolor para herirse con otro. Agobiada por tanto sufrimiento, decidió hacerlo público, arriesgando sus secretos, su credibilidad, su carrera y, desgraciadamente, su vida. Es fascinante cómo el ser humano puede transformar tanta miseria en algo hermoso. Desde la perspectiva de alguien ajeno a aquel caos en el que nos habíamos convertido los escritores, Blanca nos había dejado una obra literaria magistral. Paradójicamente, lo había logrado cuando ya no estaba para recibir el reconocimiento que tanto había codiciado en vida.

Al pasar por la ronda de Atocha, observé la terraza del bar Brillante, famoso por sus bocadillos de calamares y por las estafas a turistas en sus mesas metálicas en el paseo. Aquello era un reflejo de la vida, de nosotros, del mundo competitivo en el que vivimos. Es mejor danzar alrededor que enfrentarlo. Al menos, es más entretenido.

El taxi nos dejó en el aparcamiento de la estación y pagué el viaje. Rosario tenía una mirada líquida, cristalina, y se movía en silencio, reflexiva. Sabía que ella detestaba las despedidas, como la mayoría de la gente, ya que solo deseamos despedirnos cuando estamos hartos de la situación en la que nos encontramos. Llegamos con tiempo de sobra; su tren a Sevilla salía en una hora y el mío a Alicante tardaría un poco más. Nos dirigimos a una de las cafeterías de la estación, para tomar algo y pasar el tiempo. Percibía los latidos de su corazón vibrando, como si llevara en el pecho una bomba a punto de explotar.

—¿Va todo bien? —le pregunté, buscando provocar una reacción.

—Sí. Solo tengo ganas de volver a casa...

—Ha sido un fin de semana intenso.

—Demasiado, diría yo...

Pedí dos cervezas y unos bocadillos de jamón serrano con tomate para compartir. Rosario aceptó sin dudar, lo que me indicó que también tenía hambre. Después de un breve silencio, ella retomó la conversación.

—¿Qué crees que sucederá ahora con el premio Saturno?

—Ni idea, y francamente, no me importa —respondí, tomando un sorbo de mi cerveza—. Me temo que, después de este fin de semana, cierro un capítulo de mi vida... definitivamente.

—¿Vas a dejar de escribir?

—No lo sé. Quizá. ¿Quién sabe?

Ella rio ante mi respuesta vacilante que buscaba causarle una sonrisa. De repente, pareció tomar aliento para decir algo importante y sus ojos se posaron en mis manos antes de volver a mi rostro.

—Gabriel... Blanca te importaba, ¿verdad?

—¿Blanca Desastres? No, la verdad —respondí, notando su mirada de sorpresa—. Quiero decir, me importaba lo justo. No quiero sonar insensible, pero tampoco quiero que pienses que ocupaba un lugar en mi corazón. Lo que he hecho, no ha sido por ella, sino porque no era justo. Al menos, no era justo que pagara por su osadía de contar la verdad.

—No te sigo del todo, pero creo que te entiendo...

—Blanca era parte de mi pasado, pero no de mi presente. No fue la primera mujer en mi vida, pero sí la primera que me desafió personal y profesionalmente.

—Comprendo.

—Supongo que me enamoré de una imagen idealizada que yo mismo había creado... Blanca no era quien yo creía. Por eso, cuando terminamos, su recuerdo me persiguió durante años. Quizá porque no acepté que hubiera otro o porque consideraba que no había nadie mejor que yo. No lo sé... No me gusta hablar mal de quienes no pueden defenderse, pero Blanca no fue buena conmigo.

—Por lo visto, no lo fue con muchos.

—Todos nacemos con un vacío al que debemos llenar. Eso le da sentido a nuestra existencia... Supongo que ella nunca llenó el suyo.

—Interesante reflexión. ¿Y tú? ¿Has llenado tu vacío?

Sus ojos temblaban cuando me miraron y no supe interpretar si sus nervios eran buenos o malos. Tomé su mano para tranquilizarla, sintiendo su frío. Intentó retirarla, pero ejercí un poco de presión, sin hacerle daño, indicándole que se quedara. Su mano se relajó.

—Gabriel, tengo que decirte algo sobre Blanca... —comenzó, con voz temblorosa y cargada de culpa—. Debería habértelo dicho antes, pero no encontré el momento.

—No me preocupa lo que tengas que decirme, ahora que sabemos que Arturo Tocinos la mató...

Sin embargo, no reaccionó como esperaba, lo que me causó cierta inquietud.

—El viernes por la tarde, cuando te dije que había quedado con Lampedusa, no era del todo cierto...

En la mesa, mi mano se quedó inmóvil sobre la suya, como muerta.

—Ahora soy yo quien no te sigue.

—Esa mañana, mientras tú hablabas con Tocinos en el vestíbulo y yo subía a la habitación, me crucé con Blanca Desastres en el ascensor... La reconocí por las fotos que había visto en Internet y no pude evitar felicitarla por su libro...

—Se suponía que nadie había leído el libro aún.

—Exacto —asintió Rosario—. Blanca me reconoció y se mostró bastante hostil.

—¿Te dijo algo más?

—Lo que me preocupó fue que sabía quién era yo, por estar contigo. Le aclaré que estaba equivocada, que no había nada entre nosotros, pero insistió y me advirtió que me alejara de ti para no acabar como ella...

—Eso no tiene sentido.

—Me dijo que en la entrega de premios iba a dirigirse a ti y a todos los que supuestamente se habían aprovechado de ella.

—Pero eso no es cierto.

—Eso fue lo que afirmó antes de irse. Por eso te dije que salía, pero en realidad intenté hablar con ella sin éxito. Cuando la encontraron muerta, sentí alivio y culpa al mismo tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería que ella rectificara. Tras su muerte, temí que, si te lo contaba, dejarías de investigar su asesinato, por despecho. A pesar de vuestras diferencias, no merecía ser olvidada. Ella no mató a nadie.

—Lo sé. Hace años que se mató a sí misma, obsesionada con vengarse de los demás. Era solo eso, una obsesión.

—Debí habértelo dicho antes.

—¿Qué habría cambiado?

—¿Qué importa ahora? Nunca lo sabremos... Quizá todo, quizá nada...

El panel de salidas anunció que el tren de Rosario ya estaba en su andén.

—Debería irme.

La acompañé al piso superior. Rosario caminaba delante, ansiosa por subir al tren y olvidarlo todo. Al llegar al control de billetes, se detuvo.

—Una vez más, todo termina en una estación —comenté con un tono que pretendía ser juguetón, aunque Rosario seguía estirada—. Sé que no ha sido la gala que esperabas, ni el fin de semana perfecto, pero espero que no te lleves solo un mal recuerdo.

Nuestros ojos se encontraron y ella se acercó lentamente a mi rostro.

—¿Hasta cuándo, Gabriel? —preguntó con interés. Supe qué responder, pero no con palabras. Dejé caer mi bolsa, la tomé con delicadeza por la cintura y el cuello, y nos fundimos en un beso apasionado que provocó miradas de envidia a nuestro alrededor. Pasados unos segundos, Rosario abrió los ojos, inundados de una sensación agradable, y se apartó ligeramente.

—Ven conmigo a Sevilla. Hoy. Haz una locura —me propuso.

Sonreí y la besé de nuevo.

—No puedo, Rosario. Ya no tenemos veinte años. Las cosas no son tan sencillas como cuando éramos jóvenes.

Ella asumió mi respuesta con elegancia, aunque percibí su decepción.

—Bueno, en ese caso... será mejor que entre, antes de que pierda el tren.

La andaluza comenzó a caminar, con la gracia de una modelo de pasarela. Intenté llamarla, pero ella solo se giró para despedirse con la mano y luego desapareció de mi vista, quizá para siempre. Suspiré profundamente, sintiéndome un bobo y agobiado por el peso de hacer lo correcto, o al menos lo que uno cree que debe hacer en ciertos momentos. Me hubiera gustado decirle que sí a todo: a Sevilla, a su vida, a lo nuestro, a lo que estábamos a punto de empezar, pero la vida me había enseñado que solo el mar ayuda a que las heridas sanen más rápido, y esas heridas deben curarse antes de embarcarse en otro episodio potencialmente doloroso.

La experiencia me había demostrado que Rosario no tenía malas intenciones. Tampoco las tenía yo. Pensar que era diferente a las demás era otro error de mi fantasía, que había pasado una vida buscando la perfección, esa media naranja que ya empezaba a mostrar señales de deterioro. Rosario simplemente tenía un carácter fuerte y un buen corazón, dos cualidades esenciales en los tiempos que vivíamos. A diferencia de Blanca, ella buscaba la justicia, no la venganza. Y eso, en sí mismo, ya decía mucho de ella.

41

Regresar a Alicante, la terreta, al Mare Nostrum, siempre era sinónimo de alivio. Tardé unas cuarenta y ocho horas en asimilar un fin de semana que se había transformado en una odisea, al estilo de las que narraba Homero. La detención de Arturo Tocinos había causado revuelo en las redacciones de los diarios nacionales y en las parrillas televisivas. «¿Un asesino de escritores?», se preguntaban los titulares de las tertulias matinales de televisión. Los bares se llenaban de rumores sobre unos y otros, debatiendo si Tocinos representaba a una parte de la escoria de un país inmerso en todos los ámbitos públicos. En el fondo, Arturo Tocinos, más allá de ser un hortera, era un ser humano que había quemado sus alas al intentar volar demasiado alto. Lamentablemente, hay una línea muy fina, como la que separa el horizonte del abismo, que, al pasarla, convierte a las personas en verdaderos monstruos, capaces de hacer cualquier cosa con tal de proteger lo que poseen. En este caso, el precio a pagar era la cárcel, de una forma u otra, aunque fuese por fraude o robo y malversación. Tocinos no reflexionó, en ninguno de los casos, sobre las consecuencias de sus actos, ni al principio ni al final, actuando de forma improvisada, guiado más por la pasión que por la razón. El refranero popular es sabio y ofrece suficientes lecciones para advertir que lo mal hecho, mal acaba, pero Tocinos prefería atender a su reputación.

La noticia hizo que los premios Saturno recuperaran una fama inmerecida, aprovechando el escándalo y la destitución de su organizador. La familia Arriaza no tardó en enviar un comunicado a todos los medios, anunciando la nueva dirección del premio, apostando por la transparencia y el anonimato de las obras, así como eliminando cualquier amiguismo o influencia que pudiera afectar la decisión del jurado. Supieron convertir una situación escandalosa en una oportunidad para limpiar su nombre y un premio manipulado, a través de una retórica persuasiva. Por supuesto, el manuscrito de Blanca nunca vio la luz, al igual que los del resto, y todos los autores prometedores que habían llegado a la final pasaron a un segundo plano en las noticias. Sin embargo, no todo fue negativo para ellos. Armando Gresco, que seguía publicando sus novelas criminales sobre asesinos en serie, capitalizó el haber estado cerca de la muerte. Por su parte, Claudia Desplantes aprovechó la polémica del concurso para hablar del triángulo amoroso entre Blanca Desastres, Armando Gresco y ella, revelando secretos y utilizando su momento de fama para promocionar su obra. De quien no tuve noticias fue de Camila Gaztambide, pero no me importó. Probablemente, estuviera en algún bar del centro de la capital, despierta o dormida, qué sabía yo, rodeada de parásitos, gastando bromas inapropiadas, ahogando sus días en alcohol, con tal de pasar un rato más, desinhibida, alejada de la realidad en la que vivía, como era su

costumbre, y despilfarrando así la fortuna heredada de su familia. Esa era la manera de enfrentarse a un sonambulismo incontrolable que creo que la avergonzaba y la dominaba a partes iguales, pero que, por increíble que parezca, me había salvado de la muerte.

Había pasado varios días acostándome y levantándome a deshoras, en un desajuste total con mi rutina habitual. Aunque era consciente de que no podía permitirme ese ritmo de vida, tampoco hacía mucho por evitarlo. Malgorzata Tomaszewska me había rescindido sus servicios de representación sin consultarlo conmigo. ¿La razón? Nunca la sabría, pues había decidido dejarlo marchar, como una señal de la vida. De nuevo, regresaba a la casilla de salida. Así es la vida del escritor bohemio, perpetuamente atrapado en su presente, temeroso de enfrentarse a los pagos de fin de mes. En el fondo, vivía atormentado por no haberme subido a aquel tren junto a Rosario, de quien no había tenido noticias desde entonces.

En una soleada mañana, decidí conducir hasta el faro de Santa Pola, mi refugio habitual para despejar la mente y buscar inspiración. Aparqué al final de la carretera, justo antes de llegar al sendero que conducía al mirador. Mientras observaba cómo una gaviota se posaba en el capó de mi coche, no pude evitar exclamar:

—¡Vamos, no me hagas esto! Acabo de lavarlo...

La gaviota me miró durante unos segundos, o al menos eso me pareció, pero finalmente optó por continuar su aventura, emprendiendo el vuelo hacia otro destino. Suspiré aliviado y me alejé del viejo Boxster, caminando pensativo hacia la plataforma del mirador, que a esas horas se encontraba desierta.

Mientras observaba cómo las olas golpeaban las rocas, mi teléfono, que había permanecido casi todo el tiempo en silencio desde mi regreso a Alicante, vibró con urgencia en mi bolsillo.

Me pregunté quién sería, pero la curiosidad me atrapó cuando vi que se trataba de un número desconocido, un motivo suficiente para no responder de manera habitual, aunque, en esta ocasión, algo me impulsó a hacerlo.

Por desgracia, no era consciente de lo mucho que me arrepentiría de ello:

—¿Caballero? —La voz al otro lado era áspera, con un tono que insinuaba urgencia y peligro —. Debes escuchar con atención lo que voy a decirte. Es sobre Rosario.

Mi corazón se detuvo por un instante.

Rosario, la mujer que había dejado atrás, a quien había intentado olvidar, pero que seguía presente constantemente en mi mente.

—¿Cómo? ¿Qué le sucede? —pregunté, intentando ocultar la mezcla de miedo y confianza, en mi forma de hablar.

—No hay tiempo para detalles —respondió la voz, endureciendo su tono—. Tu amiga está en peligro, un peligro que ni siquiera puedes imaginar. Y quizá tú seas la única persona capaz de salvarla.

—¿De qué va todo esto? ¿Es una broma? Porque te aseguro que...

—Caballero. El tiempo se acaba.

—No sabes con quién hablas.

—Quien no lo sabe, eres tú.

Sus palabras, llenas de seguridad, me dejaron sin aliento.

—¿Quién eres? —insistí temeroso, pero la llamada ya había terminado, dejándome solo con el sonido del mar y un enigma devorándome por dentro.

Desconcertado, miré hacia el horizonte, donde el cielo se encontraba con el mar, y algo en mi interior me decía que aquella llamada iba en serio. Rosario, quien había sido mi todo y luego se convirtió en un recuerdo doloroso, ahora estaba en peligro por motivos que no alcanzaba a comprender, pero que empezaban a hacerme sentir culpable. La tranquilidad del faro se había transformado en un torbellino de emociones y preguntas sin respuesta. ¿Era una broma macabra o realmente estaba en peligro? ¿A qué clase de situación se enfrentaba Rosario? ¿Y por qué era yo la clave para salvarla?

Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, sentí cómo el mundo me asfixiaba. La idea de perderla y no hacer nada al respecto, simplemente, me devoraba las entrañas. Era el momento de desprenderme de los fantasmas del pasado y enfrentarme a la responsabilidad, antes de que a Rosario le ocurriera lo mismo que a Blanca Desastres. Sin saberlo, había dado el primer paso hacia una conspiración más oscura y complicada de lo que nunca había imaginado.

Tomé el teléfono, preparado para realizar la llamada a la única persona que podría ayudarme a alterar el curso de los acontecimientos. En ese preciso instante, la llegada de un mensaje de WhatsApp interrumpió mis reflexiones. Provenía de un número desconocido, y su contenido me dejó helado. Mostraba una fotografía de Rosario, atada y con los ojos vendados, en un lugar desconocido, junto a unas palabras que erizaban la piel:

«Tienes 48 horas. Obedece nuestras indicaciones si deseas salvarla. No intentes pedir ayuda o lo lamentarás».

La fotografía del mensaje me fulminó por completo. No había espacio para la indecisión, ni la desconfianza, pues no tardé ni un segundo en reconocer su rostro, ahora magullado y asustado. Sus ojos negros miraban a la cámara en busca de auxilio. La vida de Rosario pendía de un hilo y yo, de algún modo, era parte de aquel siniestro juego. El mensaje se esfumó de mi pantalla tan rápido como había aparecido, autodestruyéndose, dejándome sin prueba alguna, pero con una convicción irrompible.

El faro, otrora refugio de serenidad, era ahora testigo de la tormenta que se cernía sobre mi existencia. El pasado, al que creía superado, se entremezclaba con el presente de una forma imprevista.

Contemplando el horizonte, donde el cielo abrazaba el mar, comprendí que estaba a las puertas de un nuevo capítulo en mi vida. Una narrativa de rescate, enigma y riesgos insospechados. Y esta vez, no era simplemente un personaje más en la historia de otros, sino el protagonista de una realidad que amenazaba con devorarme.

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años y actualmente reside desde hace años en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

La playa de los muertos

El último baile

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

El juego del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

El crimen de Atocha

Muerte en Las Vegas

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista

El misterio de la familia Fonseca

El misterio de la máscara de porcelana

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo

Índice

El último baile
Copyright
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41
Sobre el autor
Libros